

Bohemia



(NEWS)



EN NOMBRE DE
TODOS LOS MUERTOS.

PAZ
CRUZ BLANCA
DE LA PAZ

Oiga el NUEVO RE...
VIUDA DE HUMARA Y EST...

RICLA (MURALLA) 83 y .85.

TELEFONOS A-349...

LA HABANA,
DICIEMBRE 17
DE 1933.

Bohemia

VOL. XXV.
AÑO 25.
NUM. 43.



Mr. Jefferson Caffery

"Assistant" Secretario de Estado de los Estados Unidos, que ha sido designado Enviado Personal del Presidente Roosevelt, para sustituir a Mr. Sumner Welles, actual Embajador en Cuba, cuando éste haya terminado la delicada misión que le fuera encomendada por la Cancillería del Potomac. Mr. CAFFERY, que tiene en su haber gestiones de carácter ejecutivo en tierras del Caribe y de la América del Sur, resulta la inquietante incógnita para los cubanos, que iratan de desentrañar cuál será el alcance de la gestión que traerá el sustituto de Mr. Welles. Inquietud que se acrecienta por momentos al palpar las dificultades que existen para operar una conciliación cubana.

(FOTO
INTERNEWS)

HOJAS MUERTAS

Diana
por
Maughan

Se detuvo. Inmóvil en medio de la avenida, bordeada de flores en toda su longitud, miró a su alrededor. El jardín estaba delicioso aquel año. Un espléndido refloreamiento lo magnificaba. Los crisantemos asomaban por doquiera sus corolas de matices tiernos. Las avenidas estaban bien barridas, bien limpias. Ninguna hierba dañina adulteraba el esplendor de las plantas. Amelia Parsons no podía tolerar el desorden.

Permanecía allí, rígida en su largo vestido de gruesa lana a la moda antigua. Pero el té la esperaba. Se volvió, lanzó un ligero suspiro y entró.

Aunque era a principios del otoño, la chimenea estaba encendida. Los reflejos de la llama mariposeaban sobre la gran tetera de plata y la bandeja de laca. Amelia se sentó, tiró sobre un taburete sus guantes de jardín y comenzó a servirse el té.

Viéndola iluminada por el resplandor de la chimenea, aparentaba cuarenta años, con sus cabellos incipientemente grises, su delgado rostro de rasgos acentuados, su nariz rectilínea, sus labios finos y delicadamente austeros, sus ojos apacibles, de pupilas inexpresivas, como si no tuviera casi nunca una ecasión de reír. Amelia Parsons tenía sesenta y cinco años.

—Mary... —llamó.

—Aquí estoy, señora —contestó la criada.

—Puede irse. Déjeme la cena en la cocina. No necesito sus servicios esta noche. Yo misma recogeré la mesa.

—Muy bien, gracias, señora.

Unos minutos después, la puerta exterior sonó al cerrarse; Mary, la criada, descendió la avenida del jardín, con sus piernas escasas envainadas en unas medias de seda flamantemente nuevas. Amelia, siguiéndola con la vista por la ventana, movió impacientemente la cabeza. Mary era como todas esas muchachas de hoy, que trabajan pensando solamente en los hombres, en esos obreros o dependientes de comercio que, delante de una mujer, no saben más que reír estúpidamente.

Amelia se inclinó y hurgó rabiosamente los carbones encendidos. Mary... ¿Por qué se llamaba Mary aquella mujer? ¿Por qué había escogido ella, entre tantas criadas, a aquella que tenía un nombre que parecía hecho expresamente para revivir antiguas heridas?

Aquella semana, Amelia Parsons había tenido extrañas visiones. No había llamado ni una sola vez a Mary sin el presentimiento de ver, de pronto, a la verdadera Mary, la otra cuyo recuerdo no la abandonaba, entrar en el cuarto, como lo hacía antes, alborotada y risueña, con los cabellos desgreñados enyéndole hasta los ojos.

En su infancia, Mary no había tenido jamás el sentido del orden. Una noche, había quedado olvidada bajo la lluvia una muñeca de cera que le habían regalado, la cual, por la mañana, había ya perdido enteramente su color. ¡Qué llanto, qué sollozos, el día siguiente al encontrarla! Amelia oía todavía sus lamentos. Lo que hacía sufrir a Mary no era el triste estado de su muñeca, sino el dolor que debía haber experimentado Ermentrude, abandonada en el frío, bajo el agua. Tanto la torturaba el remordimiento, que Amelia había inventado una historia para consolarla. Aquel suceso pintaba bien a Mary: negligente, aturdida, impulsiva, rápida en pedir perdón después de una falta, y extremadamente patética hasta obtener el perdón.

Los recuerdos se hacían peores en el otoño. Había, en el aire o sobre la tierra, algo que parecía alimentarlos. Mary había detestado siempre el otoño, pues le producía, según decía, cierta depresión de ánimo y deseos alternativos de llorar y cantar.

Un gesto doloroso contrajo el rostro de Amelia. Se levantó; se acercó a la ventana.

El cielo nocturno era de un azul profundo, pero tempestuoso. Permaneció allí, mirando hacia afuera, como lo había hecho tantas veces durante treinta años, desde cierta noche de junio.

Era una cuestión bastante estúpida, de la cual no quedaba ya nada más que la indignación. Los poetas se equivocan cuando hablan de la indignación como

de una llama. No, no es una llama, sino una masa fría, un bloque de hielo que llevamos dentro del alma y que no desaparece nunca. Amelia lo sabía por experiencia: desde hacía treinta años, ella llevaba en el alma ese témpano de hielo.

El joven se llamaba Walter Trent. Era rubio y tenía una sonrisa contagiosa. Era extraño que su personalidad dejara en Amelia un recuerdo tan débil, comparado con el que conservaba de Mary. Positivamente, ella no podía guardar de aquel hombre nada más que el recuerdo de los sentimientos que le había inspirado. Y habían sido demasiado rápidos.

Amelia tenía treinta y cinco años cuando había amado a aquel joven, y había sido su primer amor. El había pedido su mano. Una felicidad tan imprevista la había emocionado y asustado. Una felicidad tan bella que parecía un sueño.

Una sonrisa de amarga expresión se dibujó en los labios de Amelia, la cual permanecía aún en la ventana.

Si, aquella felicidad era demasiado bella para no ser un sueño. Y había durado poco tiempo: exactamente tres semanas.

Frente a ella, la florida avenida, empenumbra de crepúsculo, era la misma de aquella noche que, habiendo regresado de Londres, Amelia atravesaba el jardín en dirección de su casa. Había entrado en la casa, caminando silenciosamente, para darle una agradable sorpresa a Mary.

Pero había entrado y no la había encontrado. Se acercó a la ventana. Y vio a Mary y a Walter besándose en el jardín...

Lo demás estaba menos claro en la memoria de Amelia. Todo había sucedido a la manera de una pesadilla más bien que de un acontecimiento real. Ella se había mostrado tranquila; de eso estaba segura. Mucho más tranquila que Mary, que había estallado en sollozos convulsivos. Resonaban todavía en sus oídos aquellos sollozos, entrecortados por las mismas palabras:

—Nos hemos enamorado sin poderlo evitar, Mily. Estábamos despidiéndonos cuando nos viste... Pero yo me iré de aquí; no quiero que vuelva a verme... Cásate con él, Mily... El seguirá amándote cuando no me vea más...

—El seguirá amándote cuando no me vea más... ¡Suprema injuria! Y había salido de la boca de Mary, su hermana menor, de Mary, tan linda, tan sensible, que no tenía necesidad de arrebatarle a su novio, puesto que todos los hombres la admiraban y estaban dispuestos a amarla. Lo peor del caso era que Mary sabía todo lo que representaba aquel amor para su hermana. Pues Amelia le había hablado de su emoción y de su felicidad. Pero Mary no había tenido eso en cuenta y le había quitado a Walter...

Después, Mary y Walter se casaron. Ella se defendió francamente. Desde que había visto a Mary, se había enamorado de ella locamente. Sentía muchísimo la decepción de Amelia, pero había encontrado en Mary a la mujer soñada.

Amelia recibió tranquilamente aquella confesión. Pero todos sus sufrimientos contenidos hasta entonces cristalizaron en algunas palabras frías y amargas que dirigió a Mary después de la boda:

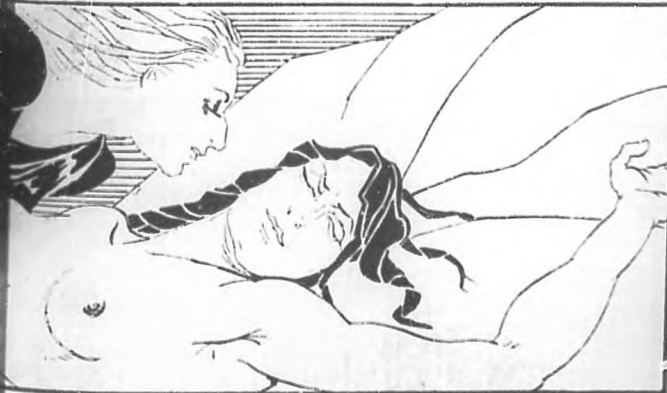
—Tú no has sido toda tu vida nada más que un egoísta, nunca has tenido la más mínima consideración para el sentimiento de los demás. Has seguido el impulso de tu corazón sin tener en cuenta que destruías la posible felicidad de mi existencia. Yo te había consagrado todo el afecto de mi corazón. Me consagré a cuidarte y educarte desde que naciste. Pero hemos terminado. No quiero verte más nunca.

Y cumplió su palabra.

Al principio, Mary le había escrito, le había implorado; pero Amelia le había devuelto sus cartas sin abrirlas. Era el único placer—bien cruel, en realidad—que le había dejado la vida: alimentar y satisfacer su rencor. Ella no era de las personas que olvidaban, no era de las que rectificaban después de tomar una decisión. Lo que había jurado lo seguía jurando. La idea de que Mary sufriera a causa de un silencio, significaba para ella una satisfacción morbosa. Amelia se complacía castigando a su hermana; su venganza le producía un recóndito placer.

Había pasado mucho tiempo. Mary debía ser ya una mujer de mediana edad.

(Pasa a la Pág. 62.)



DIARIO SECRETO AMIGO DE

ENSORDECEDOR EL RUIDO DE PANICO EN TORNO A PALACIO

FERRARA, EL AVENTURERO ENEMIGO DE LOS CUBANOS Y LA REPUBLICA

SALI al amanecer. Quería ser testigo de la llegada de los soldados al centro de la ciudad, su despliegue a lo ancho de las calles y su acción sobre la resistencia pasiva de los hombres a no tragar mientras el Presidente permaneciera en su puesto. Pasó a media cuadra de Dragones y me dirigí a la Punta. La quietud era normal en los dos cuarteles.

A las ocho de la mañana, el movimiento militar no se había producido. ¿Quizá estaba equivocando Rafael Reyes?

Llegué por los alrededores de Palacio y me reuní a los periodistas. Interrogados mutuamente convinimos en la posibilidad de que fuera cierto el rumor de que Welles había sido declarado "persona no grata".

—Sería la primera vez que se atreviera a tanto un gobierno cubano con el representante de la nación yanqui—dijo Mosqueda.

—Esto sí es grave—expuso Antonio Polo.

Ricardo Casado, humorista hasta en los momentos más trágicos, se sentía jubiloso y me preguntó:

—¿Qué pasa con el Ejército? ¿Está con Machado, con Welles, con los revolucionarios o quiere más de lo que tiene? ¿Por qué no ha aparecido ya en el Parque Central y la calle Muralla con sus bayonetas relucientes a desbaratar la huelga?

En lo último de Monserrate, frente a la Embajada Americana, agrupábanse unos cuantos "muchachos" y los periodistas fijos en aquel lugar. Sólo una diez o doce máquinas estaban "parqueadas" junto a la acera del parque Avenida de las Misiones.

—Es sintomática esa soledad—observó Casado—. Los cubanos son ya un tanto mexicanos. Han aprendido a "voltearse".

Llegaron José R. Barceló, Aleochea, Dr. Eguillor y Luis Grau. Traían la impresión de que estaba a punto de decretarse un desembarco de tropas americanas, acto preliminar de la intervención.

—Esta es la consecuencia—dijo Barceló—de haber sospechado la amistad al cumplimiento del deber. Hace tiempo que el Congreso debía haber destituido al Presidente, como se lo propuse en su oportunidad. Me parece que ya es tarde. Pero en todo momento mantendré que la República es primero que cualquier hombre o grupo de ellos.

Sostuve un "aparte" con Anselmo Aliengo y le puse de manifiesto las palabras de Barceló.

—Esa ha sido la actitud constante del Gobernador—me dijo—. Disfruta de una de las mejores posiciones a que puede aspirar un cubano y labora secretamente por el derrumbe del hombre que lo ha exaltado. Si yo fuese ebrioso ya le habría informado al Presidente de la reunión convocada y presidida por Barceló, hace algunas meses, con la asistencia de Alberto Barreras, Guifán George, Eguillor, Eladio Ramírez, Enrique Reelo y otros, y en la

Tercera Parte

La noticia de la sublevación militar llega a Palacio.—El Presidente se precipita, desde la tercera planta, en mangas de camisa.—Con un rifle al hombro dá órdenes.—Dispone que se prepare el edificio presidencial para resistir el asalto.—"Nena", la esposa del Dr. Grau, llora.—Sacos de arena y ametralladoras a la calle.—La presencia de Wifredo Fernández.—Palabras del senador pinareño.—Barceló había preparado la destitución de Machado.—Primero es el deber que la amistad.—Importancia del cuartelazo.—Columbia ni La Cabaña responden al teléfono.—El servicio secreto del Dictador dentro del Ejército.—



ORESTES FERRARA

que propuso el nombramiento de una comisión con el encargo de visitar a Machado, exponerle la situación de Cuba, e invitarlo a nombre del Partia. Liberal a poner en manos del Congreso su renuncia de Presidente de la República. El acuerdo y la comisión existen. El mismo Barceló la preside, pero no se ha atrevido a cumplimentarla.

Ferrara. Llegó a las once. Apéase del automóvil con movimientos de foga harta o con gestos de condotiero siciliano del siglo XVI, el saco abierto, el pecho echado adelante, la cabeza erguida, rebosante de insolencia, mirando a todas partes con el énfasis de quien ha tenido siempre la habilidad de sobresalir de cuantos le han escalonado sus triunfos de millonario, agente de Wall Street y buitre rapaz de la política cubana.

Los periodistas se le acercaron y respondió que no sabía nada de la declaración de "persona no grata" a Welles.

—Eso son aspavientos de los mediocristas—dijo—. Welles es una buena persona y nosotros lo queremos mucho.

Añadió que no había peligro de intervención, que esas "bolas" las fabricaban en la casa de Bouza porque le habían quitado la Gaceta Oficial y que los opositores estaban vencidos.

No puedo soportar la presencia de este italiano aventurero, abogado de la casa de Morgan y enemigo de los cubanos.

Ferrara, como todos los extranjeros que hacen, directa o indirectamente, política en Cuba, es un elemento de disociación del patriotismo y de los vínculos inmanentes de la tierra y el hogar nativos. Su interés está naturalmente asociado a aquéllos que consideran a Cuba una colonia, buena únicamente para enriquecer a los que la explotan. Letrado de los "trusts" internacionales de la banca americana, su negocio es cobrar la comisión correspondiente en la implantación de monopolios, en la venta de tierras que merman la soberanía, y en el acuerdo de tratados que sujeten la patria a la dependencia de poderes extraños. La patria cubana es una morenencia que ha cotizado siempre el doctor Ferrara. ¿Por qué los estudiantes, que tan valientes se están portando, no emplean su coraje contra este italiano depredador en vez de usarlo en perseguir a Balmaseda y otros, que son simples agentes de las órdenes e instrucciones de Ferrara y la cuadrilla de explotadores que padece Cuba desde hace tantos años?



ALBERTO HERRERA

Rechazo, por principio y sentimientos, el atentado y el asesinato. Me deprime sólo el recuerdo de que en Cuba nos hemos equiparado, en ese orden, con el nihilismo ruso, el sindicalismo catalán y los procedimientos de Venezuela, México y otros países de origen ibérico; por, y pesar de mi discernimiento, dormir, tranquilo y feliz la noche que supiera la caída de Ferrara, abatido por el plomo de una escopeta recortada o la lluvia de una de las maquinillas que patentizó Mr. Thomson. No puedo ni cruzarle la cara con una custa. El Presidente me amenazó con enviar-

DE UN INTIMO MACHADO

me a Isla de Pinos si volvía a agredirme a otro de sus amigos.

¡Le tengo miedo a Machado!

A la una de la tarde me dirigí a mi casa. Llegué maquinalmente a ella. Hubiera ido a cualquier otro lugar con el mismo automatismo que gobernó mis pasos. Dejé Palacio solo. Quedaron allí el Presidente, el doctor Ramiro Guerra y los ayudantes. Las impresiones que recogí del numeroso público oficial de funcionarios, congresistas, políticos y amigos de la situación que llenaron, desde las primeras horas de aquel día, la mansión del Ejecutivo, era de que consideraban seguro al Gobierno. Su optimismo resplandecía en las miradas y trascendía de sus conversaciones. "Welles había hecho el ridículo y la oposición estaba derrotada."

Los síntomas de la calle no concordaban con la satisfacción de triunfo que había observado en los salones palaciegos.

Mi intuición y presentimientos no me han engañado nunca. Constantemente me asalta esta pregunta: ¿Si se le ha dado orden al Ejército de que restablezca la normalidad del tránsito rodado y del trá-



WIFREDO FERNANDEZ

fico comercial, por qué no lo ha hecho ya? ¿Cuál es la actitud de los militares? Hay algo obscuro que no llevo a penetrar.

Mi hijo mayor, que abandonó recientemente el hospital, donde estuvo recogido más de medio mes, lesionado por un agente secreto del Gobierno, ha dejado despaquito la cama y me ha puesto una mano sobre un hombro.

—Yamos a almorzar, viejo—me dice. Mi hijo está contento. Lo supera en ale-



La Fortaleza de La Cabaña de que se habla en la información.

gría, Pedro, su hermano menor, de temperamento más enérgico y resuelto. Pedro, que ha entrado y salido frecuentemente de la casa, durante los pocos minutos que llevo en ella, mantiene una actividad y unos conciliábulos con otros "muchachos", que no acierto a interpretar. ¿Serán, de verdad, revolucionarios, mis hijos?

La inquietud no me dejó probar bocanada. Es ahora las dos y media de la tarde y me dispongo a salir. Necesito salir personalmente, y por impresión directa, lo que pasa en el misterio de la gran ciudad entumecida y como en acecho, en espera de una decisión que muchos no sabemos.

He vivido las horas más largas de mi vida. He contado los minutos como se cuentan las voces de mando de una escuadra de ejecución. He visto la muerte avanzando sobre mí con ruido de tableteo herrisono, por las bocas de las ametralladoras. Me he encontrado en medio de la vorágine del huracán, de un modo imprevisto, de sorpresa y en contra de mi voluntad.

Mi actitud ha sido, desde hace dos años, la de un espectador en la lucha que sostiene el pueblo cubano, de una parte, y las fuerzas del Gobierno, de la otra y, por poco hubiera aparecido como héroe mínimo de comparsa trágica o carne anónima de fusilería.

Escribo a las once y media de la noche. Un silencio infinito me rodea. En mi casa duermen todos o aparentan dormir. En las calles y en los cuadreros de las manzanas no resuena una voz ni el menor ruido de actividad. Trato de percibir un rumor, un grito, un signo de hechos que demuestren que me hallo en el centro de una gran ciudad moderna y ¡nada! Calma decoral inmensa, paz de llanura pétrea, opresión de océano en el alma de un naufrago. Bajo las sombras debe haber sólo fantasmas. No obstante, alguien vela, vigila, acecha. Es el vacío que precede a las tempestades, el repliegue de todos los ímpetus de destrucción antes de soltarse como las aguas de una presa gigantesca,

es la cólera de las multitudes vejadas y maltratadas por todas las formas de la opresión del espíritu.

En lo que voy a narrar soy testigo de extraordinaria excepción. La casualidad me puso en el centro de los acontecimientos. Salí de mi casa a las dos y media de la tarde. Llegué a Belascoain y giré a la izquierda siguiendo hasta el Malecón. Casado de caminar, desde muy temprano, buscaba un amigo, con automóvil, que me condujera al hotel "Plaza". Necesitaba hablar con alguien a quien le reconociera alguna autoridad informativa, y pensé en Barceló. Armando Ruiz, representante e hijo del Gobernador, me invitó a subir a su máquina.

—Te llevaré al sitio que indiques—me dijo—. Dispongo de tiempo hasta las 4.

Tomamos por el Malecón, rumbo a la Punta. Al atravesar el Prado, por San Lázaro, Armando Ruiz indicó:

Vamos a pasar por la Embajada Americana y el Palacio para que veamos qué hay por allí.

El centinela, situado en uno de los bastiones de la Punta, nos miró largamente. "No me inspiren confianza estos soldados", expuso Ruiz. Frente a la Embajada alineábanse unos doce automóviles, y veinte o treinta personas d'acurrían por la acera, en grupitos de tres y cuatro individuos. El Palacio Presidencial se hallaba solo, igual a como lo había dejado una y media hora antes.

—Me quedo aquí—le propuse a Ruiz. En la puerta de Monserrate vigilaban un policía y un soldado. Entré. ¿Ni una voz ni el más insignificante rumor en el zaguán y patio del edificio! Me senté en el banco de la derecha, inmediatamente después de la puerta.

—Estoy cansado—le dije a "Palo", el viejo vigilante, de maneras corteses.

—Este ajeteo no se puede soportar—respondió.

Coincidiendo con sus últimas palabras apareció el Presidente de la República. Había bajado sigilosamente en el ascensor desde el tercer piso. Estaba en marcha (Pasa a la Pág. 61.)

El testamento de muchos de Peñate: Clases enigmáticas



El Ing. LOPEZ RUBIO, asesinado por los machadistas junto al Puente de Pote.

Una, dos, tres máquina—quizás cuatro,—ganaban a marcha silenciosa, el altozano en que se levanta la Ermita de los Catalanes con su eterna mudez de piedra. Atrás, iban quedando las calles del Barrio, bellamente trazadas, pero sin la grata y lógica compañía de las casas.

La pequeña caravana hizo un alto. —¡Indicamos—dijo un joven revolucionario—, el sitio exacto en que cayó muerto Fuertes Blandino.

Un hombre de fuerte contextura, de aspecto poco grato, avanzó unos pasos. Se situó, tras estudiar el terreno rápidamente, en lugar que creyó apropiado. Otros disparos más, cuyo eco fué a perderse en las soledades aledañas...

¡El sargento Peñate, de los tristemente célebres "Expertos", había sido muerto!

La caravana automovilística inició su regreso a la ciudad. En ella, a poco, el comentario fué extendiéndose. Tema de conversación en vehículos, calles y plazas. Y tema, también, para los vendedores de periódicos— megafónicos ambulantes de los órganos de la publicidad—, que a todo pulmón se encargaron de llenar el ambiente con la noticia.

—¡La muerte de Peñate...! ¡Muerto Peñate!...

El pueblo,—un pueblo sano, honrado, benévolo—se alaba al comentario con cierta diabólica fruición. Y es que la vindicta pública había logrado entronizarse— aunque por poco tiempo, en la ciudad que había vivido bajo el terror impuesto por un grupo de malvados. La Ley del Talión hacía un guiño. La contestación era una sonrisa indefinida...

LA CAPTURA DE PESATE.
Pero todo no se había limitado a la escena descrita. Antes, a Peñate se le habían arrancado por los elementos que tomaron parte en su captura, importantes declaraciones que ponían en claro ciertos extremos por demás interesantes.

¿Cómo fué aprehendido Peñate? ¡Cuáles fueron sus últimos momentos?

Y he aquí cómo uno de los que tomaron parte en el vívido drama narra al repor-

ter—para ser transmitidos a los lectores de BOHEMIA—, los más interesantes aspectos del mismo. Huelgan, desde luego, como en otras ocasiones lo hemos hecho, nombres y otros detalles análogos. Por otra parte, no son necesarios para conocer en su esencia la verdad refleja del episodio.

Alguien interesado en su captura, sorprendió al ex-sargento Peñate cuando terminaba de servir en una barbería sita en la calle San Rafael. Seguidamente, le hizo saber que estaba preso. Peñate, sorprendido momentáneamente, se dió cuenta de que se hallaba en la difícil posición del cazador cazado. No opuso resistencia. Tan sólo pidió que se le entregara a las autoridades. Concedido del triste fin que en manos del pueblo habían tenido varios de sus compañeros de crímenes, era, en aquellos momentos, su única obsesión, la de poder verse tras las rejas del Príncipe, donde no sólo consideraba salvo su vida, sino que alimentaría la esperanza de que



PESATE; el autor del famoso testamento que firmara minutos antes de morir.

sobre él y sus fatídicas andanzas cayera el olvido, a merced de la innata bondad del pueblo que él contribuyó a oprimir.

Trasladado a una oficina, se le indicó por el grupo de estudiantes y revolucionarios que le rodeaban la necesidad de que prestara declaración con objeto de llegar a conocer extremos que eran de vital importancia.

El detenido insistió en que debía entregársela a la justicia.

—Si, hombre, así se hará...— replicó uno de los presentes.

Y Peñate se dispuso a hablar.

Uno de los circunstantes se dispuso a tomar notas. De esos apuntes se fué redactando un acta que, comenzada a escribir en máquina, hubo de continuarse con otros apuntes hechos a pluma y aun con lápiz. Los momentos eran interesantes en grado sumo y no podía desperdiciarse un solo minuto. Mediada la declaración de Peñate—que a veces era lenta, como en señal de cierto escrúpulo al delatar a sus compañeros,—los que tomaban parte en aquel acto se vieron precisados a ausentarse de la oficina en que se encontraban, para dirigirse a una casa sita en Santos

Suárez, evitando con ello una perjudicial aglomeración de personas al extenderse la noticia de la captura del esbirro de Machado y Ainciart, y lugar en que se hallaba.

SUS DECLARACIONES.

Nuestro informante nos muestra, seguidamente, el original del acta en que constan las declaraciones de Peñate. Este, entre otros extremos, hubo de manifestar, según consta en aquélla:

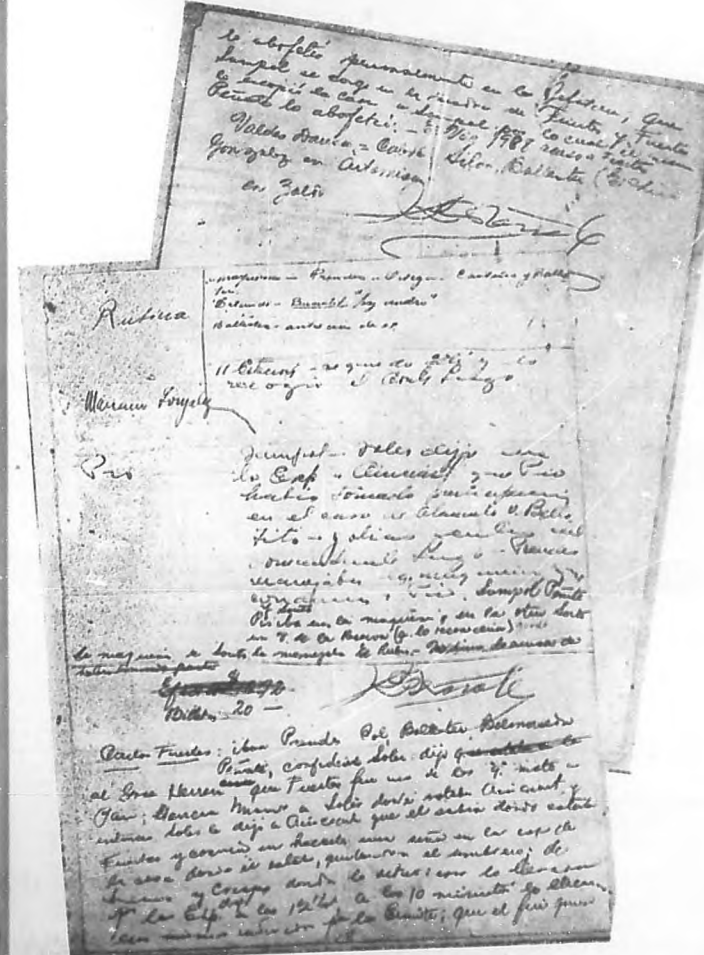
"Que el día 27 de septiembre del pasado año, encontrándose en la Jefatura, recibí órdenes de salir con otros "expertos" para la residencia de los hermanos Freyre de Andrade; recibidas dichas órdenes directamente de Palacio. Que se trasladó en una caña "Dodge" hasta la residencia de los hermanos Freyre, acompañado del vigilante Brito y del experto José Castaño, y en otra máquina, marca "Essex", los expertos Tito Sampedo, Alfonso Llamas, Méndez y otros cuyos nombres no recuerdo. Al llegar a la residencia de sus presuntas víctimas, entraron Castaño, Sampedo y Llamas, quedando él con los demás acompañantes en los jardines, al frente de la casa. Después del asesinato de los Freyre, se trasladaron de nuevo a los "Expertos", a dar cuenta de haber quedado cumplimentada la orden recibida."

"Que el propio día se enteró del asesinato de Miguel Angel Aguiar, porque estando en la Sección de los Expertos salieron de allí el sargento Bulmaseda y los expertos Raimundo y Tejero, que tomaron participación en el mismo, ignorando si fueron reforzados en el camino con otros expertos."

"Declara, asimismo, que en el asesinato de López Rubio, sólo tuvo conocimiento después de ocurrido. Que recibió órdenes de trasladarse al lugar de los hechos, donde pudo observarse que el automóvil de Mainegra recogió el cadáver, conduciéndolo los



PIO ALVAREZ, una de las víctimas de PESATE



El testamento de PESATE es un documento famoso. Escrito en parte a máquina, contiene la total explicación dada por el criminal, de los asesinatos circulares por Ainciart y su cuadrilla y ostenta la firma de este tipo lombrosiano respaldando la explicación de muchas cosas que ignorábamos. Este documento constituye un serio cuerpo de cargos.

expertos Grana, Sobrado y Gutiérrez, junto con el referido Mainegra."

"Que no recuerda nada relacionado al caso del asesinato de Floro Pérez."

"Que en el asesinato de González Rubiera sólo recuerda que vio al joven en la Sección de Expertos, detenido; que de allí fué trasladado, sin tortura, para la Cuarta Estación de Policía, en la máquina de Pendas, en unión de Braulio Ortega, Castaño y Ballester. Que parece recordar que la detención fué realizada por el experto Busutil (no está seguro). Ballester perteneció, anteriormente, a la Policía de Obras Públicas.

"Que en el caso de Mariano González Gutiérrez, está seguro que fué conducido a la Omeña Estación de Policía por el propio comandante Lugo y otros hombres a sus órdenes; que no sabe el nombre de estos otros ni el lugar en que lo asesinaron."

PARENTESIS.

Aquí finaliza la parte del acta que aparece escrita a máquina, y que está encabezada así: "En la ciudad de la Habana, a los dos días del mes de Septiembre de mil novecientos treinta y tres, en la Ofi-

cina... compareció JOSE DIMAS PESATE, sargento que era de los Expertos, a las órdenes directas del Brigadier Ainciart, habiendo ganado ese puesto después de los servicios prestados en los asesinatos de los hermanos Freyre de Andrade y otros que a continuación se detallarán.

Nuestro interlocutor interrumpe la lectura, al final de la parte recogida, para decirnos:

—Durante todo el tiempo que duró su declaración, Peñate se mostraba acobardado, decaído, intentando en todas formas hacerse el infeliz. No obstante, en ningún momento vislumbró su próximo fin. Creía, firmemente, que, como premio a su declaración, sería entregado en el Castillo del Príncipe, al que tanto cubano sin mácula habían lanzado él y sus compinches, y que, en aquellos momentos, se le antojaba un recinto de la Janja soñada.

—Cuando llegamos a la casa de Santos Suárez,—agrega,—, le quitamos la camisa. Al ello traía una cadena de oro con una medalla, y un collar de cuentas de los catalogados dentro de la herja. También en uno de los bolsillos de la ropa que vestía le fué hallada una especie de amuleto de piel, con varias líneas de cuentas y un remate de cuatro caracoles. Una de las veces, Peñate manifestó que él había intervenido en muchos hechos; pero que no había matado a nadie. A lo que uno de los presentes le replicó: "Todos sabemos que tú eres muy bueno. ¿Ves este pantalón de franela que traigo puesto? ¿Me lo regalabas tú?" Ante la ironía, Peñate sonrió...

SOBRE PIO ALVAREZ Y CARLOS FUERTES BLANDINO.

Sobre los inefables asesinos de que fueron víctimas aquellas dos revoltosas figuras revolucionarias que se llamaron en vida— nombres que serán pecanas en el recuerdo de los cubanos!—Pío Alvarez y Carlos Fuertes Blandino, aparecen importantes datos en la parte final del acta firmada por Peñate poco antes de su muerte.

Esta parte de referencia, ofrece la particularidad de que, en la natural precipitación del momento, está trazada con pluma, con dos clases de tinta—negra y verde—, y aún con lápiz. Además, son datos sintéticos, que transcribiremos a nuestros lectores—para que ellos debatan—sin quitarles punto ni coma, ni aún guiones. Dice así: Pío Sampedo dijo en los Exp. a Ainciart que Pío había tomado participación en el caso de Clemente V. Balla. Tito y otras gentes del Comandante Lugo. Pendas manejaba la máquina que conducía a Pío, Sampedo, Peñate y Soto. Pío iba en la máquina, en la otra Soto, un V. de la Reserva (q. lo reconocía) guardia. La máquina de Soto la manejaba El Rubio."

Al final de estas líneas, aparece la segunda de las tres firmas del declarante de que consta el documento.

Lo más importante, sin duda alguna, que encierra el acta-testamento del ex-sargento Peñate, es lo concerniente a Cár-

Facetas de la Dictadura en Venezuela

VI

"El Castillo de San Carlos"

Como en otras grandes ciudades venezolanas donde Juan Vicente Gómez ha implantado su régimen de terror, la bella ciudad de Maracaibo sintió el manotazo infame de las torturas y de las persecuciones sin freno.

Esta, como Caracas, Puerto Cabello y Maracay, ha visto levantarse sobre sí un remolino de sangre como una tromba marina plena de amenazas negras, convertidas luego en sangrientas realidades, con el encarcelamiento injusto, absurdo, de sus nobles moradores. Como fantasmas de terror se yerguen pavorosos los castillos y fortalezas coloniales para sellar los labios que intenten musitar una frase rebelde. Ahí están como una prueba incontestable La Rotunda de Caracas, El Libertador de Puerto Cabello y Los Fosos de Maracay.

La legendaria ciudad de Maracaibo parece aplastada por el demoledor martillo de la Tiranía Hisortina. El lago que baña sus riberas, majestuoso y poético, parece que acrecienta sus aguas con las lágrimas vertidas por los poros de aquella tierra triste. Y es que parece destinada por la historia primero, y por la Tiranía después, a los dolores más crueles que pueda soportar la Madre más desgraciada. La Historia, por obra y gracia de esos vericuetos, caminos torcidos que le marca el dedo del Destino, la hizo ser Madre de un traidor. Hija de Venezuela que supo dar tantos hijos gloriosos y dignos, cuando le tocó el turno, sólo pudo presentar un nieto manchado con la tinta negra de la traición; cuando todos los hombres se aprestaban a la lucha redentora y unían sus espadas en confraternidad gloriosa para combatir y levantar su espada para romper las cadenas opresoras, ayudó a hacer más fuertes los eslabones acen- tuando el dolor de la tierra esclava, manchando así su espada, con sangre de hermanos.

Narciso López rasgó las entrañas de aquella Madre cariñosa haciéndola testigo de las muertes que hacía su tizona traidora. Pero pasó el tiempo y el consuelo vino como un bálsamo cicatrizante a sanar las heridas maternales. Narciso López, como el hijo pródigo de la parábola, volvió al hogar de donde había partido: de la ignominia a la dignificación, de la esclavitud a la libertad. Entre una trompetería de victoria llegó la nueva esperanza por el viento: La espada que se alzara contra hermanos se irguió altiva para defender una causa justa y, desde ese momento, fué el revolucionario tenaz, llegando, con su sangre vertida en los campos de la Lucha, a forjar el triángulo rojo que ostenta orgullosa la bandera de la estrella solitaria...

Después, con el andar del tiempo, vio cómo sus hijos se dividían en bandos, unos apoyando, cobardes, las cuentas Tiránicas, otros combatiéndolas con todo el ardor de su sangre joven y, ante aquel fragor de conciencias limpias y sombrías, surgieron los hermanos verdugos torturando a los hermanos víctimas; sangre fraterna desbordándose a torrentes, suelta la represa de la vida por manos fraticidas y desfiló, real, la trágica leyenda de Caín y Abel. La figura de la Madre enlutada, con sus negros velos batidos por el viento, fué la pesadilla del territorio, de la conciencia de aquel tanto que, en sus sueños, la veía vagar errante clamando Justicia para los caídos y balbuceando maldiciones para los rudos victimarios. Pero sus clamores, en vez de ablandar a los verdugos, los enfureció más y tuvo



Otro de los suplicios que se aplican en La Rotunda por expresa voluntad de Juan Bisonte. Esta foto nos fue enviada exclusivamente desde la Isla de Trinidad.

su castigo: vio cómo el fantasma de las prisiones se levantaba a nuestro para acurrucarse a su voz, y fue testigo de la crucifixión de sus hijos, como lo fuera María de su hijo Jesús...

Juan Bisonte Gómez ya no sabía cómo poner coto a las protestas cada vez más ruidosas de los que combatían su "Causa de Diciembre", aunque a todas horas ingresaban revolucionarios en las distintas prisiones y se agudizaba, también, la intemperancia de los "Ingenieros diseñadores y constructores de torturas", siempre había un alma que se levantaba airada contra una maldad. Su mente satánica, ávida y buscaba hombres que lo ayudaran a sembrar el silencio, y así fué como un día un rayo negro que surgió de la sombra, le oscureció la mente y encontró un nombre que, al unirlo con el del Castillo de San Carlos, le hizo darse una palmada en la frente exclamando: "¡Eso es lo que necesita el Amigo! ¿no?", y saltado de regocijo, lo soltó como un esputo sobre los Ministros que lo escuchaban perplejos.

En ese día celebrábase un aniversario de su llegada al Poder y los aduladores le rodeaban genuflexos; todos hacían gala de su ingenio buscando frases a cual más halagadora para el "Homero Único de Venezuela" y los discursos iban y venían en un concurso de retoricismos rastreros; pero el Rehabilitador a lo menos que atendía era a esa zarabanda de palabras, en su afán de buscar el hombre y saltó a boca de hierro, interrumpiendo las alabanzas, este nombre: ¡Evaristo Prato! Ante la extrañeza de los Ministros, que lo miraban boquiabiertos, puesto que nada entendían, dijo: "Hoy, día glorioso para la Patria y para Mí, quiero hacer una obra grande", y dirigiéndose al de Guerra y Marina le ordenó: "Extiéndame un nombramiento, para Jefe del Castillo de San Carlos a nombre de Evaristo Prato." El Ministro aludido se atrevió a preguntar: "General, ¿me puede usted decir quién ese ese amigo de la Causa que yo, por torpeza imperdonable, desconozco?" Y el Jabali, mirándolo de arriba abajo, le respondió: "Evaristo Prato no es otro que mi primo hermano Eustoquio Gómez." Al oír esto, todos los Ministros bajaron la frente y se sintió cómo la Patria erujía en sus cimientos.

Hagamos Historia: El General Eustoquio Gómez, primo hermano del Jabali, era el prototipo de los generales que padece, como un castigo, toda la América hispana, que llegan a tal posición sin méritos verdaderos para ella, sólo por la influencia de parientes o por andar escondidos en el monte dos o tres días asesinando a infelices campesinos, hechos que luego pregonan como victorias guerreras en alguna encareada revolución. Este generalote campeaba por sus respetos en la ciudad de Caracas, respaldado por la posición que ocupaba Juan Bisonte en el Gobierno de Cipriano Castro, cometiéndole todos los horrores imaginables en un hombre perverso. Sus escandalosas borracheras escandalizaron hasta lo infinito a la sociedad caraqueña que, en su justa indignación, a quejarse al entonces Gobernador del Distrito Federal, Dr. Mata Iba, hombre culto y pundonoroso si los hay, ofreciendo éste poner coto, en la medida de sus fuerzas, a tanta desvergüenza.

Una noche, de las tantas en que Eustoquio tenía su cuartel general en un Botiquín del Puente de Hierro, en unión de unos (Pasa a la Pág. 64.)

Aquí estoy con Eugenia Zuffoli, desde hace 35 minutos. No he hecho otra cosa que escuchar su voz, de dulces inflexiones. Habla, y se diría que recita. Tal es la musicalidad que pone en sus palabras.

No nos encontramos, de pronto, inesperadamente, en el vestíbulo del hotel "Roosevelt".

Ella comprendió que la reconocía mi mirada, impertinente clavada en la maravilla de sus ojos negros. Sonrió y sentí la necesidad de preguntarle.

—¿Cómo está usted?

—Muy bien. De vuelta otra vez en La Habana.

Yo la miraba cada vez más asombrado. Pero no sé por qué me asombraba de ver a Eugenia Zuffoli. La encontraba más terriblemente bella que nunca. ¡Y cuidado que Eugenia ha sido bella siempre! Aseo el brillo de sus ojos es más luminoso, más amplio. Aseo la boca, esta boca de finos labios, húmedos y temblorosos siempre, están más intensamente rojos que nunca.

—¿Viene de México?— Recuerdo que le pregunté para no permanecer callado tanto tiempo.

—De México vengo.

Y otra vez a mirarla, y otra vez a azararme ante su elegante y sutil silueta enfundada en un rico traje negro. La conversación se deslizó así unos minutos. Poco a poco, no faltaba más, la fuimos encaminando ella y yo hacia los proyectos que la traían de nuevo a La Habana.

—¿Piensa hacer algo?— le pregunté.

—Por de pronto, un casi recital en el "Martí".

—¿Casi recital?

—Sí. Porque no voy más que a cubrir un fin de fiesta. El sábado por la tarde. Recitaré unos versos, diré unas canciones... Después, más adelante. Cuando esto se normalice y la gente esté en mejor disposición de ir al teatro, ofreceré otro recital, pero completo.

—¿Y de teatro?

—No sé. No me atrevo ni hacer proyectos. Tengo miedo hasta de pensarlo.

Estábamos acomodados en unas butacas de mimbre, casi en la acera, como quien dice. La gente pasaba y se quedaba mirando para Eugenia, reconociéndola y, seguramente como yo, admirándose de su belleza maravillosa y de su elegancia.

—¿Cuándo vuelve usted a hacer películas?— Recuerdo que le pregunté de pronto, dispuesto a llevar la conversación a mejor terreno interviuante. El encuentro bien merecía la pena aprovecharlo, porque, ¿qué más topo de nuevo con Eugenia, en esta Habana media trastornada en que vivimos?

Eugenia Zuffoli por Don Galaor

Y Eugenia, ensariéndose, me reprocha: —No me hable usted de películas. He hecho una, y he quedado puesta y convidada.

—¿Y eso, Eugenia? ¿Cuéntame, cuéntame! ¿Qué impresión ha recibido cuando se vió en la pantalla?

—No he querido saberlo. Yo no he visto la película que he interpretado. No me he sentido con fuerzas. Ha sido hecho todo con tal precipitación y premura, tengo referencias tan desagradables de ella, que no me he visto.

—Y eso, ¿cómo se explica?

—Muy fácilmente. Me llevaron a los estudios de Jeanville, como se lleva a un chico a la escuela. Del tren al set. Sin saberme el papel, sin pruebas de maquillaje, de voz y de movimientos. Como me hice pagar un poquito bien, y por días, se apresuraron a que mi trabajo les saliera lo más barato posible, y efectivamente: terminamos la película en doce días.

—¿Pero cómo es posible hacer una película en doce días?

—Como se hizo "El Secreto del doctor", aprovechando la buena y la mala fotografía. Leyendo yo mi papel en unas planillas que me ponían delante. Dando por film definitivo lo que yo creía simple prueba. ¡Así dicen que salió todo!

Eugenia me mira con sus ojos muy abiertos. Sus labios se han encogido en un mohín de enfado. De pronto se mira las manos. Sus manos, largas, pálidas, blancas, de un aristocrático seductor.

(Pasa a la Pág. 64.)

EL CIELO... ... ENVENENADO

POR CONAN DOYLE

Malone, periodista, está encargado de entrevistar al profesor Challenger, con respecto a un artículo aparecido en el "Times", sobre "las posibilidades científicas del fin del mundo".

Malone encuentra en la estación a algunos amigos de Challenger, que han recibido de este último un telegrama rogándoles que vengan con tubos de oxígeno. Todos se muestran muy inquietos por esa extraña petición...



Austin, el tío taciturno que había visto ejerciendo funciones de mayordomo cuando hice mi primera y borrascosa visita al profesor.

El camino que seguíamos serpenteaba siguiendo las sinuosidades de la falda de una colina que limitaba una espléndida campiña. Yo ocupaba un asiento junto al cochero.

Detrás de mí, los demás parecían hablar todos a la vez. Lord John, a lo que pude entender, continuaba relatando su historia de caza, en tanto que volvía a oír, como en otro tiempo, la voz de bajo profundo de Challenger y el acento agudo de Summerlee, oponiéndose ya en el calor de un debate científico. De pronto, sin perder de vista el volante, Austin inclinó hacia mí su cara de coaba.

—Me ha despedido—dijo.

—¿De veras?—exclamé.

Todo parecía trastocado aquel día. Las gentes decían cosas impensadas y singulares. Todo me parecía un sueño.

—Es la cuadragésima séptima vez que me despide—añadió Austin, después de un cálculo breve.

—¿Y cuando se marcha.

—No me voy.

—Cree que la conversación terminaría allí; pero prosiguió:

—Si me marchaba, ¿quién cuidaría de él? ¿Quién le serviría?

Y con un movimiento de la cabeza designaba al doctor.

—Otro—sugerí.

—Nadie. Porque nadie estaría en su casa una semana. Si me marchaba, la casa no podría subsistir; como no marcha un

reloj cuando se le ha roto la cuerda. Le digo esto porque sé que es usted su amigo y debe conocerlo. Si aprovechara la ocasión... Pero no me atrevería. El y la señora quedarían como dos niños abandonados en la cuna. Yo soy todo para ellos... ¡Y me despide!

—¿Por qué nadie había de servirles?

—Porque sólo yo puedo soportar sus caprichos. El patrón es un hombre inteligente; pero a veces se pasa de listo. No cabe duda. Alguna vez pierde los estribos. ¿Sabe usted lo que ha hecho hoy?

—¿Qué hizo?

Austin se acerca y dice con un roncoco acento:

—Ha mordido al ama de llaves.

—¿Mordido?

—Sí, señor. Tal como suena. Le dió un mordisco en la pantorrilla. He visto con mis propios ojos cómo la pobre mujer escapaba de estampía.

—¿Bondad divina!

—Eso mismo diría usted, caballero, si podía usted ver ciertas cosas. Al amo le aborrecen todos los vecinos. Algunos piensan que cuando estaba entre esos monstruos de que ha hablado usted en sus artículos, allí tenía su *homo su sweet homo* (1), el home que le convenía, y que nunca disfrutará de sociedad que más le cuadre. Así se le juzga. Pero yo le sirvo desde hace diez años y siento amistad por él, y reconozco que es un grande hombre y tengo gusto y me siento honrado sirviéndole. De todos modos a veces le somete a

(1) Hogar, dulce hogar.



Allí estaba Challenger, que acudía a recibirnos. Tenía un aspecto satisfecho y radioso. Todos los rayos de la creación es imposible que alcancen la dignidad con que paseaba lentamente por el andén de "su" estación, distribuyendo sonrisas condescendientes. Si había cambiado algo desde que le ví, su cambio consistía en que sus características habían cesado sus relieves.

Su enorme cabeza parecía más enorme, y más vasta la frente sobre la que se aplastaba un mechón de pelo negro. Su barba espesa formaba una cascada impresionadora, sus claros ojos grises, de burlescos e insolentes párpados, armonizaban más imperiosamente que de costumbre.

Me dió el apretón de manos y la sonrisa animadora de un maestro por su discípulo. Luego saludó con afecto a los otros, y después de ayudar a colocar las maletas y los tubos de oxígeno, nos llevó a un gran automóvil guiado por el impasible



uno a pruebas muy duras. Mire; fíjese en esto. Probablemente no es así como usted comprende la hospitalidad antigua. Lea, lea.

El auto acababa de subir una pendiente pina y en curva. De pronto apareció un poste que tenía clavado un cartel que decía así:

AVISO
Los visitantes, los periodistas
y los mendigos.
No hacen aquí maldita la falta.
G. E. CHALLENGER.

—Creo que no puede haber nada menos cordial—hizo observar Austin, dando una ojeada de reprobación al indecoroso letrero.—No parece una felicitación de Navidad. Dispénsame usted. Hace años que no he hablado tanto, caballero; pero no puedo contenerme hoy, es preciso que suelte la lengua. Aunque me maltrate y que me amenace, no me voy. Esto es el evangelio. Soy su servidor, él es mi amo y así será según espero hasta que uno de los dos muera.

Habíamos pasado los pilares blancos de la entrada.

Al término de la gran avenida, sembrada por hayas y limitada por rododendros, aparecía la casa, baja, de ladrillo, confortable y linda. La señora Challenger, pequeña, graciosa, sonriente, esperaba en el umbral para darnos la bienvenida.

—Querida—dijo el profesor—, te traigo unos huéspedes. Para nosotros es una novedad tenerlos, ¿verdad? No prodigamos nuestra amistad a los vecinos. Creo que si podían, echarían de buena gana polvos de arsénico al carro de nuestro panadero.

—¿Es tremendo!—exclamó la dama, medio alegre, medio compungida.—Jorge se pelea de continuo con todo el mundo. No tenemos un solo amigo en la comarca.

—Gracias a lo cual—observó Challenger—puedo dedicarme por completo a mi esposa.

Y diciendo esto abrochaba su cintura con su brazo robusto y corto.

Imaginen ustedes un gorila coquetando con una gacela y se formarán cabal idea de la pareja.

—¿Vamos, vamos!—continuó—. Estos señores están cansados del viaje y desean almorzar. ¿Ha vuelto Sara?

La señora Challenger, tristemente, hizo una señal negativa.

Oyendo esto, Challenger se rió y luego se acercó la barba adoptando la actitud altanera que todos le conocíamos.

—Austin—ordenó—. Cuando haya dejado

el automóvil en la cochera, ayudará a la señora a disponer todo lo de la mesa.

Luego, dirigiéndose a nosotros, añadió: —Ahora, señores, sírvanse pasar a mi despacho, pues he de decirles algo urgente.

Mientras atravesábamos el vestíbulo resonó el timbre del teléfono y Challenger nos tuvo por auditores involuntarios en el diálogo que entabló.



Digo "nos"; porque supongo que no era posible dejar de oír a cien yardas su voz atronadora que hacía vibrar la casa. Todo cuanto bramó me ha quedado impreso en la memoria.

—Sí, sí; naturalmente, soy yo... Sí, ciertamente, el famoso profesor Challenger y nadie más... Desde la cruz a la fecha o de lo contrario no la escribiría... No me extrañaría... Todo lo hace presumir... Dentro de un día o dos lo más tarde...

¿Qué quiere usted que le haga?... Lo siento mucho; pero supongo que entre las personas atencidas habrá algunas más importantes que usted... No, imposible... Es preciso que corra usted su suerte, caballero... ¡¡Pentaría!! No tengo tiempo para escuchar sus divagaciones.

Colgó los receptores de golpe y nos hizo entrar en una habitación espaciosa llena de aire y luz, que le servía de despacho.

En la gran mesa de coaba había seis u ocho telegramas aún cerrados, que esperaban ser leídos.

—Decididamente—dijo acercándose hacia mí—creo que ahorraría gastos a mis correspondientes adoptando una dirección telefónica que sería adecuada a las circunstancias: Noé, Botherfield.

Como siempre que inventaba un mal chiste, se agarró a la mesa reventando de risa y sus manos se estremecían de tal modo que no acertaba a abrir los sobres.

—Noé, Noé—soltó entre hipos, mientras lord John y yo le respondíamos con una sonrisa de simpatía y Summerlee semejante a un chivo disléptico, agitaba febrilmente la cabeza con ademán de reprobación y mofa.

Por fin, y aún gruñendo y rídiculo, abrió el telegrama. Con lord John y el profesor Summerlee, yo estaba junto a una ventana gótica, desde donde contemplábamos el paisaje.

Era magnífico y reclamaba la atención. La carretera, a fuerza de vueltas y revueltas nos había llevado a una altura, a más de doscientos cuarenta metros, como supimos más tarde.

La casa de Challenger ocupaba la misma cima y desde el gabinete de trabajo, situado al mediodía, se descubrían, entre vastos bosques, el horizonte bianchamente ondulado por las dunas meridionales.

En un collado de las colinas, una humareda señalaba el punto ocupado por Lawes. A nuestros pies se extendían campos de espino y los amplios espacios verdes de Crowborough. Hacía el Sur, por un claro de los bosques, se columbaba el ferrocarril de Londres a Brighton. En primer término, debajo de nosotros, había un patio cercado con un cobertizo y allí veíamos el auto que nos trajo de la estación.

De repente nos hizo volver la cabeza una exclamación lanzada por Challenger.

Había leído los telegramas que cobardemente metódicamente nos sobre otros. Su cara, a lo que podíamos juzgar por lo poco que nos dejaba ver la barba hirsuta, estaba muy encarnada, y él pareciera presa de una violenta agitación.

Constance Cummings, la joven y bella actriz cinematográfica que hemos visto ganar laureles en "El Escándalo del Millón de Dólares", de la Paramount, en "The Mind Reader", y en "Washington Merry-go-round", se ha enfrentado varias veces con la muerte; y, por extraordinario que parezca, ella ha considerado esa amenazadora figura como la de un fascinador galán. La ha visto cuatro veces muy de cerca, y no la teme. Por el contrario, afirma que es superlativamente dulce.

La compañera del animoso Harold Lloyd en "Cinemanía" — que a todos nos hizo reír— entró en Hollywood, el paraíso ansiado por miles y miles de muchachas de los Estados Unidos y de todo el mundo, por la puerta grande, como se dice vulgarmente. El título de Baby Star de Wampas ha sido en gran número de casos el primer escalón para ascender a las más altas cumbres de la cinematografía mundial. Y Constance Cummings fué Baby Star de 1931.

Desde esa fecha ha filmado en los sets de distintas casas productoras, entre ellas Columbia, Warner y Paramount. Su camino, quien sabe por qué circunstancias adversas, no ha sido todo lo fácil y rápido que se predijo cuando su primera aparición en la pantalla, otras artistas de su misma promoción, y algunas de posteriores, escalaron posiciones más elevadas en el aprecio de los públicos y, especialmente, de los "ejecutivos" de las compañías. Pero de todos modos la crítica norteamericana sigue considerándola "una de las más prometedoras jóvenes estrellas".

Constance posee una de las virtudes mejor apreciadas en Hollywood: es una verdadera mujer bonita y bien formada. Es joven, vigorosa, sana, y su sonrisa es, si no alegre, por lo menos bien expresiva.

Por ello, precisamente, es tan extraordinario lo que vamos a relatar. Una mujer joven, bonita, con un espléndido porvenir artístico ante sus ojos y capacidad para lograrlo, no siente el horror de la muerte. No. ¡Todo lo contrario! En contacto con la terrible y pálida musa de la guadaña, siente "un éxtasis de regocijo".

Mientras almorzábamos en el Brown Derby, la joven estrella me dijo:

—Siento que hay algo maravilloso detrás de todo esto, y estoy sumamente interesada. Interesada y curiosa. Acepto aquellas palabras de Charles Frohman, las últimas que pronunció: "La muerte es la más bella aventura de la vida". En el otro lado tiene que haber algo extraordinario; y estoy ansiosa por darle una ojeada.

Es bueno advertir que Constance Cummings parece no haber sido jamás víctima de los tifones de la emoción. Ella declara que nunca ha amado; que no desea casarse, pero que si llega a hacerlo, no desearía tener hijos. Algunas de sus ociosos ha dedicado a la terrible ciencia de Freud, llegando a la conclusión de que posee el complejo de Mussolini. (?) Y es bueno advertir también que goza de perfecta salud física, moral y mental.

Pero veamos el interesante relato de sus encuentros con el fúnebre Romeo.

EL PRIMER ENCUENTRO...

Tenía Constance once años, y era una chiquilla extremada-



He aquí la sorprendente historia de una mujer joven que se ha visto cuatro veces cara a cara con la muerte, sin que esos fúnebres encuentros la hayan aterrorizado, sino, por el contrario, hecho que se enamore del "tétrico galán".

mente alegre y bulliciosa. Un día la madre notó que su hija, que era ni más ni menos un pequeño ciclón, parecía poco propicia a juegos y movimientos. La niña se sentía mal, sin poder explicar apenas los síntomas de su enfermedad: un letargo, una rara somnolencia, una sensación de estarla rodeando algo vaporoso y letal.

Terriblemente alarmada, la madre llamó al médico. Tras un rápido exámen, el doctor diagnosticó una afección apendicular necesitada de urgente intervención quirúrgica. La toxemia, resultante de la infección de la apéndice, minaba el organismo infantil. Una ambulancia condujo prestamente al hospital a la enferma.

—Recuerdo,— me explica Constance,— que sumida en aquel letargo me sentí extrañamente feliz. Escuchaba la conversación de mi madre y el médico mientras la ambulancia rodaba hacia la clínica. Mamá lloraba; y eso fué lo que únicamente me apenó. Aquella semimuerte era dulcísima.

Y tras una pequeña pausa rememorativa, continuó:

—Me operaron. Unos minutos que se hubiera tardado la intervención quirúrgica hubiera sido suficiente tiempo para que mi vida hubiera escapado a todo intento de salvación. Estuve, pues, a unos minutos de la muerte... en sus brazos así. Me parecían entonces, a pesar de mi poca edad, que su presencia no era la horrible y terrorífica de que se habla, sino como la presencia de un dulce amigo...

Con una sonrisa indefinible añadió:

—Aquella experiencia produjo en mí una reacción extraña, pero lógica: no soy nunca presa de temores "extrahumanos". Es

CARA · A · CARA CON · LA · MUERTE

10/11

GLADYS HALL

que lo que aquel "dulce amigo" de mi infancia promete para "después", no debe ser nada desagradable sino más bien maravilloso.

Oyendo sus palabras, donde a veces se refleja la nostalgia que produce la evocación de épocas lejanas de nuestra vida, pensamos que su reacción es, verdaderamente, extraña y lógica. Extraña, porque la presencia de la muerte quiere decir para todos el abandono de los bienes terrenales, cosa en verdad triste para lo que aunque piensen gozar "otros bienes" aprecian los que ofrece el mundo. Y lógica, porque si "el dulce amigo" no amedrentó a Constance, es natural que ésta sólo espere de él bondades.

EL SEGUNDO ENCUENTRO

Constance estuvo muy cerca de la muerte por segunda vez con motivo del fuego de los estudios de la Pathé, en New York, hace algún tiempo.

La salvó una falta de su carácter.

Ella misma confiesa que jamás ha podido ser meteuolosa; se confiesa un poco descuidada en los pequeños detalles.

En aquella memorable ocasión, hacían una corta película; y todas las muchachas se preparaban para salir a enfrentarse con la cámara haciéndose el "make-up". Constance se aburría pronto de dar toques y toques sobre su rostro, garganta y brazos, y a grandes rasgos, terminó pronto. Se halló perfectamente así, tomó la puerta del camerino y bajó la escalera que partía de allí mismo en sentido descendente.

No había acabado materialmente de hacerlo cuando el violento y rápido incendio se declaró, ocasionando la muerte de otras jóvenes. Constance, sin apenas darse cuenta, se vió en la calle con las demás personas que pudieron escapar; no había atendido ni siquiera a echarse alguna ropa sobre las muy exiguas que vestía para los coros.

Donde más daños causó el fuego fué, precisamente, en los camerinos que ella abandonara segundos antes, de que la salida se hiciera imposible.

—Mi primera reacción,— me dice,— fué de cierta tristeza. El fascinador galán del otro mundo llegaba tarde. ¡Sonará esto a super-romántico y morbosos? ¡Quizás! Si usted ha visto la obra "Death take a holiday", entenderá mejor mis palabras. Una amiga me ha dicho que yo soy la reencarnación del gato de las siete vidas...

Si usted estuviera escuchando esas confesiones de una muchacha hermosa y feliz, dudaría de su sinceridad. Pensaría que hablaba de tal modo por "hacerse interesante", por dar motivos a comentarios que en definitiva sirven de bally-hoo. Pero mirando sus bonitos ojos se descubre que no existe tal insinceridad. Si ella dice que la muerte es para ella un "dulce amigo", un galán que ofrece para después maravillas, es porque así lo siente.

Pasa a la página 51.)



La JUSTICIA



¿QUIEN HA TIRADO?

Los tres hombres, sitiados en el santuario, estaban ya fatigados. Su deber era montar la guardia por turno, uno de ellos vigilando la llanura árida y polvorienta mientras los otros dormían; pero la carne no obedecía ya al espíritu. Habían llegado ya a ese estado corporal en que la irresistible necesidad de dormir es superior al temor de ser atacado. Los tres estaban acostados boca arriba. Maxwood y Bretl dormían pesadamente, en tanto que Gordon Shaw se agitaba en una especie de coma.

La sombra se amontonaba bajo los na-

ros del santuario; más lejos, la tierra se extendía, árida y desolada. El sol poniente había comenzado a dulcificar y colorear un poco aquella soledad; pero, fuera del horizonte rojiente, la vista no apreciaba más que la sombría cinta dibujada en el este por la ribera del río. Era allí donde se refugiaba el populacho chino que los acosaba desde el mediodía.

Con bloques de piedra habían hecho barreras en la puerta y en lo que había sido antes una ventana. El santuario era una especie de construcción ruinosa que contaba más de veinticinco siglos de existencia, lo cual no le impedía—como

to había dicho Bretl, estar a prueba de balas, a menos que, por casualidad, las balas no penetrasen por las hendiduras de las paredes.

Aquellas hendiduras dejaban filtrar algunos rayos de luz, flechas brillantes que agujereaban el corazón de la oscuridad. Uno de ellos alcanzó a Maxwood, iluminando una cara abufada y roja, unos párpados abotagados y una cabellera escasa y grisenta, pegada al cráneo, a despecho de las horas tumultuosas que acababan de transcurrir. Maxwood dormía, con la boca entreabierta.

Otro rayo de luz fué a posarse sobre Bretl. Su cara de buho y sus labios delgados conservaban, durante el sueño, la cruel expresión que les era habitual. Gordon Shaw permanecía en la sombra. Sólo su agitación denunciaba su presencia. No cesaba de moverse, y el ritmo de su respiración variaba a cada instante. Su cansancio era demasiado grande para que pudiera alcanzar el estado de inconsciencia absoluta. Su cerebro era un hervidero de ideas confusas e inquietantes.

Una detonación estalló en el santuario y lo sacó de su abstracción. A tientas buscó el rifle que había recostado contra la pared. Percibió la agitación de los otros dos hombres, así como su respiración rápida y ronca.

—¿Qué pasa? ¿Otro ataque?—preguntó. No distinguía nada de sus compañeros. La sombra parecía más opaca que nunca en el interior del santuario. Comprendió que la noche había llegado; acercando sus ojos a una de las hendiduras de la pared, vio la polvorienta extensión iluminada por un claro de luna magnífico.

No se divisaba ninguna huella de los sitiadores; pero, allí lejos, a cincuenta metros de distancia, había un b. o que yacía por tierra.

Después de un instante de atención, Shaw reconoció el cuerpo de un chinito de seis a siete años. Por su posición comprendió que estaba muerto.

El pequeño cadáver inspiraba lástima; el tiro mortal debía haber sido disparado por Maxwood o por Bretl. Pero Shaw no tuvo tiempo de hacer la pregunta, pues otro espectáculo atrajo su atención.

Una gran bandera blanca se había desplegado por encima de la margen del río, y varios personajes avanzaban a campo raso. Shaw oyó a uno de sus compañeros respirar profundamente; después resonaron los chasquidos de una batería de fusil.

—¡Por amor de Dios!—gritó.— ¡No tiren! ¿Están locos? ¿Quién ha matado a ese pobre niño? Seguramente, ellos vienen a buscarlo.

—Es verdad—dijo Bretl.— Y el muchacho debe ser hijo de algún personaje importante, pues de lo contrario no se ocuparían de él. Creo que eso va a costarnos caro.

—¿Quién lo mató?—repitió Shaw. —Yo no fui—contestó Bretl.—La detonación me despertó. Yo estaba durmiendo. —Yo también—dijo Maxwood.

Hubo un silencio. Shaw, tratando en vano de distinguir a los dos hombres en la oscuridad, experimentaba un vago disgusto. Uno de ellos mentía de manera absurda. La detonación, estallando en el interior del edificio, y el olor de la pólvora, todavía persistente, probaban indiscutiblemente que uno de ellos había tirado. ¿Pero cuál? ¿Y por qué el culpable había matado a un niño?

—Es un hecho abominable—pensó Shaw.

de KWAN - SEN

por

DVDLEY • HOYS

Oyó a alguien moverse; y la voz de Maxwood rompió el silencio. Maxwood miraba a través de una de las hendiduras. Luego dijo:

—Fue recogido al muchacho. Un viejo lo tica en sus brazos. Ese viejo debe ser un personaje importante. ¿Quién será?

Bretl y Shaw encontraron otras resquebrajaduras y miraron también. Vieron a un hombre avanzar, solo, llevando al niño en los brazos. Detrás estaba media docena de soldados chinos, con una bandera blanca.

El hombre se acercó, y los sitiados pudieron examinarlo en detalle. Era un anciano alto, sobriamente vestido a la moda del país. La luna iluminaba su cara cuadrada, de tonalidades de marfil amarillento, y se reflejaba en sus pupilas oblicuas. Toda su persona daba una impresión de prudencia y de apacibilidad. Sin embargo, Shaw se dio cuenta de que en el fondo de sus ojos sangraba un dolor infinito.

—Yo soy Kwan Sen—dijo en excelente inglés.

Maxwood y Bretl se sintieron consternados, pues conocían bastante bien aquel nombre.

Kwan Sen, abrazando el cuerpecito exánime y lamentable, prosiguió:

—Yo quisiera verlos a ustedes. Les doy mi palabra que no les tiendo una trampa. Pueden mostrarse sin miedo.

—No debemos movernos de aquí—dijo Bretl.—Al contrario, debemos hacer fuego. Eso sería la mejor solución...

Rastrilló su fusil de manera amenazante.

Guiado por el sonido, Shaw extendió un brazo en la oscuridad. Tuvo la buena suerte de agarrar el brazo derecho de Bretl.

—¿Usted está loco?—dijo nerviosamente. ¿Qué adelantaremos con eso? No nos queda otro remedio que hacer lo que nos pide.

Levantando su otro brazo, tocó las piedras que tapaban la ventana. Haciendo un esfuerzo, arrancó una. Aquella piedra arrastró consigo a dos o tres más, en una caída ruidosa.

Una ola de claridad anar entró en seguida por la abertura practicada. Shaw se inclinó hacia a; Maxwood y Bretl lo imitaron. F a se fijaron sobre el anciano, y r su parte, levantó hacia los tres os que lo observaban su mirada tr a e impenetrable. Ofrecía un espec o conmovedor con aquella carga brazos; y Shaw se conmovió profur te.

—V a presentarles mis excusas—dijo r Kwan Sen, inclinándose con grave lamento que los layan atacado a tos. Esos hombres—volvió la cabeza hacia el otro ldo del río—son unos estúpidos. Al saber que mi ejército se aproximaba, han creído ganarse méritos de ese modo. Entonces los han atacado a ustedes. Eso no me parece bien. Sírvanse perdonarme.

Maxwood lanzó un suspiro de alivio y murmuró:

—Menos mal; este viejo no es tan malo como pensábamos.

Pero Kwan Sen continuó con su voz algo monótona.

—Hace apenas una hora que he llegado con mi ejército. Me dirigía hacia aquí para expresarles mi pena. Yo traía conmigo a mi hijo. Este es mi hijo.

Levantó el cadáver de su hijo y su rostro se contrajo de dolor.

Maxwood dejó escapar una exclamación de pavor. Bretl se mordió los labios, desconfiado.

—El niño se alejó del campo, río abajo,—continuó Kwan Sen.—Con la imprudente curiosidad de la niñez, se acercó a este santuario. Uno de ustedes lo ha matado. Era mi único hijo. Yo lo quería mucho.

Lentamente su mirada escurtó los tres rostros.

—¿Quién lo mató?—preguntó después.

—Yo; fui—dijo Maxwood.—Lo juro. Yo estaba durmiendo cuando sonó el tiro.

—Yo tampoco—afirmó Bretl.

—¿Fue usted?—preguntó Kwan Sen, mirando a Shaw.

—No. Yo estaba dormido—aseguró éste.

Reinó un silencio pleno de amenazas. Kwan Sen permanecía impassible. Detrás, sus soldados parecían bárbaras estatuas, de colores avivados por el resplandor de la luna.

En fin, el anciano tocó la frente del muchacho muerto y repitió:

—Uno de ustedes lo ha matado. Y debe explicar su asesinato. Los otros están libres. Los dejaré marcharse, sanos y salvos. Daré las órdenes necesarias para que no los molesten. Pero el que ha matado a mi hijo...

Por turno, los tres hombres volvieron a afirmar que no lo habían matado.

Kwan Sen entrecebró los ojos y dijo con una sonrisa felina:

—Los fusiles no disparan solos. Por lo



tanto, uno de ustedes ha tirado. Esa es mi opinión. Les doy una hora.

Alzó bruscamente una mano y señaló hacia el río.

Los tres hombres volvieron la vista en aquella dirección y vieron lo que no habían visto hasta entonces: un cañón de campaña.

—Paseo piezas de artillería gruesa—prosiguió Kwan Sen.— Si antes de una hora el culpable no se ha entregado, ordenaré a mis soldados el bombardeo de este santuario. Y es inútil que traten de huir, pues mi caballería está alerta.

Se encogió de hombros ligeramente. Volvió a saludar y se alejó, con el cadáver de su hijo en los brazos.

BAJO EL FUEGO DE LOS REBELDES

Durante un momento, los tres hombres permanecieron silenciosos. Maxwood, secando el sudor que empapaba su rostro livido, seguía a Kwan Sen con una mirada salvaje. Una terrible desesperación crispaba los labios delgados de Bretl. La respiración de Shaw era entrecortada.

—¿Qué monstruo!—rugió al fin Maxwood.—¿Qué horrible demencia! Quiero exterminarlos. Y la peor es que lo lograré.

—A no ser que el culpable se denuncie—observó Shaw.

—Yo no soy el culpable—gritó Maxwood.—¡Granajal! ¡Asesinos! ¡Vay y a dejarme matar porque ustedes no tienen el valor!

—¿Cállate, cobardo, locón!—gritó Bretl.— ¡Yo tengo la conciencia muy tranquila! ¿Qué te parece?

—¿Por qué mentir? Uno de ustedes ha tirado. La detonación me despertó. El olor del humo llenaba este reducido.

Maxwood, como un loco, se volvió bruscamente hacia él.

—¿Qué quiere usted insinuar? Usted también está metido en el asunto. No le vale de nada que trate de aparecer inocente. ¿Quién puede asegurarnos que usted no ha matado al muchacho? Sobre usted también recae la sospecha.

—Sí. Desde su punto de vista—aprobó Shaw, con calma.

—Escúchenme—dijo Bretl; y su voz era



ban un refugio provisional en el Oeste. Las imágenes desfilaban en el espíritu de Shaw con una intensidad sorprendente. Primeramente, desfiló por su mente la legada de Maxwood y de Brett. Ellos habían atravesado el río y habían llegado apresuradamente a la misión para abastecerse.

—¡A comer, a comer!—había gritado Maxwood entrando como una bomba.—



Kwan Sen y su manada de bandidos están a unas millas de aquí. ¡Venga pronto, Shaw. ¡Haga un paquete rápidamente y venga con nosotros. No podemos perder ni un instante. Escuche...

El ruido lejano de una descarga de mosquetería se oyó en la dirección del Norte.

Shaw empacó algunas provisiones y corrió con sus compañeros a coger la lancha que ellos mismos manejaban. Si hubiera creído que su permanencia en la misión podía ser de alguna utilidad, se hubiera quedado. Pero, quedándose, no hubiera podido hacer ningún servicio a nadie. Comenzó, pues, a remar, y el bote se deslizó a favor de la corriente, mientras que Maxwood y Brett aprestaban el oído y miraban hacia atrás con inquietud.

El ruido de la fusilería había cesado. Los dos extranjeros recobraron un poco de calma. Entonces le explicaron a Shaw quiénes eran. Maxwood viajaba por cuenta de una fábrica de sederías, y Brett, que era ingeniero, había sido enviado al desierto, en busca de las autoridades locales, para explotar ciertos yacimientos minerales.

—Yo creo que esto no durará mucho tiempo—dijo Brett.— Los indígenas se pasan el tiempo haciendo revoluciones de corta duración. Se hacen algunos disparos y luego se reconcilian. En China se vive en perpetua ópera cómica. Pero una



bala de ópera cómica puede ser tan fatal como las otras. Mientras más pronto llegue mos y hasta pasemos Jagatu, mejor será. Los que no escapen de las miradas de esas hordas chinas serán asesinados.

Shaw se asombró. Había oído decir que Kwan Sen era un personaje de alta cultura intelectual, que hablaba muy bien el inglés, poseía nociones de filosofía y profesaba el culto de una China más civilizada. Se decía que había fomentado la revolución actual para protestar contra la tiranía del gobernador de la provincia.

Maxwood, recuperando su valor ahora que se afirmaban las probabilidades de la salvación, había emprendido una negra diatriba contra los chinos, entrecortada de comentarios sobre las relaciones con ellos. Hizo alarde de su habilidad para engañar a los comerciantes indígenas, asegurando que los había defraudado en diversas ocasiones.

Brett habló también en tono de burla de los chinos, declarando que los había explotado fácilmente y afirmando que los chinos sólo sirven para ser explotados por los blancos.

Shaw había oído todas aquellas confesiones con un visible desagrado. Y había hecho esta triste reflexión:

—Y estos son los blancos que quieren servir de ejemplo de hombres civilizados... Estos son los blancos que yo puedo ofrecer como modelos a los pobres diablos que trato de instruir... ¡Qué obra benefactora y humanitaria puede realizar un misionero con esta especie de tipos!

—¡Basta!—gritó Brett, agresivo.— Déjese de predicar ahora.

—No es este el momento de discutir—dijo Maxwood.— No nos hemos salvado todavía del peligro. Ese maldito Kwan Sen y sus bandidos no deben estar muy lejos.

Mientras hablaban, la corriente los había arrastrado en pleno drama. Oyeron un estruendo de fusilería y remaron precipitadamente. De súbito, se encontraron frente a una barrera hecha de cuerdas y de troncos de árboles; cerca de aquella barrera, había una docena de barcos ocupados por una partida de rebeldes.

—¡Dios mío!—gimió Maxwood.— Debe ser un grupo de los que están de acuerdo con Kwan Sen. Nosotros...

No pudo continuar hablando. Los chinos abrían un fuego nutrido y las balas caían en el agua en torno de ellos.

Shaw remaba con frenesí. La huida por agua era imposible. Una sola probabilidad de salvación les quedaba: llegar a tierra firme, y desde allí, divisar un lugar donde refugiarse.

Una bala arrancó una astilla de madera de la lancha y Shaw se estremeció de terror. Brett cogió un fusil que estaba en el fondo de la lancha e hizo fuego sobre la cuadrilla de perseguidores.

En el mismo instante, la lancha llegaba a la orilla.

Maxwood saltó fuera y comenzó a subir la pendiente escarpada. Con los tres fusiles al hombro, Brett lo siguió. Shaw saltó también, con el paquete de provisiones.

La ribera podía tener veinte pies de altura. Cuando llegaron a la cima, descubrieron un paisaje llano y desnudo; a media milla más o menos, se levantaba una pequeña construcción decrepita. Instintivamente, se lanzaron en aquella dirección, y apenas habían andado unos pasos cuando ya los primeros soldados chinos habían esalado la ribera disparando a diestro y siniestro.

Sin duda, aquel santuario de piedra los pondría al abrigo de las balas; pero el humo de sus propios fusiles, acumulándose en el estrecho espacio, los ahogaba casi. La tropa de los amarillos formó un círculo a cierta distancia. Al fin, una hora an-

(Pasa a la página 51.)

Correspondencia de la Moda

por Madame Andrée Bizet

ESPECIAL PARA "BOHEMIA"

Sería absurdo pensar, según costumbre de un modisto parisien, que la alta costura trabaja en la misma forma que antes de 1929. La crisis es mundial y todas las damas elegantes de todos los países han temido que hacer concesiones a los apuros de dinero. Los modistos elegantes, ya sean de París mismo o de la Habana, de Berlín o de Buenos Aires, de New York o de Santiago de Chile, se han reducido considerablemente. Todas las firmas modísticas vieron disminuir mucho sus entradas. A l mismo tiempo que la cantidad, ha disminuido el precio de cada traje.

Las casas extranjeras reducen al mismo tiempo la cifra de trajes en su pedido anual, así como el modisto la cifra de precio.

La crisis ha arruinado miles de casas extranjeras que se proveían en París... y que cesaron todo comercio. Las aduanas del extranjero tratan un traje de París como un artículo de extra lujo. Y gracias a esas trabas,

miles de pequeñas modistas se erigen en trabajadoras nacionalistas, declarando una competencia patriótica a los trajes de París. Agregada a todo eso que los presupuestos particulares se han reducido de tal manera, que las fantasías vestimentarias de antaño han desaparecido de raíz. La mujer moderna se viste lo más económicamente posible.

Lo más económicamente posible, bien entendido, pero lo más elegantemente posible, también, a la medida de sus posibilidades.

La ostentación orgullosa es muerta por necesidad, no así la elegancia instintiva de toda mujer.

Si el presupuesto de una elegante no alcanza para muchos trajes, ella toma la revancha en los accesorios, en los detalles. Es de lo que se han preocupado los modistos, quie-

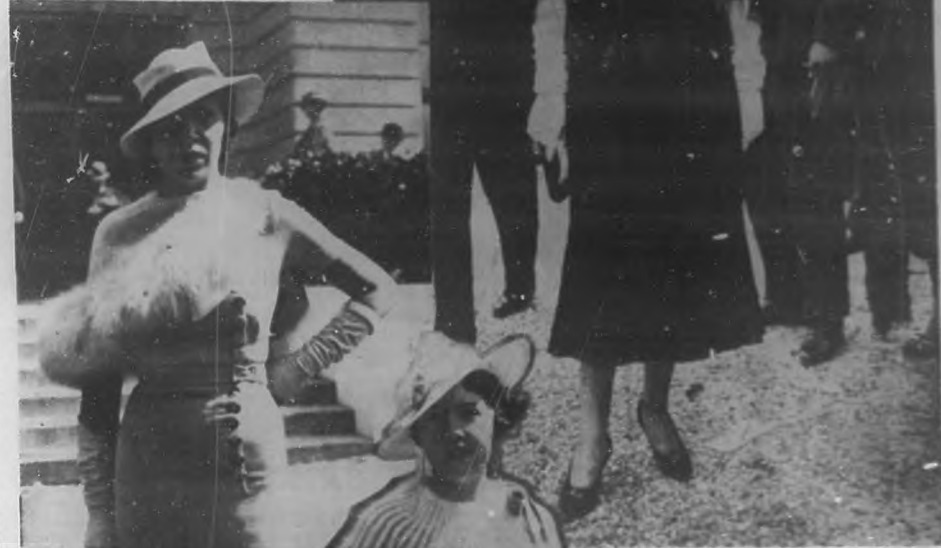


Figura número 3.



Figura número 1.

Figura número 2.

nes crean colecciones especiales de "mal tiempo", pero suficientemente desquitados en los sacos de mano, en los guantes, en las fajas, en las bufandas, en los perfumes, etc. París así seguirá siendo la capital del lujo discreto, ya que no del lujo, a secas. Lujo es mucho decir, mejor prefiero el término de "vistosidad". Los detalles reemplazarán los cuerpos primos de antaño! Se trata de conciliar las exigencias del orden práctico—¡la crisis!—con la apariencia estética simple y directa. Se acabó el tiempo dorado en que privaba "el precio". Llegamos a la época cuerda de la modestia de buen gusto.

¡El traje barato! No se trata, en el fondo, de otra cosa, aunque examinemos el caso en todos sentidos. La evolución de los tiempos es poderosa. Yo he escogido para vuestras queridas lectoras de BOHEMIA, estas fotografías que os darán una idea de lo que los modistos actuales de esta capital imponen al gusto del público.

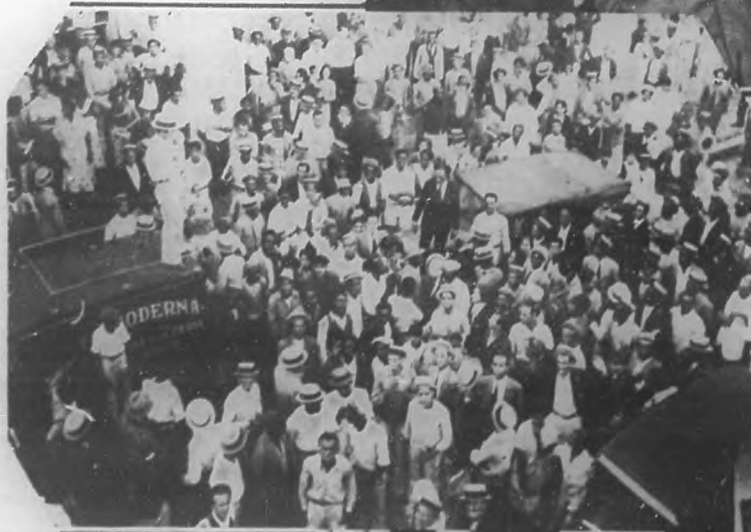
La fotografía número 1 os muestra un traje para las carreras, en jersey color rosa guarnecido de zorro blanco y tocada la cabeza con un sombrero de fieltro. Es bueno tomar en consideración que este traje, cuyo único lujo—si se puede llamar así—reside en los botones, no tiene otro atractivo que el pliegue de la falda, en el frente. El corte se encarga de hacer elegante el modelo desprovisto intencionalmente de riqueza.

La fotografía número 2 puede hermanarse a la número 1 en que, confeccionada (Pasa a la pág. 50).

GRAFICAS



EL ALCALDE DE LA HABANA VISITA LA REDACCION DE "BOHEMIA".— El distinguido amigo Dr. Alejandro Vergara, visitó esta Redacción en compañía del señor Orlando Alonso, días después de su toma de posesión, siendo cumplimentado por nuestro Director, que conjuntamente con él sufrió prisión en los días del Machado. BOHEMIA desea grandes aciertos al distinguido amigo y revolucionario en el desempeño de su elevado cargo.



Una muchedumbre de inquilinos desahuciados, invadió los Juzgados el pasado lunes, para demandar una prórroga en el lanzamiento señalado para esa fecha.

(FOTOS DE VALES.)



Otro grupo de los 75 mil inquilinos, que ante la amenaza de ver sus pertenencias lanzadas a la vía pública, acudieron al Juzgado del Sur, en demanda de una prórroga para el lanzamiento.

Los inquilinos amenazados de desalojo acudieron a la Secretaría de Justicia también, en gestión de un aplazamiento de la ejecución que les dejaría en plena vía pública con sus pertenencias y carentes de un rincón en que resguardar a sus hijos de la intemperie.

La Delegación Anti-Imperialista Norteamericana

por

Juan Marinello

Pocos han aqulilado, entre nosotros, la verdadera significación de la visita que están haciendo los anti-imperialistas yanquis. No nos referimos, desde luego, a los viejos "patriotas", enterrecidos aún por el recuerdo de la "generosa colaboración", ni a los jóvenes que lamentan que estamos olvidando la gran deuda contraída con la gran nación norteamericana, ni a los que tienen a Mr. Sumner Welles por salvador de Cuba. No. A los muertos, aunque andan, no hay que hablarles. Hablemos a los vivos, a los que sienten en la entraña la trágica realidad criolla, a los que saben que la política es, de ser algo, solución de cuestiones vitales y que entre estas cuestiones ninguna tan importante para Cuba como la realidad aflicta en que la opresión yanqui la sitúa. A las capas del pueblo que sienten la acción de la fuerza extranjera, a esas queremos hablar, sin más título ni merecimiento que sentir muy adentro su dolor y su ruina. Mejor hubiera sido, desde luego, que en ciudades, poblados, ingenios y vegas, por medio de la rápida simpatía que otorga la voz viva y el trato directo, hubiéramos dicho a obreros, pequeños colonos, pequeños comerciantes, profesionales e intelectuales honrados, lo que ahora queremos decirles. Esta visita de comprobación de la triste condición del campo cubano era para nosotros un viejo empeño, un ahincado deseo. La realizaremos. Por ahora ha quedado frustrada. Ya se sabe por qué. Cuando todo estaba dispuesto en Sta. Clara para iniciar la campaña nacional, el "auténtico" Ulsiceno—sus delegados, es lo mismo—, rodearon de terribles aparatos bélicos el local del Centro de Escogedores de Santa Clara. La Delegación Anti-Imperialista Norteamericana volvió a La Habana determinada a comunicar a las cuantiosas masas estadounidenses por ella representadas, la invencible acción coercitiva y punitiva del imperialismo yanqui en Cuba. Ni siquiera se ha permitido el inicio de su labor. Las razones son sobradamente conocidas: hay duras verdades que no quieren oírse, quiere ocultarse a las masas sufridoras verdaderos caminos de redención. La vieja pugna entre la palabra honesta y el fusil a sueldo.

¿Qué hubieran visto los anti-imperialistas yanquis en nuestros ingenios, en nuestras aldeas, en nuestras fábricas? Hubieran visto, como vieron en el ingenio "Tinguaro", una pobre masa dolorida y famélica viviendo en peores condiciones que las bestias, sin alimentos, sin aseó, pupulando en tristísima promiscuidad, habitando en barracones infectos, esperando, en rencorosa y desesperada espera, el comienzo de una zafra restringida. Hubieran contemplado,—de no haber por allí Ulsicenos oficiosos y ejecutivos,—cómo en las sierras orientales el paludismo es ya un estado natural de vida, cómo en los bohíos se hacinan los muertos de tifus sin que en ocasiones haya quien les dé sepultura, cómo quien alza la voz contra miseria tanta y contra tan criminal dejadez gubernativa toea muy pronto la mano dura del Sargento del Puerto. Hubieran visto muchas cosas los delegados yanquis.

Pero lo interesante en verdad, lo que no permitió la "auténtica" revolución fué el aqulilamiento, sobre la realidad, de la parte que en nuestra ruina toea al capitalismo financiero de Washington. Que la organización capitalista es monstruosa, que dentro de ella no cabe mejoría racional, eso, se ha hecho, por suerte, un lugar común. Que la condición colonial agrava a términos insuperables la monstruosidad, es lo que hay que precisar y repetir hasta llevarlo a todas las mentes.

Sabemos que más de un intelectual de campanillas estima exagerada la alarma imperialista que prende ya en las masas cubanas, afirmando que aunque estuviéramos a cien mil leguas de Estados Unidos nuestra condición económica sería muy parecida a la actual. Para estos intelectuales—que no han pasado de Belasosain y San Lázaro, ni de Henry George—, la feudalidad que es la corporación yanqui es ficción de unos cuantos desocupados gritadores. No existe la tienda esquimadora ni el subpunto cómplice, ni el mando del Administrador sobre el Sargento. Y la restricción de la zafra es una medida de alta conveniencia nacional. Una visita a nuestros campos—aún esta visita "de médico" a que nos obligó Ulsiceno—, da la medida imprecisa, si no la medida cabal, de la absorción de nuestras fuerzas. La Isla ofrece, apenas se interna uno por sus verdaderas recónditas, el espectáculo de un mundo en disolución, en definitivo abandono. La despoblación que significa el latifundio se aumenta por la tarea cortísima de la zafra. Un tiempo muerto inabarcable disuelve el comercio humilde, condenado a la desaparición donde el obrero carece de trabajo durante casi todo el año. En los pueblos, una machachada fuerte y brava vegeta en los cafés o se da a politiquerías que pueden significar un sueldo miserable. Los colegios del campo quedan desiertos porque enviar al hijo a la escuela sin zapatos y con el estómago vacío es terrible crueldad. De inculcatura y de enfermedad se está haciendo la generación que sufre. ¿Qué podrá esperarse de ella?

Pero, no todo es motivo de tristeza en nuestros campos. Un pueblo no puede esperar la muerte en la inacción. Y la verdad es que el pueblo cubano se organiza—por primera vez en su historia, después de España—, en los cañaverales y en las fábricas. Se organiza como pueblo, es decir, por la virtud de su desesperación y para su liberación propia. El candidato va pudiendo terreno a pasos rápidos. Hablar de Mendieta, de Menéndez, de Miguel Mariano, es gran suerte, revivir un recuerdo archivado. El A. B. C. queda en las oficinas ciudadanas esperando la nueva acometida presupuestal. Los campesinos y los obreros, auxiliados por un número cortísimo de profesionales e intelectuales, están "haciendo músculos" para la buena hora, que no está lejána. Hemos visto a las Ligas Campesinas rivalizar en muchos lugares, en organización y sentido político, con los mejores sindicatos de la ciudad. El estudiantado marcha en casi todos los centros docentes por caminos desembarazados de verdad y sacrificio. Se oye, con el estertor de muchas agonías, el grito de muchas resurrecciones.

La visita de la Delegación Anti-Imperialista Norteamericana debió pensar otras contrarias circunstancias y tocarlas muy largamente en la raíz. Debía llevar a los oprimidos del Norte nuestra muerte y nuestra vida, debía constatareles el aliado del niño que muere de paludismo, de la mujer que se tuberculiza por falta de alimentos, del hombre que se derrumba en el bohío sin asistencia médica, debía decirles cuánta parte tiene en todo esta la garrá del capitalismo de allí. Y debió, también mostrar a los trabajadores de la Unión los impulsos heroicos que están prendiendo en las masas cubanas, ya en el camino de su liberación verdadera. Lo dirá la Delegación a pesar de todo. Terribles sobre toda ponderación jeben ser las cosas que el sable ha querido ocultar. Pero la fraternidad de los desvalidos es ya una realidad más fuerte que el acero del sable.



Los delegados de la Liga Anti-Imperialista Americana que conjuntamente con el Dr. MARINELLO fueron objeto del poco cordial recibimiento de las hostes de Ulsiceno.



FELIPE ORLANDO
'932.

Desnudo aún, abrió la estrecha ventana que daba al palmar. Por vez primera vió que las estrellas goteaban una fría dulzura sobre su lecho.

Era el alba. Desde un lejano patio, el gallo cantó débilmente, estremeciéndolo en un gozo un poco turbado.

Ya vestido—, una camisilla azul, comprada hacía tiempo en el pueblo; un pantalón a media pierna; las piernas, desnudas—, tomó por la vereda, lleno el pecho de ansias vagabundas, que le punzaban con su avilad.

Atrás— lejana— la madre campesina, arisca como una montaña de piedra, con voz enronquecida de lujuria y de tristeza. Atrás—más lejos—la tosca imagen del padre, isleño, que lastimaba en una misma crueldad a él, a la madre y al blanco rebaño.

A su lado—cogida de su mano en el recuerdo—sonreía la faz trigueña de Rosario, la hermana pequeña, toda llena de la típica dulzura triste de la tierra. Y junto a Rosario, el ojo inmenso del río, que cien veces ha visto "cómo es el rostro de un ahogado".

Andando... Parecía que todas las cosas le miraban con mirar fraterno. Llevaba el pecho traspasado de ansias, de luz y de esperanzas.

Por última vez en el momento, la luna osciló lánguidamente en el cielo. Un sol dulce traspasó sonriendo el día.

Juan iba perdiendo su nombre en la embriaguez de su fuga.

Los balidos de los cabritos sonaban en su adolescencia como campanas de cándida alegría.

Ya casi traspasaba la frontera, que separaba el campo del nacimiento de la ciudad. Bajo un cielo inmenso y lejano, erguíanse las torres de las fábricas y la torrecilla blanca de la iglesia.

Le temblaron las manos. La vida le tembló en el cuer-

pecillo de 15 años. Iba a probar el sabor del mundo, cuando— asomado desde una cerca de piedras— María la campesinita, la hija del lechero, le dijo adiós... Dos manos infantiles quebraban su destino...

No supo por qué. Pero la figurilla de María, que se erguía dulcemente en la cándida despedida, echaba por tierra aquel anhelo del mundo que le aligeró los pies. Regresó al bohío. La noche echaba sombras medrosas sobre el palmar. Alguien venía cantando en la estrellada soledad:

"Un rosal cría una rosa
y una maceta un clavel;
y un padre cría a una hija
s'n saber para quién es..."

Pasaron los años. Una ancha tristeza campestre asoló el lugar. Hombres de la ciudad se fueron apoderando del pan, de la tierra y de la vida de Juan y de los suyos.

De nuevo, el día que Juan intentó quebrar el mísero destino de su vida en el bohío, la madre campesina amaneció con una mortal dulzura en el rostro; con la voz vencida en el pecho angosto, de donde partía un sordo ruido. Catorce horas después, él, el isleño y escasos vecinos la amortajaban.

Pasó otro año más; y el crimen y el robo pasaron sobre la tierra. La arisca imagen del isleño cayó también, vencida por la muerte.

La pequeña que le dijo adiós aquella vez—¡qué lejos!—nada sabe de Juan. Nada saben los vecinos del bohío. Curtido por la muerte y la soledad, parece un hombre de piedra.

Pero, cuando en el alba cantan los gallos y la luna tiembla en el cielo, Juan "mira como alfileres la gota de cada ensueño que tuvo sobre la mano..."

LA FUGA

Aurora Villar Buceta

Don Quijote de la Mancha en la Interpretación de Feodor Chaliapine

por David O. Kurliand

No puedo recordar el nombre de aquel crítico francés que en cierta ocasión ha dicho: "Supongamos un juicio final de razas, llamadas a exponer la obra en que se refleje más cumplidamente su espíritu, para alcanzar sitio en el cielo según sus méritos. Alemania expondrá Fausto; Inglaterra, Hamlet; Italia, La Divina Comedia; España, Don Quijote."

Don Quijote de la Mancha ha sido siempre una obra muy discutida. ¿Qué es Don Quijote? ¿Una sátira, una elegía al espíritu caballeresco, o un reflejo del alma y de los nobles ideales de una raza? Me inclino a creer que es lo último.

Ya han pasado más de tres siglos desde aquel día que Miguel de Cervantes Saavedra se hizo inmortal con el libro que ha crea-



Yo sé en cierta oportunidad la opinión, que tres han sido los hombres que han marcado distintas corrientes en la literatura universal: Homero, la poesía; Shakespeare, el drama; y Cervantes, la prosa. Han sido muchos en el transcurso de los últimos tres siglos que han tratado de llevar a la escena, dramatizar, a Don Quijote, o cierta parte de la obra. Pero todos han tenido un fracaso más o menos decisivo. Y eso se atribuye a la dificultad de reformar la prosa por excelencia de Cervantes. Don Quijote es, por encima de todo prosa, y en ningún caso drama.

Es por eso que cuantos han oído que los "Artistas

(Para a la Pág. 50.)



do. Y a través de los siglos, a través de los años, bariendo los límites de las razas, de los pueblos y de los idiomas, va andando en busca de lo imposible un Hidalgo de alma noble, como si fuera para pregonar los más bellos y sublimes ideales de su patria, España.

Hermandades

CUENTOS DE LA REVOLUCIÓN

Por F. de Ibarzábal

(ILUSTRO CARLOS.)

El pobre diablo aquel venía desde muy lejos. Ya había atravesado cuatro provincias cuando lo detuvieron los soldados. Era un muchacho pequeño, delgado, insignificante. Se llama Beytia, Ernesto Beytia y tenía diecisiete años. Y ahora se iba a llegar a la ciudad en un momento, porque si descubrieran quién era iban a poner a su disposición los más rápidos medios de transporte para alojarlo cuanto antes en la cárcel.

Pero no lo sabrían...

Había caído la noche. Densa, abrumadora, impenetrable, gravitaba sobre la llanura vastísima, que se cuajaba de sombra. De trecho en trecho, desde alguna pequeña casa rústica, salía un resplandor vago que se asomaba a la puerta con una curiosidad tímida. Y el campo, en todo su alrededor, seguía oscuro y sombrío. En el cielo, también en sombras, vacilaban algunas estrellas. Por la



lejanía remota, un resplandor confuso subía hasta los astros: era la ciudad.

Cuando el hombre cayó en la emboscada, la ciudad era el límite de su viaje. Para llegar a ella había atravesado cuatro provincias. Bosques, campos, viejas rutas abandonadas, breñales, extensos campos de caña, cauces desbordados y extensiones

resacas donde la hierba amarillaba, tostada por el sol bajo la sequía prolongada que inutilizaba las cosechas. Y ahora resultaba inútil el esfuerzo extraordinario de la jornada y todos los peligros pasados.

Tal vez llevaba encima una orden para el levantamiento...

Los soldados no lo llegaron a saber, porque no lo registraron. Si no era más que un sospechoso, bastaba con meterlo en el cuartel. Allí, cuando se identificara, podía quedar libre.

Pero era difícil.

Beytia, el pobre, había tenido mala suerte. Eso era todo. Es verdad que, registrado en el cuartel, no le encontraron ningún papel encima. Si le hubiesen registrado el estómago! Pero un caballo, nuevo por cierto en aquel puesto militar, lo había reconocido inmediatamente. Ya no podría quedar en libertad. No necesitaba sino dos horas más de esa libertad de que acababa de ser privado, y he aquí que, precisamente en ese momento, es cuando se le captura e incomunica. Ya está preso e identificado y se le remite a la cárcel.

De los cuatro celados que partieron hacia tres días de la región oriental, fue el único que no pudo llegar oportunamente. Como su misión era tan importante como personal, esto fue un contratiempo. Si hubiera podido luchar, no lo cogen.

Pero lo ha sorprendido en la emboscada...

Había perdido mucho camino en aquella última etapa. El caballo, cansado, tampoco podía resistir más. Era fatalista, además:

—Si han de cogermé,—pensaba,—ha de ser de todos modos.

Un mes antes había escapado de una buena. El cabo aquí, que ahora lo ha reconocido tan inopinadamente, intervino en el servicio. Entonces pudo huir, ocultarse, perderse dentro de la misma ciudad, ante la vista casi de sus perseguidores.

Sus ojos, oscuros y sombríos, se clavaron en el cabo.

Marchan todos, él delante, hacia el cuartel, que no está próximo. La noche se cierra ante ellos como una cortina impenetrable. Cuando alcanzan la carretera, el camino es una vaga serpiente sombría, oculta a veces por las revueltas del trazado, que bordea las lomas incansables.

La pequeña caravana va por la orilla del camino. El prisionero, ante su escolta, va, sobre su caballo, pensativo. Rápidos, compañeros, ahora, lo esperan en la ciudad para que actúe con ellos, de acuerdo con las instrucciones que lleva. ¡Y ahora!

Ya es más que un sospechoso. Es un prisionero como otro cualquiera, un revolucionario que ha sido capturado en pleno campo, fuera de las rutas transitadas por las gentes tranquilas que no tienen que huir de los soldados.

No ha sabido explicar por qué se encontraba allí. Los campos exhalaban un olor vivo a tierra mojada y a yerbales quemados, y los grillos cantaban en la noche la canción monótona de su hastío. Silbaban pájaros silvestres. A través de la sombra se abría en la noche el haz de luz azul de los coqueos.

La ciudad se había quedado dormida hacía muchas horas. Del mar, rozando los malecones que hundían el pie de sus muros en las aguas oscuras, llegaba tenue el rumor de resaca. Una brisa blanda y tranquila venía del golfo, sobre el que una goleta navegaba de bolina con la proa puesta al oeste. Sólo se veían sus velas blancas, como dos alas extendidas.

Pero la ciudad dormía un sueño estremecido, desasosegado, intranquilo. A través de la calma que cuajaba en sus calles un silencio absoluto, calaba hasta su entraña la inquietud de esas horas oscuras. Quizás pasaba por alguna plaza solitaria una

patrulla de relevo,—todos los grandes edificios públicos tienen la vigilancia de un piquete,—o se escurría en la estrecha calleja desierta un transeúnte retrasado. Nada más. Y otra vez el silencio.

La noche pesaba igual sobre la ciudad en zozobra que sobre el campo tranquilo envuelto en el alerta de los grillos. En el campo era un largo paréntesis prolongado hasta el amanecer. En la ciudad se hacía medrosa y fugitiva a ratos, por sus resplandores ocasionales.

Al este de la ciudad se alza una eminencia que está también en silencio. Sobre ella, enorme y vasto como una mancha de sombra en el azul-negro de la noche, el castillo que se perfila contra el firmamento recortando sus límites como tajados en lo oscuro.

Es la cárcel.

Lejos, al sur, surgen en pequeñas "tablas" los sembradíos modestos. Verdes sobre la tierra negra, se distribuyen ordenadamente sus cuadros simétricos. Maízales que ondulan al viento suave de la noche y arbustos de arquitectura raquítica, sin fruto y sin color. Más allá, detrás de la ciudad, las luces del puerto, lánguidas como pupilas entornadas, semiabiertas en la sombra.

Y, sin embargo, la ciudad no duerme.

No se duerme, cuando el sueño es de sobresalto y el miedo pone una angustia intranquila bajo los párpados que no quieren cerrarse.

Arriba, sobre la colina que corona el castillo, se ve alguna vez una silueta que va, lenta, de uno a otro extremo de la muralla. Es un centinela. Pesa el fusil sobre su hombro y lo cambia de lugar. Dentro del penal, como en la ciudad extendida a sus pies igual que una alfombra luminosa, hay silencio. Y en todo su alrededor, y más allá, en los techos de la sombra de las extensas áreas sin edificar. En las calles del arrabal que mueren al pie de la colina, las luces son más escasas y ténuas y se filtran trabajosamente a través del arbolado urbano. Las del centro de la ciudad son poderosas y brillantes. Las que están más apartadas y lejanas, son como grandes luciérnagas descomunales, posadas en la sombría perspectiva. El centinela sigue, ante el panorama, su ronda inalterable. No se inquieta ni se emociona bajo el zarcos misterioso de la noche. Va, viene, pasea, tranquilo, sobre la muralla. Y espera paciente su relevo.

De la prisión sólo resaltan en el fondo del cielo sus contornos formidables y sus garitas de perfil chato en los ángulos del castillo, que emerge de la tierra como un monstruo.

De repente, en la calma profunda de la noche, se oye un eco rudo y bronco como de un trueno lejano o de una poderosa detonación de artillería. Después, sonoros y turbadores, otros disparos. Secos, rápidos, breves, que surgen de distintos lugares de la ciudad. Ha estallado una bomba, lejos, allá abajo, en cualquier valle del sector urbano. Los disparos siguen por algunos momentos. Sus ecos, duros, suben hasta el castillo, vibran en la atmósfera, rebalan sobre los muros y se pierden, apagados ya, sobre los mázales que despeña el viento. En la extensión distante se iluminan algunas ventanas altas.

Al pie del castillo se extiende el camino amplio y recto que va a la ciudad y viene de ella. Por él vuelven ahora y dan una vuelta rápida al caserón enorme erigido arriba de la colina, dos autos de motor, poderosos. El centinela ve que es una persecución. De la máquina perseguidora parten disparos. Sin saber por qué, él dispara también su rifle sobre la máquina que huye. De los muros altos y lígubres parten sus balas inútiles, que silban en la noche y se incrustan en la tierra levantando una pequeña nube de polvo que dispersa la brisa.

Las máquinas se pierden a distancia.

La noche vuelve a su silencio y a su calma. El centinela reanuda su ronda sobre la muralla exterior de la cárcel. Se apagan, a lo lejos, las ventanas que iluminó la alarma. Absortas, las estrellas miran a la tierra.

El centinela mira al este, a la ciudad que duerme. A través del camino, que asciende su espiral en derredor de la colina y va a morir a la puerta de entrada del caserón enorme, delante de la explanada ancha y amurallada, ve llegar la ambulancia automó-



vil donde cada noche, cada tarde, cada mañana, vienen los prisioneros, enviados a veces de provincias lejanas.

Como éste, de ahora.

Beytia ha quedado a disposición de la autoridad militar. Antes de que lo interrogaran, había decidido callarse. ¡Callarse! Un secreto instinto le advertía que iba a ser inútil. Cuando el cabo le extrajo del fondo de su recuerdo y dio parte del hallazgo al jefe del puesto militar, se dió cuenta de que estaba perdido. Entonces lo había remitido a la cárcel.

Había pensando en lo breve que había sido el tiempo desde su captura hasta ahora que rodaba por la ciudad dentro de la jaula-automóvil, cuando el vehículo hizo alto ante la puerta de la cárcel. Los centinelas, que ya conocían el coche, le había dejado franco el paso. Y ya estaba allí, sin otra novedad, con su prisionero, que iba a sumergirse en ese mar oscuro del presidio, donde rugían a veces, como verdaderas olas encrespadas, tres mil quinientos reclusos.

Beytia alzó la cabeza, pensativo, y se encontró bajo el desamparo de la noche. A aquella altura el aire corría fresco y libre. Se levantó el cuello de la camisa de campaña. Un minuto después, estaba entre los muros de la cárcel.

De pie, entre sus custodios, pudo ver cuando se entregaba a los soldados un recibo: se hacía constar que él, Beytia, había sido entregado en el penal. Pero no se registró un ingreso...

Era uno más que iba a perderse en la sombra de la democracia. Su suerte, su destino definitivo, a partir de ahora, no se sabría nunca. Igual que tantos otros.

(Pasa a la Pág. 42.)

El Plan Chadbourne: Nuestro Cáncer Social

por
JULIO LOBO

(Continuación del número anterior.)

Veamos ahora cómo se ha desenvuelto el Plan en lo que respecta a sus relaciones con el exterior:

El "Pacto de Caballeros", base esencialísima y precisa del Convenio de Bruselas, ha resultado ser una burla sin paralelo, burla ahora perfectamente evidente a todos; pero que en aquel entonces únicamente la conocía el notorio Mr. Chadbourne, y algunos de sus amigos. En 1930 la producción de Filipinas fué de 800,000 toneladas, este año ascenderá a más de 1.400,000 toneladas. En 1930 la producción de la remolacha americana fué de 900,000 toneladas y este año pasará de 1.450,000 toneladas. En 1930 la producción de Puerto Rico fué de 700,00 toneladas y este año producirá muy cerca de 1.000,000 toneladas. También Hawaii y la Louisiana han aumentado considerablemente sus producciones respectivas y tenemos como resultado que los productores americanos este año elaborarán 1.700,000 toneladas más que en el año 1930 y nosotros, en cambio, hemos cumplido tan concienzudamente nuestro pacto, que en vez de exportar a los Estados Unidos, como teníamos derecho, alrededor de 2.800,000 toneladas solamente habremos embarcado con aquel destino 1.300,000 toneladas durante el año en curso. Y de seguir las cosas como van, dentro de tres años habremos sido irremisiblemente desalojados de nuestro mercado preferente, gracias al nefando Plan Chadbourne.

En lo que respecta a los signatarios del Convenio de Bruselas, justo en confesar que éstos han reducido su producción, que en 1929-30 era de 11.000,000 de toneladas a 6.500,000, pero en cambio, los países no signatarios, éstos es, aquéllos que producen menos que su consumo, como por ejemplo, la India Inglesa, Inglaterra y las posesiones americanas, han aumentado su producción a tal extremo que han neutralizado completamente los efectos de la reducción obtenida en los países signatarios. Si a eso, además añadimos que ha habido una merma aparente en el consumo, comprenderemos ahora el por qué del desequilibrio de los precios del mercado azucarero. Y decimos una merma aparente en el consumo, porque efectivamente no ha habido tal merma, sino que debido a la perturbación que toda medida artificial siempre trae consigo las existencias invisibles que en épocas normales ascienden a 14.000,000 de toneladas, más o menos se han ido agotando, al extremo de que hoy se calcula no llegan en total a 6.000,000 de toneladas.

Se han aumentado los visibles a costa de la disminución de los invisibles, y como el consumo únicamente puede calcularse a base de las existencias invisibles, por eso aseveramos que la merma ha sido más aparente que real.

RESUMIENDO PUES:

1. El Pacto de Caballeros, base esencial del Plan Chadbourne, ha sido una burla ineficaz. 2. Hemos perdido la mayor parte de nuestro mercado preferente. 3. Por no haber participado del Convenio de Bruselas todos los países productores (que reconocemos es cosa difícil de obtener), la disminución de la producción de los países signatarios, ha sido contrarrestada por el aumento en la producción de los países no signatarios. 4. Se ha sumido a la Isla en un estado de depauperación, hambre, miseria y ruina, que únicamente puede concebirse en toda su inmensidad cuando se palpa de cerca; y mientras tanto, los responsables de tanta desgracia se mueven activamente para que continúen en vigor medidas tan perjudiciales, contando con que el pueblo seguirá prestandose dócilmente a sus maquinaciones.

Si esos son los resultados, pregunta la gente como nos preguntamos todos nosotros, ¿por qué se mantiene en vigor un Plan que ha llevado a este país a la ruina económica más absoluta que recuerda la Historia? ¿Hay algunos que mantienen que como quiera que la buena fe del Gobierno de Cuba está comprometida en

el Convenio de Bruselas, es imposible la derogación inmediata del mismo. No hay nada más tendencioso que esa aseveración hecha por algunos interesados con el propósito decidido de engañar no solamente al pueblo, sino a nuestros propios gobernantes.

El Convenio de Bruselas fué suscrito exclusivamente por asociaciones de productores. Por Cuba firmó el doctor Carlos Miguel de Céspedes, en representación del Instituto Cubano para la Estabilización del Azúcar. Posteriormente a los acuerdos de ese Convenio, se les dió fuerza legal mediante la Ley para la Estabilización del Azúcar.

Y es intolerable que para respetar la firma del Instituto se mantenga a un pueblo en la miseria y el hambre y la ruina más espantosa. Eso está en contra de todos los códigos humanos. La necesidad carece de Ley.

Los pocos hacendados interesados en que continúe el Plan aseveran que los precios bajarán con el abandono de las medidas artificiales. Esos mismos profetas nos han venido diciendo varias veces al año por espacio de los últimos ocho años, cada vez que se implantaba una nueva medida artificial, que nuestros precios seguramente, indefectiblemente habrían de subir. En realidad, todos sabemos que siempre ha pasado todo lo contrario; que éstos no han hecho más que bajar. Personas que se han equivocado ocho años consecutivos no tienen realmente el derecho a opinar, mucho menos a profetizar. En cambio, aquéllos que hemos venido desde hace tiempo anunciando con acierto el fracaso de las medidas artificiales y sus efectos contraproducentes podemos alegar que hay más probabilidades de que, por lo menos, se mantengan los precios a su nivel actual, que continúen en descenso desde el punto ya ruinoso en que se hallan.

En primer término, con el restablecimiento de la libertad de molienda, contratación y exportación, sobrevendría una gran confianza en el mercado. La confianza traería consigo la acumulación de existencias, y el reabastecimiento de invisibles, que según dejamos apuntado más arriba, se encuentran muy por debajo de su ascendencia en épocas normales. Los invisibles mundiales se estiman normalmente en 14.000,000 de toneladas, y se consideran actualmente en 6.000,000.

Y con esto dejamos contestada la objeción de algunos individuos que poco o nada conocen de mercados azucareros y distribución de azúcares, cuando preguntan que a dónde vamos a colocar cualquier exceso de azúcar que produzcamos. Esos señores no se dan cuenta de que habrá de existir un mercado potencial y latente para cantidades muy superiores a la totalidad de nuestra zafra, una vez sea restablecida la confianza en el mercado y hayan desaparecido las medidas artificiales que tanto perturban y afectan a la distribución azucarera mundial. El reabastecimiento de invisibles sobrevendría en la misma forma en que se efectuó en 1921, cuando el doctor Alfredo Zayas tuvo el civismo de decretar la disolución de la Comisión Financiera del Azúcar en contra de las exclamaciones aterradoras de los mismos profetas que hoy tratan de impresionar a nuestros gobernantes con sus falsas predicciones.

Alegan también los escasos partidarios que aún tienen estas medidas de que con libertad de acción no habría financiamiento, y nos adelantamos a decir a estos señores que poco o nada deben entender de cuestiones bancarias, cuando hacen esa infundada aseveración que la única forma en que se puede refaccionar a un hacendado o prestar dinero sobre azúcares es con una absoluta libertad de acción. En el caso de refacciones, se anticipa dinero durante el tiempo muerto al hacendado mediante la promesa de devolver ese dinero durante la zafra. Garantía colateral tangible no hay ninguna, porque el hacendado nada tiene en ese momento que pueda dar. El préstamo se hace exclusivamente a base del concepto que merece el hacendado, o sea, su solvencia moral y su ejecutoria pasada. Pero como con las medidas artificiales ha desaparecido por completo la individualidad y personalidad del

(Pasa a la Pág. 46.)



Siluetas de Actualidad

Esta silueta forrada de kaki que debía ser una de las más estimadas por el pueblo, por la elevada función que debe desempeñar, ha tenido la triste habilidad de ganarse la antipatía de la masa ciudadana. Es el del soldado el rostro amenazador que asoma en todas partes; es el soldado la figura determinante en todos los momentos de esta movida actualidad política; es el soldado la imponente figura que exige, que veja y predomina; es el soldado el mercenario de todas las épocas y el servidor de todos los dueños que pagan; es el soldado el que con sus manifestaciones de invulnerabilidad ha dado al traste, en cierto modo, con los planes de conciliación; es el soldado el único sostenedor del actual gobierno de minoría; es el soldado el que apuntalará los ensayos izquierdistas de Guiterras... Es el soldado, el que tendrá todas las responsabilidades de las amenazas que pesan sobre el pueblo de Cuba y de todas las discordias que nos separan y aniquilan. Es la del soldado la única silueta que debe desaparecer para siempre del plano de la actualidad cubana, en aras de un buen entendimiento y de la consolidación del empeño revolucionario.

(DIBUJO DE

FALBELLO)

Frente a la Crisis, la Responsabilidad

por el

Dr. Rodolfo Méndez Peñate



DR. RODOLFO MENDEZ PEÑATE

Siete años de prédica y acciones radicales con el fin de demoler un régimen dictatorial que, además, se caracterizaba por la comisión económica más abyecta a determinados intereses extranjeros, fueron a mi manera de ver, la causa productora del estado social actual, que con tanta alarma, tristeza e impaciencia contemplamos los cubanos.

En puridad de verdad, el análisis imparcial y reflexivo de la situación de hecho, no acusa la existencia de razones que justifiquen nuestras congojas ni motivos invencibles para la desesperanza de un futuro mejor. ¡En vano no se emplearon los recursos de todos los extremismos para la demolición anhelada de aquel vituperable edificio social construido por hábiles obreros de la Dictadura!... Sólo una cosa nos debía sorprender: que al desmoronarse no aniquilara y destruyera a nosotros mismos.

Una revolución como la nuestra, ayuna de uniformidad en su contenido y a la que caracterizó la desesperación por falta de los medios para convertirla en instrumento de triunfo, debió, al terminar en forma imprevista, desatar, con el vigor de las mayores violencias suicidas, todos los horrores que la revolución misma siempre alberga en su interior, hirviendo lava como de volcán activo.

Nuestra revolución, contenida antes de finalizar, como una opinión armada no obstante tuvo fuerzas para destruir los moldes de un poder tiránico, pero al par desató, en inmensa tempestad, todas las ideas extremistas que como semillas sembradas en surco fecundo germinaron al primer beso de la libertad adquirida, produciendo plantas, solamente, de exuberante radicalismo. Al viejo régimen, de poder absoluto y centralizado, sustituyó después de la dosificada victoria un nuevo estado de atomización del poder que, creando el confusio nismo a la vez des hizo toda posibilidad del control de las ideas.

Más tarde, cuando alguien lanzó el grito combativo de "la revolución no ha empezado todavía", un eco general como de voz unánime respondió: ¡a la carga!... y entonces se inició la inconsciente y desenfrenada ca-

ción se halla conspirando contra sí misma. Y así, nuestra amada Causa, en la batalla cruel de las luchas intestinas sin razón ni fundamento, de modo seguro, agotará sus propias energías y al continuar por el camino de la tragedia dejará uno a uno los ideales muertos porque tanto luchamos, seguramente prendidos en las zarzas traicioneras de la ruta funesta.

Es ésta una clarinada que se lanza a la manera de aquéllas que detienen a los ejércitos combatientes para hacer un alto que traiga reposo y dé margen suficiente a los estrategas para acordar nuevos planes de victoria. Nuestra revolución fracasará siendo al fin vencida,

si no queremos hacernos cargo de nuestra propia responsabilidad actual para salvarla.

La unificación de los hombres de la revolución en un plan sincero para el triunfo de sus ideales en el futuro inmediato, es el último recurso que nos queda para vencer la indolencia general y la insidia interesada que siempre nos rodeó durante este largo calvario para la conquista de la Libertad y el Derecho. A esa unificación, no podrá llegarse si cada uno de los hombres revolucionarios, no se convence a sí mismo de que nuestra verdadera responsabilidad es ahora: salvar los ideales de la Revolución, estructurando prontamente el medio de legalidad y constitucionalidad que tenga potencia bastante para estabilizar una República democrática.

Diciembre de 1933.

Bohemia

Editorial

La Hora de los Corazones

Parece que la suerte no quiere ser amiga de Cuba ahora. La semana que finaliza empezaba con bellos matices de optimismo, y de manera tan violenta como inexplicable vimos lleno de brumas el horizonte.

Han resultado infructuosos los nobles esfuerzos del Ministro uruguayo en Cuba. Hombre de talento y corazón, el doctor Fernández Medina puso al servicio de nuestra patria, nuevamente, sus facultades; pero adversas circunstancias han impedido que prevalecieran las generosas intenciones del ilustre hijo del Uruguay.

También puso en juego los prestigios de su nombre y de su cargo otro diplomático de relieve: Sumner Welles. Y al insigne Embajador de Norte América no le ha sido más propicia la fortuna. Porque escollos irremovibles mantienen a la República en el torbellino de una sangrienta discordia.

El pueblo cubano se siente bajo la pesadumbre de un enorme desencanto. Sabe que posee un suelo rico y vive entre las angustias aniquiladoras del hambre. Sabe que puede beneficiarse con las ventajas de hallarse tan próximo a los Estados Unidos del Norte, y padece los inconvenientes de una política torpe, que imposibilita el usufructo de tales ventajas y convierte en grave peligro la que debiera ser venturosa proximidad.

El pueblo de Cuba asiste—estupefacto—al desarrollo de una política panamericana inteligente y provechosa, de la que nos excluimos con deplorable inconsciencia; contemplando algo así como un regateo de las naciones continentales, deseosas de lograr—en los términos que aconseja el decoro diplomático—las simpatías de Washington, mientras Cuba tira por la borda, considerándolos fastidiosos lastre, un pasado histórico y unas posibilidades económicas sin paralelo, en los que vería cualquier otro pueblo los elementos más sólidos para hacerse permanentemente próspero y feliz.

Los planes político-económicos del Presidente Roosevelt abren a las ambiciones de la América Latina ruy anchos surcos. Las nuevas rutas del Norte buscan en los Estados continentales campo fecundo para extenderse. Al dejar de ser mera doctrina, para convertirse en realidades provechosas, la Doctrina de Monroe se engrandece. "América para los americanos", según como interpreta el concepto el Presidente Franklyn D. Roosevelt; debe ser un lema que interese a todos los pueblos del Nuevo Mundo. La Casa Blanca se propone extinguir el recelo de la América Latina, desarrollando una política inspiradora de fe.

Y cuando tales son las perspectivas, Cuba—que tiene ventajas casi milagrosas—parece empuñada en relegarse a un plano secundario, sencillamente porque así le es grato hacerlo a unos cuantos idealistas puros y a un mayor número de simuladores que han descubierto una explotable industria en la pública inquietud.

Nadie nos gana en cubanismo. Somos tan amantes de nuestra patria como los que más. Pero, por lo mismo, sabemos distinguir entre el amor patrio bien sentido y la estridente patriotería.

El gobierno que ahora maneja el timón de la República, va por mares borrascosos. Un extraño que nos observara, creería a los actuales gobernantes obstinados en absurda empresa. Los más crueles enemigos del gobier-

no, se verían perplejos si tratasen de hacer un plan más adecuado para fracasar.

El programa del gobierno revolucionario—el programa para este periodo de medidas provisionales, de medidas preparatorias—no podía ser más sencillo: captarse la confianza pública, dirigirse con acelerado paso hacia las urnas plebiscitarias e imponerse la suprema obligación de que los comicios para la Constituyente resultasen acrisolados.

El brusco rompimiento que tuvieron el lunes en Palacio las conferencias conciliadoras, ha hecho ca toda la Isla el efecto de un estallido. El pueblo cubano se cree desde el lunes al garete. Su instinto le dice que el viaje de Welles y la llegada de Caffery, representan en el horizonte cubano—en el horizonte cubano, que no puede ser más sombrío—una gigantesca e inquietante interrogación.

Se inicia una orientación de izquierdas. Ha predominado el criterio de los que abogan por radicalismos extremistas. La nueva conducta coloca al gobierno en terreno falso. Porque para imponer tendencias de izquierda o de derecha, debe esperarse a que libremente lo haga el país.

Caído el Machadato, las funciones de gobierno debían ser simplemente preparatorias o provisionales. La Revolución se hizo por todos los elementos de la sociedad cubana, contra un régimen funesto y sanguinario. No se hizo con espíritu de clase ni para el triunfo de extremismos verdes o rojos. Los revolucionarios antimachadistas creían que era el pueblo cubano el llamado a manifestarse—por medio de sus Delegados a la Constituyente—con absoluta libertad.

Los gobernantes provisionales—Grau San Martín y sus compañeros, por ejemplo—no tienen el derecho de posponer u olvidar sus deberes específicos para entregarse a orientaciones determinadas, que al pueblo, con su voto libre, corresponderá escoger.

El doctor Grau San Martín no puede imponer por decreto una legislación de izquierda. Tampoco sería lícito que la impusiese de corte fascista. Porque un gobierno tendencioso despertará el recelo de cuantos quieren que la ansiada Constituyente resulte elegida con insuperable pulcritud.

Vemos al gobierno por mal camino. Machado alardeaba de su fuerza y se creía omnipotente. Sin embargo, hubo un instante en que las realidades demostraron que nunca un hombre es más fuerte que la opinión.

El pueblo de Cuba no se satisface con inoportunas orientaciones de izquierda. Si desea satisfacer a su pueblo, abandone la Presidencia el doctor Grau San Martín. Porque su salida de Palacio constituye un vehemente anhelo nacional.

La sociedad cubana se sintió aliviada al derribarse el régimen odioso. Pero el alivio se ha trocado en recrudescimiento de la dolencia. Porque el gobierno que nos ríe ha hecho más hordas e insostenibles las angustias del país.

Las torturas del capitán Crespo afrentaron al Machadato. Y hasta una infortunada coincidencia hace que también sobre este gobierno proyecte su fatídica sombra el Castillo de Atarés.

Orestes



El siciliano y su esposa se aprovechaban de las consignaciones hechas por Cuba a su Embajador para visitar galerías de arte y comprar costosos objetos. Heles aquí cumplimentando a la organizadora de uno de estos actos.

Foquito antes del atardecer de la calurosa tarde del doce de Agosto, las ruedas de un avión perteneciente a la Pan American Airway rodaron sobre la grava del aeropuerto de Miami.

Los mecánicos del campo corrieron al encuentro de la máquina voladora, pudiendo apreciar que las alas posteriores tenían una serie de huellas producidas por impactos de armas de fuego en distintos espacios. Era indudable que aquellas eran perforaciones hechas por una ametralladora.

La puerta de la cabina se abrió y el Dr. Orestes Ferrara, Secretario de Estado del derrocado gobierno de Machado, antiguo Embajador en Washington, Ministro en Tokio y miembro del Consejo de la Liga de las Naciones, así como ex-Vice-Presidente de la Oficina directora de la Unión Pan Americana, descendió y salió



Orestes FERRARA en el año de 1909.

caminando por la grava floridana, como un nuevo exilado.

El puntilloso diplomático de vivaz temperamento hizo una ligera inclinación de cabeza como saludo a su piloto. Después se volvió ayudando a desembarcar a su esposa. De asociados y amigos íntimos de Gerardo Machado pasaron a ser refugiados en los Estados Unidos, siendo de los primeros de un nuevo grupo de exilados cubanos, del grupo de los Machadistas. Era natural para ellos buscar refugio en los EE. UU. ... Ellos habían cooperado con banqueros americanos y con comerciantes de este país en el propósito de gobernar a Cuba. Recordaban a New York con verdadero placer. En New York, los banqueros de esta ciudad les habían fes-

El "World Telegram", reputado periódico neoyorkino, ha iniciado una serie de entrevistas con las figuras salientes entre los exilados de todas las partes del mundo, que actualmente residen en la gran ciudad. La selección inicial que ha sido maravillosamente hecha por el redactor Mitchell, de aquel diario, ha recaído sobre Orestes Ferrara, el hombre habilidoso y extraordinario, que ha logrado medrar en todas las situaciones cubanas, el hombre que despreciando a nuestro pueblo en todos los momentos ha amasado fortunas cuantiosas—que ha devorado con pantagruélica delectación— a costa de nuestro sudor y de los pocos escrúpulos que acompañan a su despierta mentalidad de siciliano. No podía ser otro que el enhebrador de las grandes intrigas machadistas, el partero de los grandes negocios y el ridículo defensor "Honoris-causa" del derecho de intervención de los Estados Unidos, el escogido para iniciar esta especie de galería de picaros y saltadores de erarios públicos.

Al publicar esta entrevista con el "bersagliery" aplatanado, sólo nos anima el propósito de ofrecer una nueva oportunidad a este pueblo que lo odia como no se ha odiado jamás a extranjero alguno, para que multiplique sus maldiciones y denuestos contra el tirano intelectual de la época machadista.

tejado con muchos banquetes. Los banqueros de New York, pues, eran sus amigos...

EN UN TIEMPO ANARQUISTA

El Dr. Ferrara fué una vez peligroso anarquista en Italia, transformándose más luego en un millonario cubano. De todos modos, no estaba autorizado, ni un solo minuto, para olvidar que era un exilado, un representante de un gobierno al que no se le temería por más tiempo y al que había dejado de respetarse. Aún en los momentos en que todavía él realizaba su vuelo, ya estaban circulando por todo el país libros y periódicos de New York que describían el suyo como "un gobierno de rifles y ametralladoras". Los periódicos

Ferrara

La sangre y la pistola marcan la carrera de Orestes Ferrara hasta su estrepitosa caída conjuntamente con Machado. — El aventurero siciliano, en un tiempo anarquista y luego jefe del Gabinete de Cuba, se encuentra actualmente asilado en New York.

Cataclismos mundiales... trastornos políticos en todos los países... reyes, dictadores, presidentes, diplomáticos que se derrumban... hombres y mujeres de elevadas posiciones tienen que correr hacia el exilio. New York convertida en ciudad de refugio. A esta ciudad acuden de todos los países y de todos los climas, dignidades y realzas, gobernantes de otros tiempos... Aquí también acuden los más fieros revolucionarios de todo un Continente buscando escapar a la muerte. Todas figuras de coloridos, que tejen el hilo de sus existencias y actividades con el ambiente de la vida neoyorquina. Todos ellos son descriptos aquí con este artículo que inicia una Serie.

por Joseph Mitchell

DEL STAFF DEL "WORLD-TELEGRAM"

se estaban refiriendo a él como al hombre que había autorizado "todos los crímenes y torturas y corrupciones". Y también se referían a Machado como a "la fantástica criatura que introdujo en Cuba la babosa hipocresía política a cuyo requerimiento los escolares eran derribados a tiros".

Mientras el Dr. Ferrara permanecía junto al aeroplano decorado por las perforaciones de balas en Miami, una multitud de cubanos anti-machadistas, estudiantes y políticos exilados en Florida desde meses antes, precisamente por culpa del gobierno del que él era el dirigente número dos, quienes corrieron precipitadamente por todo el campo hasta enfrentarse con él.

—¡No crea usted que venimos a darle

la bienvenida aquí!—rugió la multitud por boca de su leader.

Furioso, el doctor Ferrara miró de manera siniestra a sus paisanos.

—Usted es un asesino—dijo el leader. Le reto a un duelo.

VETERANO DE 14 DUELOS

El diplomático no consideró absurdo aquel reto. Su carácter le ha llevado a ser protagonista en catorce encuentros personales. Encuentros en los que él participó con placer y éxito, habiendo ganado por ello el calificativo del más distinguido espadachín de Cuba. Dió un paso hacia delante para contestar el insulto y pareció complacido con la oportunidad de baciarse, pero un policía de Miami, agitan-



FERRARA y su señora, que viajaron mucho por cuenta del gobierno de Cuba, en los momentos en que felices y satisfechos, desembarcaban del "Europa" en New York, al regreso de la Conferencia de Londres.

do su club, se encará con la multitud. Y sin el menor romanticismo y preámbulo, el guardador aprovechó la oportunidad para precipitar en una máquina al nuevo exilado y a su esposa.

Fué tanta la furia que poseyó al doctor Ferrara durante unas cuantas horas, que



Cuba pagaba vistosos petros para que el siciliano se paseara por las avenidas de Washington y luciera su palmita.

ahora mismo le es difícil recordar todo lo que sucedió antes. Muy temprano, aquel mismo día, él había llevado a Palacio, en La Habana, los papeles relacionados con el cambio de poderes, como resultado de la disputa en que mediara el Embajador de los EE. UU., Sumner Welles. Ese fué su último acto oficial.

Entonces, relata él, andaba como un simple ciudadano por las principales calles de La Habana. En el aeropuerto habanero, sus equipajes fueron transportados del automóvil, pero antes de que pudieran ser introducidos a la cabina del aparato volador, apareció una turba que, apoderándose de las maletas, las abrió, arrojando al suelo su contenido. El perseguido diplomático logró salvar una botella de vino de Oporto.

—Delicioso este Oporto viejo—dijo refiriéndose a lo que había salvado.

Mientras la turba se agita, él y la señora fueron empujados dentro del avión, que se puso en movimiento en el preciso momento en que una ametralladora le abría fuego, produciendo varias perforaciones en las alas del aparato.

AMENAZAS BAJO LAS VENTANILLAS DEL TREN

Un poco después estuvo sobre la Habana (Pasa a la Pág. 40.)

EL RELOJ DEL DR. GRAU

por

MIGUEL DE MARCOS

En la trágica aventura donde se debate la patria desde hace varios años, Cuba perdió su risa. El indígena ya no es superficial ni festivo. No pasa junto a los sucesos con un encogimiento de hombros. Acabó la chirigota lanzada al aire como una guirnalda móvil. Acabó la carcajada que fué en nuestra historia un estampido nacional. Los humoristas están en crisis y sobre su vesícula biliar la hepatitis cava su ancho surco, agrio y verde.

Los hombres serios del pasado rugieron siempre, inconsideradamente, contra la alegría criolla. Los ensayistas amargos, citando a Simmel y a Freud, vieron en ella un complejo de inferioridad. Revolucionando el café, con un largo "persiflage" en los labios, con un "ben mot" caído en la azucarera, se declamaba contra el júbilo y se condenaba por irreverente y por incivilizado, el suave manfichismo cubano, en que había una filosofía sonriente. Se vió en la risa cubana una trivialidad. Se la arrancó del rostro como una yerba rastrera. Se organizaron contra la jovialidad autóctona, cruzadas tumultuosas y encendidas. Lo recuerdo bien: fué el instante dramático en que el Club Rotario se dedicó—después de aniquilar el menú de los jueves— a las reformas sociales y a la estadística; fué el instante pavoroso en que los Caballeros de Colón orquestaron su primeros motetes urbanos en nombre de la seriedad. El camino estaba abierto. Un café, anónimo y pastoso, que fué Secretario de Gobernación, suprimió los voladores. Recrudescieron en los periódicos los comentarios editoriales sobre el monocultivo y sus inconsecuencias económicas. Forzosamente, Cuba derivaría en breve hacia la tragedia.

Ahí está—después de tantos años de sufrimientos, de horrores y de crueldades— el caso de la conciliación, como un ejemplo aflito, entre todos. — a obra, que debió convertirse en un abrazo fraterno para salvar a Cuba, se ha tornado en una enervada rabiosa de incompreensiones y de estupideces, porque el cubano perdió la alegría y la risa. La escena se ha contado en los periódicos: Grau San Martín inquiriendo de Dorta Duque con qué carácter le hablaba, y al saber que no era con autorización de los sectores en discordia, sino con carácter personal, extrayendo el reloj desabridamente del bolsillo y diciéndole a sus visitantes, que él necesitaba el tiempo para trabajar.

En la tristeza irremediable de esta hora Grau San Martín, bajo la influencia de la clínica y del diagnóstico, fué siempre un hombre cortés. Y ya más como en Cuba se murió la risa



tornóse súbitamente, en una reunión protocolar, agrio, taciturno y hosco.

Y así son todos nuestros problemas en esta hora lúgubre. El cubano no ríe, ni siquiera sonríe y cuando trata de hacerlo, en un desesperado esfuerzo, tras el cual queda aniquilado, resoplante,

los ojos secos y duros, muestra siempre en los labios una mueca ávida, vitriolosa, de verdugo chino que removerá el brasero de un suplicio o el rictus envenenado de un hombre que padeciendo de callos contumaces y macambuzios, fuera invitado y compelido a participar en una carrera de cien yardas.

No es la nuestra una tristeza científica — la del hombre que se educó en el positivismo y sabe que detrás de los ojos más bellos están los agujeros de la calavera, en un accecho fatal. Es una desesperación rabiosa y convulsa, hecha de ansias frenéticas, de cóleras llameantes, de vituperios que parten como flechas inflexibles. Y sobre ese páramo desolado, tramado por la angustia y por la miseria de todas las horas, no hay un júbilo,

ni una risa. Nos proyectamos hacia la tragedia desgarrante e inmisericorde o hacia el bostezo estuporoso y fastidiado. Y ante el despliegue de las ideologías—oh, el fatal síntoma del hígado infartado—nadie ríe.

Hay un grave error en todo ésto. Comprendo demasiado que un diálogo político entre el doctor Grau San Martín y el doctor Dorta Duque, no será nunca un comercio regocijado entre dos hombres. Pero si el Presidente no fuera un espíritu amargado y si su colega de la Universidad agregara a su redondez un claro sentido de la faecia, el diálogo, de seguro, no habría derivado hacia el vaudeville, pero, por lo menos, Grau, para despedir a su interlocutor que le reclamaba la renuncia, no habría sacando del bolsillo su cronómetro de oro, con un gesto de repulencia y de áspero desabrimiento. A Dorta Duque, le faltó el humor. A Grau San Martín, le faltó la sonrisa afilada que todo lo comprende. Tal vez... Acaso, la conciliación pudo haberse salvado. Pero el doctor Grau tenía un reloj en el bolsillo, que es siempre un objeto abominable, superior antídoto de la risa, porque encierra la vida del hombre, en los límites rígidos del Tiempo, bajo el paso misterioso de las Horas.

Diciembre de 1933.



LOS ASESINOS DEL ESTUDIANTE FUERTES BLANDINO SERAN FUSILADOS

SOUTO, ORTEGA y PRENDES, tres de los más repelentes asesinos a sueldo del expulso Tíran, tres de los más vulgares criminales que ejecutaban sin titubeos las órdenes del feroz Ainciar, comparecieron ante el Tribunal de Sanciones para responder de los cargos que sobre ellos pesan por el asesinato del estudiante Fuertes Blandino, siendo la petición fiscal de pena de muerte. Otros muchos hombres de la misma ralea, que en días no muy lejanos olvidaron los más elementales sentimientos de justicia y de piedad, desfilarán por este banquillo y escucharán como SOUTO, PRENDES y ORTEGA, las frases de condenación de las víctimas que hicieron por millares para congraciarse con el Desgrta que les repartía la pitana más mal ganada que hombre alguno puede recibir.

(FOTOS DE VALES.)

LA MUERTE DE RACHEL, YA NO ES UN



La infortunada bataclana RACHEL, cuyo crimen quedó rapune.

EMPEZABA diciembre,—era en 1931, cuando una historia de amor, de crimen y libertinaje, llevaba a las primeras planas de los grandes cotidianos los enormes titulares reservados solamente a los principales acontecimientos que tienen la virtud de conmover al mundo y agitar la opinión pública. "Rachel", una cortesana de poco más o menos, que ostentaba el exótico apellido de Keigeters, había sido asesinada.

El bajo mundo no tenía nada que ver en ello. Figuras de cierto relieve, pudieran decir la clase media de la vida galante habanera, si iban surgiendo poco a poco sobre el fondo tenebroso del crimen. Y hasta nombres que figuraban en las listas sociales masculinas de las crónicas e inscribían sus opiniones en las secciones políticas de los periódicos, se mezclaban escudadamente al suceso. De pronto, un silencio se hizo sobre esos apellidos. Los investigadores: policías, reporteros, juzgado, decidieron que tales gentes no tenían nada que ver en el asunto, y el caso se hizo tan apasionadamente misterioso, que la opinión popular llegó a intrigarse hasta lo máximo. El histerismo de las mujeres se exacerbó. Se hizo enfermiza la atención pública. Y trovadores populares alzaron canciones alusivas que esparcieron el aire de la ciudad inquieta los aparatos de radio multiplicados hasta el exceso. Pero el misterio, la pregunta, ¿quién mató a Rachel?, quedó sin contestar. Recién se ha sabido que fue el Gobierno, bajo la tiranía estúpida de Machado, el que prohibió que se diese, se investigase toda la verdad, la única verdad. Y ésta, de tan sencilla que era, no se supo nunca...

Bajo sus cabellos de oro, desplegados como una bandera de victoria bajo el áureo resplandor tropical, apareció un día la infortunada bataclana, muerta, dentro de la bañera de su casa. Todo el horror del hallazgo se hizo claro después que, una mañana, su amigo íntimo Alberto Jiménez Rebollar, al no responder desde la casa a sus desesperadas llamadas telefónicas, se dirigió a la residencia de la artista, la encontró cerrada herméticamente, vio la luz encendida... Y llamó a la policía. Las autoridades se constituyeron en un pósito

Cómo murió y el por qué de su fin trágico. — Condiciones en que se desarrolló el drama que la costó la vida. — Circunstancias que impidieron actuar a la Justicia. — Personajes y personajes que intervinieron en el drama. — ¡La mató una mujer! — Celos, cocteles, divanes, sedas, lujos bizantinos. — Nadie supo nada. — Cómo terminan en tragedia, una fiesta envuelta en perfume de mujeres y licores.

tercero de San Miguel '38, forzaron la puerta, descubrieron el crimen.

Desnuda absolutamente, la bella cabaretera se hallaba tendida en la bañera. Las primeras investigaciones dieron por resultado una versión: se trataba de un suicidio. Probablemente se había envenenado la muchacha. (Tenía veintinueve años.)

Pero los forenses, en el acto de la autopsia, se dieron cuenta de que estaban frente a un crimen. Rachel ostentaba algunas heridas en la cabeza. Un hacha, al parecer, había sido el instrumento del crimen. Y no era el robo, precisamente, lo que movió la mano homicida: todas las ropas, todas las joyas, los objetos de arte,



VILLAVEUDE, el esposo que estuvo encarcelado por sospecha.

los muebles, estaban intactos. El crimen, pues, era un crimen pasional. Y se detuvo a su amigo, uno de los más íntimos, Jiménez Rebollar, músico de una orquesta que trabajaba en el cabaret "Montmartre"... Pero Rebollar no era culpable.

Rachel trabajaba en el "Summer Casino" de la Habana. Todas sus amigas, sus conocidas, los músicos de las orquestas, cantadores y gentes de muchas profesiones, desfilaron ante el Juez de Instrucción. Pero nada. La investigación duraba muchos días y ninguno daba una luz que iluminara la lobreguez del sumario. Persistía el misterio.

La mujer asesinada tenía una historia. Y ésta se multiplicó hasta lo infinito del relato diario en las primeras planas de los periódicos. Había llegado a Cuba con el Bataclán. Y un admirador de la muchacha, Oscar Villaverde, haciendo amistad con ella, llegó a intimar hasta el grado de convencerla para que quedara con él en Cuba. Así había ocurrido el primer acto del drama cuyo epílogo había de terminar con su vida. Fue detenido Oscar Villaver-

de. Pero tampoco este hombre, con el cual tenía un hijo de pocos años la bella artista, era el autor del crimen. Cinco o seis años de vida tranquila antecedieron a la existencia de libertinaje a que después se entregaba la muchacha. Y Villaverde, ante el caso, se separó de la mujer llevándose su hijo. Pero reanudó las amistades, y el pósito de San Miguel '38 fué alquilado, para Rachel precisamente, por el propio Villaverde, a su propietario Ramón Mirabal, un vecino de Luyanó. La casa estaba a nombre de él, hasta que una nueva diferencia entre ambos hizo pasar el contrato de arrendamiento a nombre de ella. Volvieron, no obstante, a reunirse.

Y, mientras tanto, sólo se sabía que Rachel había sido muerta con un hacha. Tal vez la de picar el hielo que servía para la confección de los cocteles en las noches de orgía que eran frecuentes en el pósito de la calle de San Miguel... Y éste, que era poco para satisfacer la curiosidad popular que se había hecho morbosa, era menos para meter a nadie en la cárcel. Persistía el misterio. Criados, vecinos, mujeres galantes, amigos de la casa, desfilaron constantemente ante el Juzgado. Nada. Todo lo que la policía lograba comprobar era la hora exacta del crimen: 25 horas antes de su descubrimiento en la mañana del día 4 de diciembre...

Villaverde y Jiménez Rebollar seguían en la cárcel.

Un día pareció que el crimen se descubriría: a dos metros de la puerta de entrada, había aparecido una huella papilar sangrienta y unos cabellos, debajo del pasamanos de la escalera. Sin embargo, ni con estos nuevos aportes el crimen dejó de ser un misterio. ¡Y ahí estaba, precisamente, la clave del suceso!

Siguieron las investigaciones policíacas,



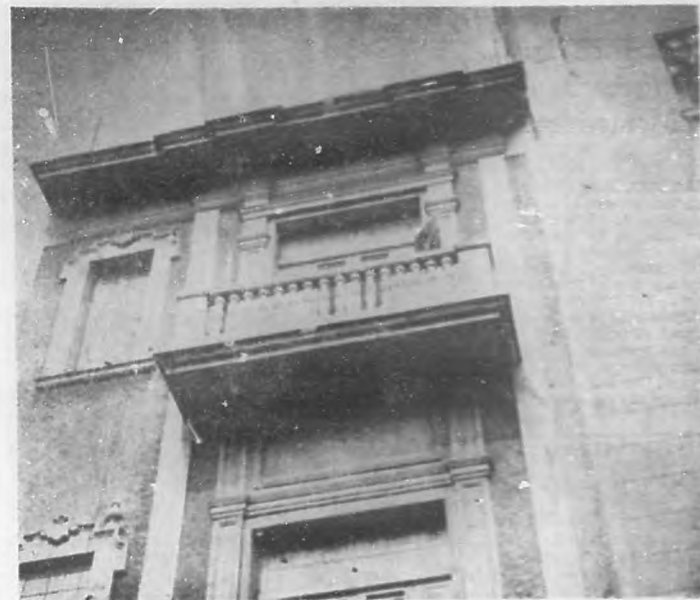
REBOLLAR, el joven músico, cuyos amores con Rachel pudieron costarle la libertad.

MISTERIO

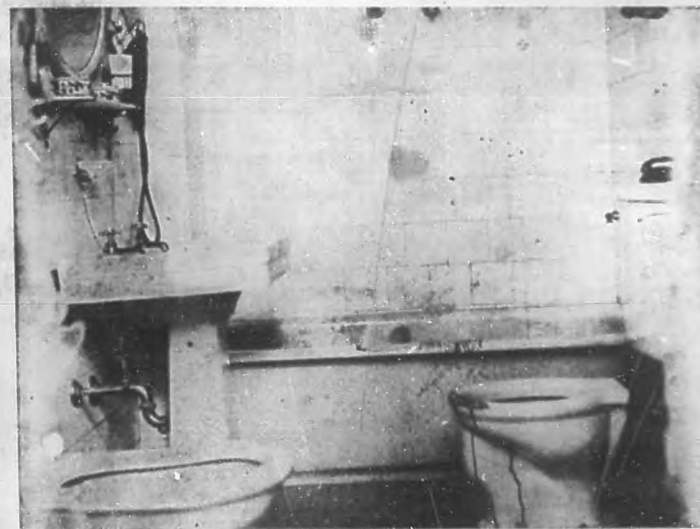
tan inútiles como complicadas, múltiples, incesantes.

Un criterio psicológico y científico fué aplicado, entonces, al descubrimiento del crimen. Drogas, celos, el vicio en todas sus fases fué un tema nuevo que se agregó a las sugerencias y a las posibilidades dadas a conocer al público, más intrigado que nunca en el drama oscuro de la garzoniere trágica. Pero ni la psicología, ni el análisis, ni la ciencia en otras manifestaciones modernas de su inquietud investigadora, lograron probar nada. Todo fracasaba sistemáticamente ante el misterio. Y hasta una camarada de Rachel, Paulette, una entretenida popular en los centros de diversión habaneros, expresaba a un periodista que había soñado el próximo fin de su amiga. Pero, luego se supo, el sueño no correspondía con la verdad del crimen. No había sido un amigo de la vendedora de caricias,—ni siquiera un hombre cualquiera, pues era una mujer,— la que la había dado muerte. En aquellos días no se supo. Ni meses, ni años después. Nunca se supo nada, nada, nada...

Rusos, americanos, franceses y cubanos, seguían, en tanto, desfilarando ante el Juzgado, los periodistas, la policía. A lo más a que pudieron llegar los investigadores, fué a determinar la clase de arma con que había sido muerta la mujer: se confirmó que había sido con un hacha pequeña... Y ésta sí era una verdad absoluta. En tan-



El pósito de San Miguel, que fué escenario del crimen.



La bañera en que apareció el cadáver de la bella cabaretera.

to la situación del músico Jiménez Rebollar y del amante y ex-marido Villaverde, seguía sin determinarse y agravándose o aclarándose sucesivamente a medida que avanzaban o retrocedían las investigaciones. En el fondo, ni una palabra de la verdadera verdad.

Como se hace con las personas dignas de ocupar un puesto distinguido en la Historia, la vida de Rachel quedó examinada, en una biografía completa y minuciosa, por los investigadores. Se supo desde el día de su nacimiento hasta momentos antes de morir. Y se inscribieron estas cosas en los diarios con los mismos enormes tipos de letras que se relataron de 1914 a

1918 los incidentes de aquella inmensa tragedia que fué la guerra europea... Los letrados más famosos y los médicos más renombrados llegaron también, al sumario, con su ciencia, con sus experiencias, con los métodos más modernos de la policía científica. Para no lograr saber nada. El Gabinete Nacional de Identificación fué parte, así mismo, en los trabajos investigativos. Con el mismo negativo resultado. La prisión del músico Jiménez fué ratificada por el Juzgado de Instrucción. El asunto se complicaba para el músico inocente.

Derivando el asunto hacia los planos sentimentales, un diario de la Habana publicaba cinco días después del crimen:

"Rachel, la víctima del más horrendo crimen que registra la crónica roja del año actual, estaba con su hijo en la capilla del colegio". Y después: "Como una Magdalena rubia, hermosa, pedía perdón a los por sus pecados de amor". En tanto, la mujer se enteraba de la muerte de su madre, allí en la lejana Francia, porque un amigo le enseñaba un diario con la noticia del fallecimiento...

Otro día, publicaba un periódico: "El asesino bajó el pestillo y escapó por la puerta, tranquilamente, sin dejar una huella que pudiera delatarlo". Pero la verdad era que, o había fracasado ridículamente la policía, o el crimen se dejaba en el misterio para no sacar a la luz del más grande de los escándalos públicos contemporáneos en Cuba, principales figuras de la sociedad, del Gobierno y de la vida pública habanera...

Otro día se dijo: "No hubo premeditación; es un delito pasional y el asesino, cuando reaccionó, se tomó todo el tiempo en simular un suicidio". Esto se iba acercando bastante a la verdad. La existencia de una policía de seguro de vida como estímulo del criminal para cometer su obra. Un juez especial, el licenciado Almagro, fué asignado para conocer de la causa. Esta formaba ya grandes legajos. Múltiples incidentes, ninguno de los cuales, naturalmente, daba luz en el suceso, se sucedían a lo largo de las investigaciones.

Un día, los investigadores llegaron a la siguiente conclusión: "Estamos situados frente a un tablero de ajedrez que presentaba una posición interesantísima. Cubanos convencionalmente las peones, los alfiles, las torres, las damas, los caballos y los reyes, el jugador experto podía adivinar cómo dar el jaque mate. Pero el tablero fué movido imprudentemente, las piezas cambiadas de posición, y resulta ahora muy difícil reconstruir las jugadas". Y éste, en que nadie se fijó entonces, (lo dijo el periódico "El País"), era una verdad que comprometía grandemente la H-

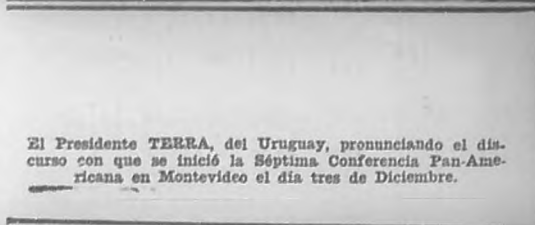
(Pasa a la Pág. 36.)

Las Primeras
Fotos de las
Conferencias de
Montevideo

GIRAUDY, Jefe de la Delegación Cubana a la Conferencia de Montevideo, haciendo uso de la palabra en la sesión inaugural en contestación a la bienvenida dada por el Presidente Terra. Este discurso del Delegado cubano fué, según informa el cable, el que tuvo que preparar en sustitución del que provocó la protesta de varias de las naciones allí representadas.



El Secretario de Estado de los Estados Unidos, CORDELL HULL, acompañado por miembros de las Delegaciones de los Estados Unidos y de otros países latino-americanos, en los momentos en que se iniciaba la Séptima Conferencia Pan-Americana.



El Presidente TERRA, del Uruguay, pronunciando el discurso con que se inició la Séptima Conferencia Pan-Americana en Montevideo el día tres de Diciembre.



Un "close-up" del Presidente TERRA en los momentos en que pronunciaba su discurso.



FOTOS DE INTERNEWS.)

La tradicional Paseña de Navidad, una de las fechas que más unánimemente celebra el pueblo de Cuba; ya se aproxima. Este año la gran familia cubana, embargada por el luto de deudos perdidos y contristada por la ausencia de otros que quedaron prolongadas prisiones, verá en la noche de Navidad un motivo de resaca de amargura. Ya que no es posible restituir los muertos a la vida; tengan los que mandan por lo menos compasión de los que aún viven. Restañen las lágrimas de muchas madres, esposas e hijos, restituyendo la libertad a los complicados en los sucesos de Catorés y a los oficiales del "Nacional" que hace más de dos meses sufren injustificada prisiones. Esa es la petición de Bohemia, la reiterada petición de Bohemia y del Pueblo de Cuba, que aún no ha encontrado eco en las esferas oficiales.

ESTAMPA DE SAN LAZARO



Este día de San Lázaro tiene olor a estampas viejas, a cirios y llagas frescas.

Vienen rodando en el aire sonidos de cueros secos.

Mil bocas están hablando de ron, sudor y monedas.

Mil corazones latiendo. Mil pies arañan el suelo y otros mil lo pulen luego.

¡Cómo bailan sus trompos alegres las caderas!
¡San Lázaro pide vela!

Alboroto de camisas —banderas de callejón— los negros están sudando música y ron, música y ron.

De negro es la sombra que enciende el altar, saluda y se vuelve a sentar.

De negro es la sombra que entra, que sale, que toma, conta y se va.

Negro que "eté claro y sabe ata adonde puee llegaa"

Sonidos de a, e, o: las negras rajan su camisón.

(¡Eh! como suena el almidón!) Semillas secas y bongó: los neg, mojan su pantalón.

Este día de San Lázaro tiene olor a estampas viejas, a cirios y llagas frescas.

¡Cómo sienten los vecinos negras cosquillas de cuerdas!

Ramón Guirao

LA MUERTE DE RACHEL, YA NO ES UN MISTERIO

(Viene de la Pág. 35.)

bertad de algunos personajes principales en el drama.

Mucho más comprometida fué la situación de los verdaderos responsables del crimen cuando, el día 14 de diciembre, un diario insertaba una breve nota informativa, dando cuenta de que, en el segundo piso de la casa San Miguel 38, (Rachel ocupaba el tercero), había instalada una misteriosa garzonniere, llena de lujos, de comodidades, de perfumes, de cojines, de alfombras; de perfume de mujer, de esencias y de licores picantes. Estaba intercalada entre la planta, desocupada, estaba la "casita", llena, también, de sugestiones dramáticas, hermética y desoacocida, inexplorada y acosada de curiosidad. Y decía, al respecto, un diario de la tarde: "En sitios disimiles, desde los "reparos" elegantes hasta las infectas cioncas donde viven y palpitan los viejos de la Habana, todo ha sido burgado por el afán detectivesco y registrador, en busca del dato que daría la clave del crimen nefando. Solamente esa garzonniere permanece cerrada a la mirada judicial, con su puerta echada sobre la investigación, a la que ha opuesto sus paneles grises, su mirilla metálica, su cerradura inactiva, (?) desde el día del "suceso". Seguramente, el repórter que escribió esa nota no sabía que estaba dando, verdaderamente, sobre la clave del asunto. "Cuando se piensa, —añada el diario—, que sus ocupantes, sus visitantes, pudieran haber sido amigos de la joven francesa mascarada, que sus declaraciones tal vez iluminarían un poco la sombra densa de la investigación, no se explica que el Juzgado de Instrucción no haya abierto esa "casita", (así se dice en el argot galante), para ver si en su interior existe alguna huella del autor del hecho, un arma dejada caer, unas gotas de sangre, un traje, alguna pieza de ropa. Quiénes son, se pregunta el público, los afortunados gozadores de la garzonniere que no han sido molestados, ni preguntados, ni citados como posibles testigos ante el juez instructor?"

Era verdaderamente asombroso. Dentro de una nota, en esas líneas lanzadas al desgaire, tal vez con desgano, en la vorágine de la curiosidad pública, estaba también la clave del drama. El eje del mismo se apoyaba en la misteriosa "casita" inviolada... Lo veremos después. La sugestión de un registro en esa garzonniere, fué brindada al juzgado especial. Pero, al proseguir las investigaciones... fué detenido un albañil. El obrero había reparado unos días antes unas casnas de Rachel... La investigación está en el rincón.

Se pidió, un día, la exhumación del cadáver. Era el 16 de diciembre, cuando la investigación no había adelantado un paso. O tal vez había avanzado demasiado...

Quedó desechado el accidente en el baño. Una caída por efecto de un estado de embriaguez. Era, indiscutiblemente, un crimen. Todas las demás hipótesis rodaron por el suelo. Y hay que confesar que ésto se debió a la actividad y a la perspicacia de los repórteres habaneros. La prensa se anotaba otro de sus grandes triunfos sensacionales. Los anónimos llovían sobre el Juzgado y sobre las reducciones. Sobre las oficinas policíacas y sobre los jefes de la investigación judicial. Los testigos se amontonaban por decenas en los pasillos de la casa de los Juzgados. Las pruebas periciales, los informes forenses, las investigaciones de los detectives, no daban resultado. Nunca se había hecho una investigación sobre unas vidas alegres y sobre un suceso cuyo único sensacionalismo eran las condiciones misteriosas en que había acontecido. Por lo demás, tenía mucho de

SE AGOTAN!

VALEN
30 cts.
COMPRELOS
POR
20 cts.



¡NO DEMORE!
COMPRE VARIOS
ESTUCHES HOY

VALEN
14 cts.
COMPRELOS
POR
10 cts.



ULTIMA
OPORTUNIDAD
PARA AHORRAR DINERO

ECONOMICÉ en artículos necesarios. Por tiempo limitado ofrecemos esta ganga en los artículos de tocador más populares de Cuba.

Colgate es la Crema Dental recomendada por más dentistas que ninguna otra, porque es superior en 4 cosas: (1) su detergente espuma limpia completamente, aún donde el cepillo de dientes no toca; (2) embellece la dentadura, porque contiene el ingrediente pulidor

especial que usan los dentistas; (3) su delicioso sabor a menta deja la boca fresca y el aliento perfumado; (4) es la más económica, porque el tubo grande contiene UNA MITAD MÁS de crema que otras del mismo precio.

ADEMÁS, obtiene usted el famoso jabón embellecedor, el Palmolive, —la mezcla secreta de los balsámicos aceites de palma y oliva,— que conserva el cutis suave, fresco, juvenil y encantador.



Particpe en los Concursos de CASAS Y ZAPATOS del JABÓN CANDADO, enviando cualquieira de las siguientes cosas que dan derecho a Un Número:

2 tapitas de la Crema Dental Colgate Grande	5 Cintas negras de Jabón Palmolive Grande
4 tapitas de la Crema Dental Colgate Mediana	5 Candados de envolturas de panes grandes del Jabón Candado.

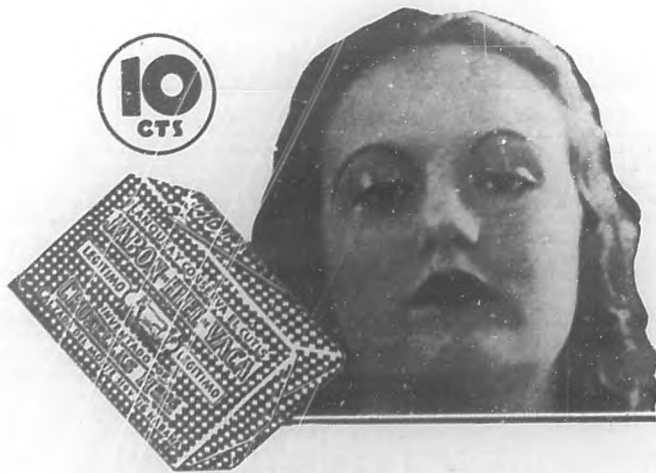
Envíelos a: Concurso Jabón Candado-Agda. 1940-Habana

homicidio vulgar. Y sin las figuras distinguidas, de la buena sociedad, que comenzaban a apuntar al margen de las investigaciones, el caso era uno de tantos en la historia de la criminalidad ocasional habanera. Sin embargo...

El 17 de diciembre se consideraban agotadas las investigaciones y pasaba a un plano secundario el crimen del tercer piso de San Miguel 38. La tesis de un accidente cobraba, momentáneamente, una débil fuerza persuasiva. En derredor de esta hipótesis se especuló largamente. Sin resultado. Ya la policía buscaba al autor del crimen solamente en el triángulo de los amigos de la intimidad de la batucana asesinada, otra vez, desechada de nuevo la teoría del accidente. Una artista mexicana declaraba haber oído, en el silencio de la noche, un ¡ay! misterioso, sin saber de donde partiera... El morbo sexual, decía un médico, erigiendo sobre una base científica una nueva teoría, podía ser un móvil sádico del crimen. Los testigos,

en su mayor parte sugestionados, no tenían de determinar nada. Sus rostros animaban la impavidez del proceso, que seguía su curso en zig-zag, desviando a cada momento por nuevas y cada vez más sorprendentes teorías. Jueces, fiscales, policías, periodistas, testigos, choferos, criados, albañiles, zapateros, cerrajeros, vecinos, altos empleados, uruguayos y peripatéticos, ¡hasta el sereno! formaban en el "staff" suntuoso con que la justicia trabajaba para desentrañar el novelesco misterio del crimen de la bañadera. Y, como dos puntos cardinales, Villaverde y Jiménez Bebolívar, hacia los que giraban las flechas de una acusación pertinaz, que era injusta, y de todos modos, inconsistente...

A fines de diciembre, (1931), se abandonaban las investigaciones. Menos de un mes había sido preciso para que se declarara fallado todo el aparato jurídico-investigativo. El crimen se hundía cada vez más en las sombras del misterio, y surcaba (Pasa a la Pág. 41.)



BELLEZA!!

su más codiciado tesoro.

REALCE LA BELLEZA DE SU CUTIS
USANDO EL JABÓN DE HIEL DE VACA

AGRADECE! Siempre agradecer! Inefable y dulce placer que experimenta la mujer, cuando se encuentra con el ser que ama. El Jabón de Hiel de Vaca, impartirá a su cutis la suavidad de los pétalos de una rosa, la belleza y el encanto de una camelia y el sutil y delicioso perfume de la azucena.

Apíquese con la espesa espuma un suave masaje (fíjese que la espuma es rica y abundante); enjuáguese varias veces con agua limpia y fresca. Hágalo dos veces al día, y síntase feliz de haber logrado con el uso de este exquisito jabón, el anhelo de su vida, AGRADARLE!

"Un Siglo Embelleciendo Rostros"

JABÓN DE HIEL DE VACA DE CRUSELLAS

HERMANOS

(Viene de la Pág. 25.)

Los presos son tantos que no hay donde ponerlos. Beytia, con sus polainas de montar, su camisa de campaña, sus pantalones amarillos, es un problema para los escoltas, que a ratos lo confunden con un soldado de la guarnición del penal. Su preocupación de salir de allí de cualquier modo, dá a su rostro una expresión inquieta, que luego modifica cuando piensa que es mejor aparentar conformidad. Ha sido alojado sobre el suelo, sin una manta siquiera para resguardarse del relente lunar y del frío de la madrugada, hacia el occidente del castillo, en un amplio pedazo de azotea. Junto a él, que ahora medita sentado sobre las losas rojizas del piso, al raso, está un pabellón aislado donde se aloja una sección de la enfermería: el pabellón de los tuberculosos.

Beytia, oye, bajo la noche en paz, el carraspeo incesante de las gargantas doloridas. Toses secas y breves, constantes y desesperadas, que cortan el silencio en

pedazos iguales. No piensa dormir. De todos modos sería igual. Le es imposible acomodarse en aquel suelo frío y duro, húmedo por el rocío de la madrugada, y penetrado por todas aquellas toses de una persistencia implacable.

Quiere huir. ¡Fúgarse! Al ras mismo de los muros que limitan la azotea, se ven palidecer las luces de la ciudad cuyo ritmo conoce tan bien. No quiere más que entrar en ella, está en sus límites, quedarse allí unas horas y que todo concluya después. Entrar, aunque luego ocurriese cualquier cosa. Si lograba esto, lo que viniera después le era igual, fuese lo que fuese.

Al amanecer será relevada la guardia exterior del penal. Es decir, a las seis exactamente, amaneciera o no a esa hora. Desde su inmenso lecho, abierto a todos los vientos del cuadrante, Beytia mira al centinela, que pasea junto al muro. Enveuelto en su capote gris, con el cuello subido hasta cerca de los ojos, no es más

que una sombra más en la noche, de la que emerge el fino cañón del rifle. Beytia lo observa atentamente. Todos sus movimientos son iguales y rítmicos, monótonamente uniformes. Parece mejor un autó-mata cuyo resorte opera en sentido inverso cada vez que el hombre llega al límite de su recorrido. Entonces se detiene un instante, vuelve sobre sus pasos y regresa a desandar su camino, mil veces transitado. Así mucho tiempo.

Beytia observa también que el centinela, a cada ocho o diez recorridos, se detiene unos momentos, junto a una de las garitas de cualquiera de los dos extremos y permanece allí buen rato, descansando. Deja caer el fusil sobre las losas y se recuesta como un árbol que se inclina al viento en las noches ásperas. Después comienza otra vez su paseo vigilante.

Pero Beytia no está solo. Hay allí, donde tiene su alojamiento provisional, otras personas. Presos también, tumbados sobre el suelo, que duermen tal vez su última noche en este mundo.

Beytia está considerando la altura desde la cual ha pensado lanzarse, cuando se yergue una de aquellas figuras.

—Compañero... dijo una voz, muy bajo. Y como él no supo qué contestar, la voz, otra vez, dijo casi imperceptiblemente:

—Compañero... Beytia ve que el centinela le da la espalda; y se arrastra un poco hacia su compañero de prisión. Próximo a él, el otro hombre alimenta su mismo pensamiento. También quiere fugarse. Hablan. La única dificultad es que el castillo está rodeado de un infranqueable foso. Caer en él, sí. Pero, ¿cómo salir después? Los centinelas darían la alarma y serían cazados a tiros, sin conseguir nada, o barridos por una ametralladora. Beytia queda pensativo tras sus propias observaciones. El centinela vuelve sobre sus pasos. Los dos hombres callan un momento. En el pabellón de los tuberculosos, se multiplican las toses como una sinfonía de la Muerte. La noche está clara, ahora, como el pensamiento de los prisioneros. Había salido la luna.

Era un contratiempo. Anchas nubes grises la velan, a ratos.

Para Beytia, ya resuelto, le resultaba lo mismo. Es verdad que la fatalidad lo ha hostigado a través de tono su camino, y que ha recorrido muchos kilómetros hasta caer en la emboscada, que no estaba puesta para él, precisamente, y se ha salvado de grandes peligros. Pero esto no puede ser sino el prólogo del drama que adviene inminente, pues lo ha de comenzar a vivir pronto. Pronto, porque va a amanecer. Le fortalece la esperanza de llegar a salvo al lugar de su destino. Si cae, nadie sabrá el final, cuál ha sido su destino. Si muere, mejor es morir en la calle, en plena calle, bajo el fuego de rifle de los escoltas del penal. Morir, le es indiferente. Pero no quiere que sea antes de cumplir la misión para que fué encogido. Morir, sí: después de cumplir su deber. Por ésto lo arriesgará todo...

Su compañero es, también, hombre resuelto. Tiene veintidós años y se llama Raziél. La noche antes lo habían ingresado allí, después de una raza que hizo la policía contra los centros comunistas de la ciudad, cuando precisamente se preparaba una huelga formidable en todas las fábricas de azúcar.

Hay que marcharse antes del relevo de los centinelas. La guardia recién entrada al servicio estará vigilante en los primeros momentos. Cuando se aburriese y comenzara a mermar la vigilancia, habría amanecido. Es necesario apresurarse.

Beytia y Raziél miran atentamente al centinela. El hombre se pasea de esquina a esquina, lenta, cansadamente. Cada vez (Pasa a la página 48.)

EL BOXEO Y SUS PROBLEMAS

Urge que se tomen oficialmente amplias medidas para evitar la muerte de un deporte que presta grandes beneficios. Un ruego al Honorable Secretario de Gobernación.

por ADOLFO FONT



Johnny Cuthbert, campeón peso ligero, de la Gran Bretaña, aparece "knocked-out" sobre la lona. Su vencedor y nuevo campeón ligero es "Tiger Humery", que mira la escena desde una esquinera neutral.

Hace más de cuatro meses que el boxeo profesional cubano no sólo palpa los sinsabores de la situación económica nacional, sino también la carencia de una directriz que lo encauce por un sendero de admirables éxitos. Es cierto que los señores Nin Rodríguez y Rodríguez Barquín, Secretario y Tesorero respectivamente y únicos oficiales autorizados por el Honorable Secretario de Gobernación para regir dicho deporte en Cuba, realizan una labor en su pro, pero aun cuando multiplican sus esfuerzos no logran obtener los beneficios todos que el sport exige para su mejor desarrollo y desenvolvimiento. Nin y Rodríguez Barquín, puede decirse sin ambages alguno, son los más entusiastas promotores de toda idea que tienda a inyectarle vida al deporte de los puños, pero ninguno de los dos puede extralimitarse en sus funciones en cuanto a la parte reglamentaria se refiere y, ante ese obstáculo insuperable, se mantienen al margen de los acontecimientos, esperando de que muy pronto, mañana o pasado, reconquistará el organismo a que pertenecen la más completa normalidad.

La mayoría de los fanáticos y críticos del boxeo opinan, con sobrada razón, que la Comisión necesita un nuevo y rápido cambio que le brinde al deporte mayores beneficios. La mayoría opina, además, que puede reducirse, considerablemente, el número de Miembros que forman dicha entidad y que los mismos deben escoger entre los "sportsmen" más condecorados y entusiastas.

Varias candidaturas han presentado distintos compañeros de la prensa y todas basadas en el sentido indicado anteriormente. Porque en la práctica se ha podido comprobar que el número no hace al caso y sí las características que deben presentar todos los señores que, con innegables méritos, se prestan a cooperar, con entusiasmo y valor, al definitivo triunfo del boxeo, deporte que por distintas causas ha tomado el puesto que hasta hace pocos años le pertenecía, con todos sus derechos, al Base-Ball Profesional. Es cierto que el señor Secretario de Gobernación se absorbe en la actualidad en la solución de problemas de vital importancia para la vida ciudadana, pero no es menos cierto que el Sub-Secretario del ramo, nuestro querido amigo el señor Enrique Fernández, es un deportista cien por ciento, que conoce quién es quién en los deportes en Cuba y que por tanto podría brindarle una cooperación rápida y halagüeña a los obstáculos que impiden que el boxeo reconquiste su pérdida vitalidad.

Una lluvia de impuestos cae sobre el deporte, lo atosiga y lo

ensadena sin piedad. Cualquier cooperación oficial, después de efectuado un detenido estudio sobre la materia, reduciría de manera considerable los obstáculos que a cada paso se presentan a los promotores que no pueden encontrar una fórmula viable para celebrar veladas sin que éstas no resulten raídas fracasos económicos.

En las fiestas amateurs, que se recaudan, cuando más, cien dólares, los impuestos de diversas índoles ascienden a más de un veinte por ciento de la entrada bruta. En las veladas de profesionales, un estore por ciento es la cuota impositiva señalada.

Resulta de todo punto imposible, pues, efectuar fiestas boxísticas de primer orden, ya que los boxeadores de altas categorías no aceptan pelear por una bolsa insignificante y dejan para una mejor ocasión, que quién sabe si se prolongará muchos meses aún, su reaparición ante los fanáticos.

Este retraimiento de nuestras primeras figuras del ring no sólo irroga lamentables perjuicios, sino que al prolongarse muchas meses causará el natural desaliento o la retirada definitiva del ring de un nuevo grupo de boxeadores que no pudieron lograr los beneficios artísticos y económicos que gozaron las estrellas de antaño, los pugilistas que, por recibir una buena remuneración por sus servicios, desarrollaron y perfeccionaron sus conocimientos al extremo de ser conceptuados en el mundo entero entre los mejores de sus divisiones.

Una sola firma del señor Secretario de Gobernación, le brindará al Boxeo nacional beneficios miles, ya que la misma servirá (Pasa a la página 50.)

Engaño: **SELLO LAZO INSTANTANEO**
Al pensar en su salud, recuerde que no sólo las pastillas son ácidas, hay Sellos Imitando siempre al famoso que tienen ácidos y acaban con su estómago.

Nuestro Reporter recoge:
"El papel moneda está ya decidido...."
 " PUEDE VD. DECIR...QUE CON EL "ROLLO AQUEL
 QUE SE FORMÓ AQUI.....HAREMOS PAPEL-MONEDA"



Cor Despuig ne

"necesitamos papel...
 porque aprietan
 nuestras necesidades"



Aurelio Alvarez

¿ CON UNAS CUANTAS LIBRAS DE PLOMO
 Y UNAS CUANTAS BOBINAS DE PAPEL
 HEMOS HECHO.....



¿ Un periódico, señor Zarbo?
 ¿ NO...! UN GOBIERNO AUTÉNTICA
 MENTE REVOLU
 CIONA
 RIO!!!

GUSTAVO.

A la Hora en que la Prohibición Cesó



Esta plama recoge varios aspectos del momento en que en los EE. UU. entró en vigor la absoluta abolición de la famosa Ley Volstead. En todas partes hubo hincos júbilo, en todas partes hubo manifestaciones de alegría no faltando las que enterraron al "Señor Seco" y las que brindaron junto a la simbólica estatua...

(FOTOS INTERNEWS)



jamones
FERRIS

FAMOSOS
DESDE 1836



JAMONES PEQUERITOS, ESPECIALES PARA FAMILIAS
Compare el sabor de este exquisito jamón con los de otras marcas.



ES LA PRUEBA
MAS
CONVINCENTE



EL PLAN CHADBOURNE: NUESTRO CANCER SOCIAL

(Viene de la Pág. 26.)

hacendado que está anulada, se hace ahora en realidad al administrador de un ingenio, perfectamente irresponsable de sus actos, y de quien no depende el desenvolvimiento del ingenio, sino de los organismos oficiales que tratan de regular la industria, y se han abrogado las facultades de un Tribunal Supremo. Y en esas condiciones de irresponsabilidades y de falta de garantía moral y material, no hay quien preste dinero durante el tiempo muerto.

En lo que respecta a las pignoraciones sobre azúcares elaborados existentes en almacén, es poco deseable prestar dinero sobre una prenda cuyo carácter de absoluta negociabilidad ha sido devirtuada. Esa prenda está sujeta a incautaciones,

a embargos sobre exportaciones, a embargos forzados, dentro de un tiempo determinado, a mil reglamentos, en fin, que constituyen verdaderos atentados al derecho de la propiedad que los organismos azucareros oficiales de tiempo en tiempo dictan para beneficiar a los intereses personales de aquéllos que los rigen. En esas condiciones no hay nadie que quiera sacar dinero bueno y sano de su caja para prestarlo sobre azúcares, cuya negociabilidad y disponibilidad puede fluctuar, disminuir y hasta convertirse en cero por virtud de manipulaciones más o menos interesadas.

No sé de ningún hacendado que haya tenido facilidad para financiar su zafra en tiempo muerto, mientras han prevalecido estas medidas artificiales. En cambio, siempre que ha habido libertad de acción

y que cada uno ha podido hacer con lo suyo lo que mejor ha convenido a sus intereses, nunca ha faltado ni faltará financiamiento para las labores del tiempo muerto o la recolección de la zafra. Cuálquier banquero competente y honrado puede dar fe de lo que antecede.

Hay un argumento que falazmente se utiliza y es el de que se ha perdido tanta caña por haberla dejado sin cortar, que existe muy poca de ella en pie en los campos, y que por lo tanto, igual zafra haríamos con restricción o sin ella. Aún suponiendo que esa aseveración fuese cierta, ella redundaría en favor de nuestros argumentos, ya que si el montante de la zafra fuese el mismo en una forma u otra, entorpecidos por esa maraña de medidas artificiales, tendríamos todos los inconvenientes de una zafra sin limitación, si es que alguno tiene, sin beneficiarnos con las ventajas indiscutibles de una absoluta libertad de acción.

Hay otros que aseveran que tan mal estaríamos o hubiésemos estado sin medidas artificiales como con ellas. Aceptando esa tesis, aunque nada más que para discurrirla, forzoso es confesar que si vamos a estar mal en ambas formas, es preferible estar pobres y arruinados, pero libres, que ser pobres y arruinados, y además sujetos, como estamos hoy día, al yugo de una parte de la banca extranjera. Además, con libertad de acción hubieran desaparecido aquéllos que por ley natural tenían y tienen que desaparecer, y no hubiésemos mantenido como mantenemos cadáveres insepultos que enarrecen y contaminan el ambiente. Esta tierra que debiera ser libre económicamente, y feliz en todo sentido, se ha convertido en tierra maldita de ruina y explotación.

Otra de las objeciones favoritas de los interesados en mantener estas medidas artificiales, porque les beneficia en sus intereses particulares, ya sea porque no tienen caña suficiente para cubrir su cuota o porque se agencian para disfrutar de una cuota adicional de azúcar eludiendo en esa forma todos los rigores de nuevas restricciones, es que el Gobierno Americano insiste en que se mantenga este Plan, como esencial para el sistema de cuotas azucareras que ellos se proponen implantar en su país, en conjunción con Cuba. Nada se aleja más de la realidad. Tenemos informes fehacientes, de fuente que no deja lugar a dudas, en que se nos aclaró de una manera terminante que el Gobierno americano no tiene el menor interés en que aquí se siga o no se siga por este perjudicial sendero de las medidas restrictivas. Y, que además, cualquiera que sea la resolución del Gobierno cubano, en lo que respecta a nuestra política azucarera exterior en nada ha de afectar ésta al criterio que ya aquel Gobierno tiene completamente formado con respecto al trato que se dará en los Estados Unidos a los azúcares de Cuba. Todo esto es fácilmente comprobable por aquéllos que tengan la curiosidad o la manera de investigarlo. Los únicos que quizás puedan estar interesados en que Cuba continúe su política suicida son los productores domésticos americanos, ya que a ellos conviene sobremedida que Cuba desaparezca cuanto antes y de una manera definitiva como país productor de azúcar. Creemos haber demostrado cuáles son los procedimientos de "Caballeros" con que nos avastaron a este atolladero sin salida en que ahora nos encontramos.

Existen otros señores que, aunque convencidos de la ineficacia y hasta de los perjuicios de estas medidas artificiales, y principalmente del Plan Chadbourne, dudan de si es éste el momento más oportuno para cortar definitivamente todas estas amarras. A un cáncer hay que extirparlo so pena de que si se lo deja tomar cuerpo mine tan completamente la resistencia del

(Pasa a la Pág. 47.)

EL PLAN CHADBOURNE: NUESTRO CANCER SOCIAL

(Viene de la Pág. 46.)

individuo, que cuando venga a hacerse la operación ésta resulte fatal para el enfermo. A grandes males, grandes remedios.

El momento más oportuno para descender de un andamio que bambolea y se derrumba, es cuando está más próximo al suelo, y como los precios de los azúcares están tan por debajo de su costo de producción, muy poco más pueden declinar. Por otra parte, la cantidad de azúcar de Cuba que se ofrecería en el mercado a principios del año entrante sería poco más o menos la misma, ya continúe en vigor el Plan Chadbourne o se permita la libre producción y exportación del azúcar. Todos convienen en que por deficiencias de cañas, falta de recursos, dificultades obreras y otras causas, la zafra próxima a recolectarse no será nunca mayor que la que se fije por los organismos que regulan artificialmente la producción y como a principios de 1934, quedarán liberadas las 350 mil toneladas del reciente "Pool" las disponibilidades para Estados Unidos y Europa serán prácticamente las mismas en uno u otro caso. Pero aun cuando bajarán los precios momentáneamente, insignificante sería el daño que en estos momentos esa baja causaría a la economía nacional, toda vez que son pocos los azúcares que actualmente se encuentran en existencia en almacén en Cuba en manos de nacionales; y para cuando hubiésemos comenzado a moler el año entrante, ya los efectos depresivos causados por la primera impresión psicológica del abandono total de las medidas artificiales habrán desaparecido. En cambio, si causaríamos serio y grave perjuicio a los productores de remolacha que actualmente se encuentran recolectando su zafra en los Estados Unidos, y en el Continente europeo, perjuicios que, indiscutiblemente habrían de redundar en definitiva en menores siembras el año entrante, con lo cual quedaría más que compensado el perjuicio que sufrirían los tenedores actuales de azúcar en el territorio nacional.

Con el fin de orientar la opinión pública, y al mismo tiempo hacer sus recomendaciones al Ejecutivo, se ha constituido un Comité integrado por todos aquellos sectores de la vida económica de Cuba, que se sienten afectados tan intensamente en sus intereses, por este ciclo de medidas artificiales que se han impuesto al país en general, sin consultársele y sin tener en cuenta su bienestar económico ni su porvenir.

En este Comité se encuentran representaciones autorizadas de las Corporaciones Económicas, Cámaras de Comercio, Asociación de Industriales, terratenientes, colonos, hacendados, compañías de transporte, clases profesionales, etc., y constituye, en fin, un corte seccional de todo lo que puede clasificarse como fuerzas vivas de Cuba, incluyendo los obreros que son los más perjudicados por estas medidas que les han impuesto a la fuerza, sin previa consulta y sin su anuencia, y piden a viva voz, como ya lo vienen haciendo, que se les dé trabajo para todo el año.

La situación actual del problema en este momento es la siguiente:

De un lado todas las fuerzas vivas del país, sin excepción: Esto es, las clases obreras, las clases económicas, y las clases profesionales, piden una zafra libre, absoluta libertad de contratación y de exportación, la devolución a cada uno de lo que es suyo y la libre administración de sus bienes, y seguramente estos 4,000,000 de habitantes que pisan todos en la misma forma no pueden estar equivocados.

Del otro lado, tenemos a un grupo pequeño de hacendados, algunos interesados y otros equivocados, y alguna institución extranjera, que pretende que el pueblo de

(Pasa a la página 50.)

PASTA Dental GRAVI

RAZONES QUE ACONSEJAN EL USO DE LA PASTA "GRAVI"

Aumenta la blancura y brillantez de los dientes sin dañar el esmalte y deja una sensación agradable en la boca.

Hace desaparecer el mal olor, que producen las encías supuradas, las endurece y les devuelve su color natural. Actúa de manera eficaz, en el inicio de la piorrea.

En los casos de encías inflamadas, supuradas y sangrantes y dientes flojos, la PASTA GRAVI es la única que actúa rápida y eficientemente.

LABORATORIOS "LA CENTRAL"

JOVELLANOS.—CUBA.



Deliciosa y
Antiséptica

HERMANOS

(Viene de la Pág. 42.)

sus pasos son más pesados e inseguros. Sus demoras, recostado a una de las garitas, más prolongadas. Se advierte que el ruido del sueño, ha entrado al servicio a las doce de la noche, y en el reloj del templo lejano acaban de dar las campanadas de las cinco.

El centinela, otra vez, deja de palear. Se arrima a la garita y descansa el rifle contra el muro. Se ajusta el cuello del capote. Bajo la madrugada, envuelta en neblina, en silencio y el vaho lunar, espera el relevo. Insensiblemente se va quedando dormido... Un sopor invencible cierra sus párpados fatigados. Enfrente, el arrabal oscuro. Detrás, la ciudad salpicada de puntos luminosos, emerge opacamente de entre las nieblas del amanecer inminente. De pronto, sobresaltado, abre los ojos, mira en derredor. Y como persisten la quietud y el silencio, los vuelve a cerrar irresistiblemente.

Beytia y Ruziel miran nuevamente al centinela. No les hace falta más que unos segundos de tiempo para llegar, arrastrándose, hasta el muro, a espaldas del centinela. Cabalgar sobre la muralla; y luego, colgados de las manos, dejarse caer suavemente a lo largo de la pared. Por aquel lado el anecho foso se interrumpe para dar paso a un camino que a su terminación orillará el penal. El suelo, de arcilla blanda y removida, será piadoso para sus huesos de gimnastas, en la caída violenta desde lo alto de la muralla.

Los prófugos, ya en el borde del muro, ven ante sí el ancho panorama iluminado a instantes por la luna. Las azoteas de las casas lejanas, blancas en la noche. Las luces amarillas de las avenidas en lontananza. Y la sombra de los espacios rústicos, que habrá que atravesar a ciegos, bajo los proyectiles de la guardia sorprendida.

Al mismo tiempo, los dos se dejaron caer.

En la ciudad, de pronto, se ha roto el silencio. Un explosivo poderoso, colocado en el centro del barrio comercial, ha estremecido, al explotar, los mismos muros del Palacio de Gobierno. Cabalgando en el aire, han llegado las vibraciones del estallido hasta el último rincón del penal. Una llovizna finísima cae sobre la ciudad. El centinela, en la inconsciencia de su débil sueño, ha oído también. Abre los ojos, mira hacia la ciudad en sombras, manchada de opacos resplandores, y luego en derredor. No hay novedad. Luego, cuando se inclina sobre el muro, ve dos sombras correr hacia el arrabal próximo...

Se echa el fusil a la cara. Las sombras huyen, agazapadas. A unos cuantos centenares de metros está la salvación. Allí comienza la primera fila de casas, las calles oscuras y las arboledas sonámbulas.

Del muro parte, sonoro, un ¡alto! lleno de angustia.

Los fugados corren desesperadamente. —¡Alto! ¡Alto!

El centinela está invadido de un terror confuso. Ahora es él quien está en peligro de muerte. Si aquellos hombres escapan... No le gustaría morir ahogado en una celda, sospechoso de complicidad con los fugitivos. Y todo esto a una hora del relevo. Los oficiales y tal vez hasta sus mismos compañeros lo acusarían. No tiene más remedio que hacer fuego.

Inmensa bajo la noche era su angustia desesperada. Los dos bultos huyen ante él, allá abajo, y él no puede detenerlos. Porque le tiemblan las manos apoya el rifle en un saliente de la garita. Apunta cuidadosamente. Y hace fuego...

De todas partes del castillo surgen hombres con el fusil en alto. Desde todos los puntos de vigilancia brotan fegonazos. Las

detonaciones se multiplican. Sobre el estruendo de la fusilería, dominándolo todo, lejos, entre la sombra que se espesa en la distancia, un alarido parte hacia el penal. El centinela monta sobre el muro, carga otra vez el fusil y se deja caer. Va sobre el rastro de los fugitivos. Todo ha quedado, de nuevo, en silencio.

Ruziel, que no está herido, huye definitivamente, hasta quedar fuera del alcance del centinela. Se lleva las instrucciones de su compañero de evasión. Beytia, con una pierna rota, ha caído. Ahí yace, pequeño y encogido, como una mariposa que ha plegado sus alas.

¡Beytia! ¡Ernesto Beytia! Cuando el centinela, detrás del cual vuelan sus compañeros corriendo y disparando sus rifles oye la voz del fugitivo herido, inmóvil y pidiendo que lo rematen allí mismo, abre los ojos desmesuradamente, se le ocha sobre los hombros y huye con él, perdiéndose en la noche.

Era su hermano...



Porque—

1. El Aceite 3-en-Uno es una mezcla sin igual de:
 1. Aceite animal.
 2. Aceite vegetal.
 3. Aceite mineral.

2. El Aceite 3-en-Uno
 1. Lubrica todos los mecanismos fríos.
 2. Limpia el motor y consolida de las partes de metal.
 3. Limpia, preserva, lubra y pule las superficies de metal y madera labrada.

3. El Aceite 3-en-Uno
 1. Es el aceite de peso liviano más puro que se fabrica.
 2. Tiene cientos de aplicaciones y produce mejores resultados que ningún otro aceite.
 3. Hace que su dinero rinda más.



THREE-IN-ONE OIL CO. Nueva York, E. U. A.

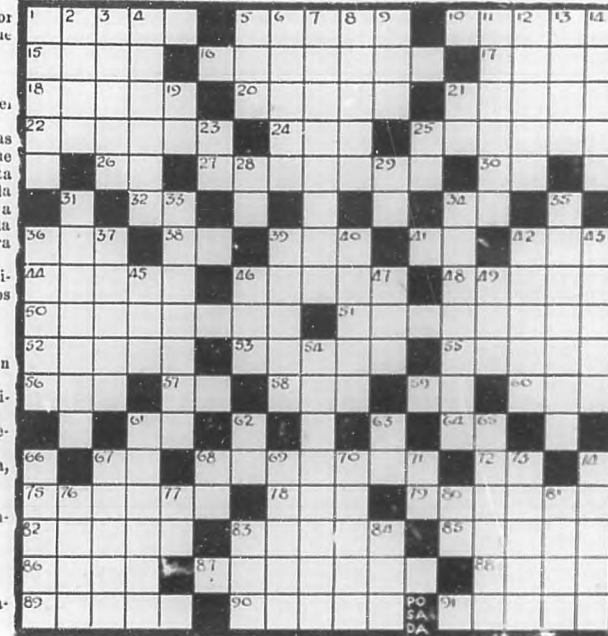


El tiempo

CRUCIGRAMA

HORIZONTALES

- 1.—Físico italiano, inventor de la pila eléctrica que lleva su nombre.
- 5.—Del verbo tapar.
- 10.—Obstinado, testarudo.
- 15.—Lago de América del Norte.
- 16.—Nombre de tres guerras entre Roma y Cartago, que causaron la ruina de esta última. Tuvieron efecto, la primera en los años 264 a 241 a. de J. C., la segunda de 218 a 201 y la tercera de 149 a 146.
- 17.—Personaje bíblico considerado como tronco de los moabitas.
- 18.—Clase de tela.
- 20.—Comarca de Arabia.
- 21.—Eclesiástico de orden menor.
- 22.—Pronombre demostrativo.
- 24.—Río de España, costanero del Mediterráneo.
- 25.—Arbol de fruta carnosa, muy agradable (pl.)
- 26.—Símbolo del sodio.
- 27.—Parte anterior del templo antiguo.
- 30.—Artículo.
- 32.—Dios egipcio del sol.
- 34.—Negación.
- 36.—Yunque pequeño de plateros.



- 82.—Afluente del Orinoco.
- 83.—Reproducción exacta.
- 85.—Ave.
- 86.—Situada.
- 87.—Archipiélago holandés de la Malasia (Oceania).
- 88.—Percibir por el olfato.
- 89.—De naturaleza de hueso.
- 90.—Habitar.
- 91.—Planta de flores rojas.

VERTICALES

- 1.—Lago de Suecia que desagua en el Cattgat por el Gota.
- 2.—Del verbo orar.
- 3.—Clase de tela.
- 4.—Hacer testamento.
- 5.—Río de Venezuela que desemboca frente a Río Chico.
- 6.—El pico más elevado de los Pirineos españoles que está en la montaña cuyo

- nombre es: (Véase la solución del 51 horizontal.)
- 7.—Polvo que se usa como condimento.
- 8.—Sitio destinado a los peatones.
- 9.—Apócope de santo.
- 11.—Disco que se mueve alternativamente en el interior del cuerpo de bomba o del cilindro de una máquina.

- 12.—Dícese del caballo de pelo mezclado con los colores blanco, gris y bayo.
- 13.—Del verbo catar.
- 14.—Grueso.
- 18.—Ciudad de Galilea de donde salieron los hebreos bajo la dirección de Abraham.
- 21.—Preposición inseparable.
- 23.—Associated Press (inic.)
- 25.—Moneda de cobre romana.

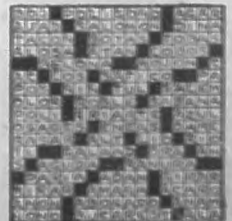
- 28.—Nota musical.
- 29.—Pronombre.
- 31.—Cuerpo de eclesiásticos de una iglesia.
- 33.—Armario generalmente para guardar víveres.
- 34.—Pueblo de África Austral, una de las ramas principales de la raza hotentota.
- 35.—Exceso, abundancia.
- 36.—Taberna.
- 37.—Región del Asia Menor.
- 39.—Cuarta parte de un kilate en las piedras preciosas.
- 40.—Adjetivo.
- 42.—Diosa griega del pensamiento.
- 43.—Embuste, trampa.
- 45.—Artículo (pl.)
- 46.—Agarradera.
- 47.—Río pequeño de la Coruña (España), que desemboca en el Miño.
- 49.—Una de las islas del archipiélago de las Orcadas.
- 54.—Ciudad de la Indochina inglesa de gran importancia.
- 61.—Mitra, insignia de la autoridad suprema del papa (pl.)
- 62.—Verbo.
- 63.—Artículo.
- 65.—Que contiene tres cosas distintas (pl.)
- 66.—Del verbo amasar.
- 67.—Principal autor de la revolución que expulsó de Roma a los Tarquinos e instituyó la República.
- 68.—Pronombre personal.
- 69.—Dios griego y romano de la poesía de las artes y de los oráculos.
- 70.—Departamento de Chile.
- 71.—Preposición inglesa.
- 73.—Nombre de mujer.
- 74.—Mes del año.
- 76.—Divinidad adorada bajo la forma de buey.
- 80.—Dios del mal.
- 81.—Río de Alemania.
- 82.—Hijo de Noé.
- 84.—Río de Suiza.

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

Al Comprímido: **TRESILLO**

A la Matritica: **RATON — NOTAR**

Al Crucigrama:



COMPRIMIDO

Animal G EN LOS ARBOLES

PELUQUERIA FRANCESA

TEMPLO DEL PERMANENTE CON CINCO LIQUIDOS ESPECIALES PARA CADA CABELLO. LOPEZ, REY DEL PERMANENTE INDUSTRIA 119, AL LADO DE "CAMPAÑOR".



La Leche Malteada de Horlick

Alimento ideal para los Niños



Haga que sus niños tomen Leche Malteada de Horlick con y entre las

comidas. Los hará más resistentes contra las enfermedades y más fuertes para soportar sus estudios y sus juegos.

LA LECHE MALTEADA DE HORLICK suple los elementos necesarios para formar huesos y músculos fuertes y dientes sanos. Es un alimento seguro y de preparación sencilla. Se envasa en frascos sellados para protección del consumidor. Consígala en su botica o tienda.

BROMO-SELTZER

PARA DOLORS DE CABEZA
En uso desde 1889

Alivio rápido y seguro para Dolores de Cabeza y Neuralgias. Una sola cucharadita basta generalmente para quitar el dolor. No deprime, no afecta al Corazón ni a los Riñones. Representante: I. Sánchez Leal.—Habana.



EL AMIGO

por
Raymond Genty

En la lancha que los conducía a Saint-Cloud, Pablo y Lucía charlaban, mientras seguían con la vista las chalanas y los remolcadores.

El agua cabrilleaba bajo el sol. Los árboles reverdecidos orlaban la ribera como una cinta nueva.

Lucía exclamó alegremente:

—¡Qué tiempo tan lindo!

—El cielo primaveral es delicioso—dijo Pablo.

—¿No vas hoy a la oficina?

—¿Yo?... No.

—¿No te perjudicas abandonando así el trabajo?

—No. El jefe principal es buen amigo mío.

—Además, no tengo derecho a reprocharte nada, puesto que yo no voy al taller.

—¿Has avisado?

—Sí; dije que estaba enferma.

—Con tal de que no se enteren...

—No importa. De cuando en cuando, conviene una escapada como ésta para reconfortar el espíritu. ¿No es cierto, querido?

Se oyó un ruido de timbres que impuso silencio al gruñido persistente del motor. La barca se deslizó sobre el agua tranquila y fué a detenerse junto al pontón. Recogió nuevos pasajeros y volvió a partir.

—¿Almorzaremos en Saint-Cloud?—preguntó Lucía.

—Sí... Yo conozco un restaurant magnífico.

—Sobre todo, no cometas locuras.

—No, no... Me han pagado ciertos trabajos extraordinarios.

—Sin embargo, me parece que podemos comer muy bien en un pequeño restaurant. Más que nada, lo que me interesa es estar juntos... Lo demás importa poco.

—¡Mi adorada Lucía!

Ella le ofreció sus labios, y se besaron en público, con la encantadora inconsciencia de los amantes felices.

Afortunadamente para el pudor ajeno, la lancha pasó en aquel momento bajo el arco de un puente.

Una frescura de remanso ascendió del agua gris que se agitaba alrededor de los pilares.

Poco a poco, las márgenes parecían ensancharse.

Detrás de la tenue humareda de las fábricas, se dibujaban las vértebras floridas de las colinas.

—¡Qué precioso es el campo!—exclamó Lucía, para quien un follaje cualquiera representaba toda la naturaleza.

Pablo se echó a reír.

—Entonces, si vieras el mar, ¿qué dirías?

—¿Tú? ¿has visto?

—Con mucha frecuencia. Estoy acostumbrado a verlo desde mi infancia. Mi familia vivía en Bretaña.

—¿Y la montaña?

—¡Ah!... La montaña es otra cosa. Pero es igualmente bella.

—¿Has estado en ella?

—Sí... es decir...

—Entonces, has viajado mucho.

—He sido viajante de comercio durante dos años.

—No me lo habías dicho.

—Ya hemos llegado... Baja pronto... Embriágate de verdor y de poesía campestre, palomita de París.

En realidad, Pablo Bonnet no era empleado bancario ni había sido viajante comercial. Era hijo de un banquero millonario y había conocido en la calle a aquella linda modista.

Aquel día, Pablo llevaba un traje bastante sencillo que no denunciaba su posición de joven riquísimo, provisto de cuantiosas rentas.

Vió a Lucía y la siguió. Ella trotaba por la acera, con una caja de cartón al brazo y una flor en los labios. Le dirigió la palabra, la acompañó, la invitó a comer para el día siguiente, conservando una estricta discreción y ocultando su verdadera personalidad.

¿Por qué tanta reserva?

Pablo estaba cansado de sus amores con damas de importancia; estaba hastiado de amantes enojadas y de seosas de exhibición. Su corazón palpitaba anhelante de sentimentalidad. Y había encontrado en Lucía la intérprete ideal de sus ensueños románticos.

Lucía tenía unos ojos luminosamente azules como un cielo de primavera, un rostro encantador y una meina de tonal de oro.

Cuando, en el momento de las confidencias, Pablo declaró que se llamaba Pablo Darmel y que estaba empleado en un banco.

Ella contó su sencilla historia de muchachita humilde y su aprendizaje en la casa de modas Solange F.rise.

El amor de aquellos dos jóvenes estaba coloreado de un romanticismo probablemente de otra época, pero que era de una extraordinaria emoción para Pablo.

Por primera vez, Pablo se sentía amado, sin la pesada aureola de su fortuna. Había olvidado su pasado y entraba en una nueva era. Adoraba a Lucía como si fuese una diosa, una diosa que había transformado su vida.

Sin embargo, aquella noche, después de su escapada a Saint-Cloud, se reprochaba interiormente su egoísmo.

—Yo quiero ser amado por mí mismo y no por mi dinero—se decía—. Pero no debo permitir que Lucía soporte los inconvenientes que implica esa aspiración. Ella es encantadora y es sincera, dos cualidades que se hallan raramente unidas. Por otra parte, no puedo revelar mi verdadero nombre sin arriesgarme a comprometer la idealidad de nuestro amor. Es preciso lograr que reciba el dinero bajo la incógnita de un pseudónimo. Sí... ¿Pero cómo? ¡Ah!... Se me ocurre una idea...

Descubrió el receptor del aparato telefónico.

—Alló... Montesquieu 23-48... ¿Eres tú, Rodolfo?... ¿Estás libre esta noche? ¿Puedes venir aquí?... Bueno... Te espero... Hasta luego.

Pablo encendió un tabaco y se extendió sobre un sofá.

Veinte minutos más tarde, Rodolfo Venal entraba en el estudio de su amigo.

—¿Qué te pasa? ¿Me necesitas?

—Sí.

—Tu llamada telefónica me ha inquietado... ¿Se trata de un asunto grave?

—Quítate el abrigo, coge un tabaco, toma algo y escúchame...

—Está bien. Estoy a tu disposición.

—Voy a contarte una historia inverosímil... No te sonrías... Después sabrás lo que espero de ti.

Pablo le hizo el relato de su encuentro con Lucía; le manifestó su deseo de ocultar su nombre y su situación; habló extensamente sobre los inconvenientes que



implicaba su propósito de permanecer ocultando su verdadera personalidad.

—Como comprenderás, es un asunto muy delicado—le dijo a su amigo—. No quiero desgarrar el velo que me envuelve. Si pongo por escrito que he recibido una herencia, me convierto en un héroe de novela, en el enamorado pobre que se transforma en personaje rico por obra de la Providencia. Y eso no me interesa. Deseo ser amado por mis propias cualidades, pero quiero que Lucía reciba algún dinero... Por lo tanto, he pensado en ti...

—¿En mí?

—Sí, en ti. Debes ingeniar para darme con la necesaria discreción lo que yo no me atrevo a ofrecerle directamente.

—¿Cómo? No he comprendido bien. O mejor dicho, no veo la manera de representar bien mi papel.

—Evidentemente, hay que encontrar la fórmula.

—No es fácil.

—Claro que el problema es complicado, pero existe la posibilidad de solucionarlo.

—No olvides que se trata de un asunto muy delicado, Pablo... Reflexiona.

—Comprendo que es muy delicado; por eso he pensado en ti.

—¿Qué piensas que podemos hacer?

—Me parece que lo más conveniente sería que la vieras, que le hablaras de un admirador desconocido y que le dieras los cheques en nombre de ese admirador.

—No creo que eso sea muy halagador para ti.

—Pero es una manera de probarla después de todo.

—¿Y si resulta?

—Buscaremos otro procedimiento.

—Bueno.

—Entonces... ¿aceptas?

—Acepto por ti, pero es peligroso.

—¿Por qué?

—Porque puede contestarme con un par de bofetadas.

Su Porvenir lo Esta en Usted Mismo



PODEROSO TALISMAN

¿Por qué sufre usted? Pues sufre porque quiere. ¿Sus negocios le van a usted mal? Entonces hay algo oculto que no le deja llegar a usted a la felicidad deseada. Pues yo al ofrecerle mis servicios a los que sufren, es con la seguridad de darles el éxito completo. Resuelva hoy mismo sus dudas y sus contradicciones. Sea feliz; la felicidad existe y el que la quiera la puede obtener. Pues este mundo está lleno de maravillosas felicidades. Para aquellos que relativamente poseen los verdaderos secretos de la India; pues se cuentan por millares las personas agradecidas más; sea usted una de ellas, venga hoy mismo o escríbame por Correo. Los del Interior manden cinco sellos morados.

Para informes gratis también recibirá cartas de todos los países del mundo y le doy contestación en seguida. Con este poderoso Talismán tendrá usted suerte.

Recibo desde las 2 de la mañana hasta las 6 de la noche.

NOTA: Soy el único en Cuba que poseo estos secretos. Tengo la clave para ganar la Lotería, pues muchas veces al saber el destino de uno, es la causa directa de la felicidad. Éxitos Garantizados.

MARIO DOUBAL

CRESPG, 27, BAJOS,

Entre Colón y Trocadero.—Habana.



Practique la costumbre de regalar flores del jardín EL CLAVEL, que florecen con un sello de bonanza y belleza que nadie hasta ahora ha mejorado en Cuba. Nuestros precios económicos están al alcance de todos.

Se orden puede hacerla por teléfono

ARMAND Y HNO.

MARIANO.

TELEFONOS: FO-7029, FO-7030,

FO-7037, F-3667.

BIBLIOGRAFICAS



José A. Giral, estimado compañero en el periodismo, que acaba de poner a la venta la segunda edición de su interesante folleto de actualización "La Supresión de la Enmienda Platt". "La Supresión de la Enmienda Platt" contiene una serie de datos históricos acerca de las relaciones entre los Estados Unidos y Cuba así como la demostración de que esa cláusula transitoria puede y debe ser suprimida de nuestra Constitución. El señor Giral sirve ejemplares de este folleto, por correo, al recibo de doce centavos en sellos o en giro postal, enviados a su dirección, San Julio letra E, entre Santos Suárez y Santa Emilia.

José Heriberto López, distinguido escritor venezolano, que acaba de dar a la publicidad su obra "Veinte años sin Patria", en la que hace una verdadera historia panfletaria de los dos tiranuelos más feroces de la América Hispana: Juan Vicente Gómez y Gerardo Machado. Esta obra, de más de trescientas páginas, escritas con amenidad y expresión sincera, presenta al mundo las dos figuras más sombrías de la época actual y con ellos a sus amigos y colaboradores. Este libro, que ningún hombre que ame la Libertad debe dejar de leer se sirve por correo, al precio de \$1.25, franco de porte, enviando los pedidos a Jorge Borge, Gervasio 88, altos, Habana, Cuba.



Manuel I. Mesa, miembro distinguido del Magisterio nacional, que acaba de editar un texto de Historia de Cuba, adaptado al Programa de las escuelas de la "Asociación de Dependientes del Comercio de la Habana", contenido de todo el proceso histórico de Cuba, desde su descubrimiento hasta nuestros días, incluyendo la caída del Machado. El texto del señor Mesa, se encuentra a la venta en las más acreditadas librerías de esta capital, al precio de un peso el ejemplar. Se sirven pedidos por correo.



Pepín Verdecia había caído en desgracia en el corazoncito de Cuquita Montes. Después de un año de relaciones, Cuquita le devolvía sus cartas juntas con una misiva en la que además de retirarle el tuteo le decía entre otras cosas: "Ud. no es el elegido de mi corazón. A tiempo le he descubierto y es mejor que le sea franca. Dirija la nave de su amor a otro puerto".

En esta ruptura había una causa que precipitó los acontecimientos: la llegada de un nuevo vecino que habitaba frente al balcón de Cuquita; se llamaba Juanete Y. Mendizábal. Juanete, ante los ojos de Cuquita, era un varón aventajado: ancho de espaldas, cara cuadrada y sanguínea y puños robustos, que al decir de Pepín parecían dos bonitos. Aquel Juanete que le prestaba novelas sentimentales y la-crimogénicas, si que le había hablado al alma. Pepín, flaco y de cara triangular y verdosa, era un pelmazo que acabó por aburrirse hablándole eternamente de su ideología. La novia nunca pudo darse cuenta exacta de qué cosa era aquello de la ideología, si una sociedad secreta o un nuevo partido político. Además, el de la ideología era descuidado en el vestir y no muy aseado, no tenía empleo; mientras que Juanete tenía un puesto en la Secretaría de Gobernación, iba siempre cuidadosamente afeitado y de flamante flus blanco. Juanete y Pepín se despreciaban con todo el corazón. "Ente ahora de la noble acción, hombre sin ideología, turiferario del Tirano", decía el uno; y el otro: "Pepín es un tipo de relación, pero del género peligroso, es un elemento de la oposición y escribe artículos contra Machado. Pero ya le llegará su hora, al fin lo enjaularán." Un día Pepín hizo imprimir una hoja suelta firmada, cuyo título era: "Los Cien Nombres del Verdugo", en donde llamaba a Machado: Escorpión Apocalíptico, Calibán, Gargantúa, Dragón del Golfo Mejicano, Hipótamio de las aguas infernales, Gorila Rojo Chacal, Hiena, Tigre de las Antillas, Ojo que se alimenta de recién nacidos, Cometa anunciador del Hambre, de la Lepra y de la Peste, Cocoñilo Interplanetario, Monstruo cuyo nombre al ser oído por las mujeres en cinta, hace que cuera el embrión, Ave carniceira de aliento putrefacto, etcétera, etcétera. Efectivamente, según había previsto Juanete, el de los fuertes epítetos fue enjaulado. Juanete, al saber la noticia, corrió a los cafés a emborracharse, y de esa manera agravar a Pepín y desfogar a su juicio: el más grande de los tiempos modernos.

Varios meses pasó Pepín alojado por cuenta del Estado.

Un Gobierno Provisional había sido constituido. Ya Machado no era presidente. "¡Ya se fué!", exclamaban las gentes por todas partes como si les hubiesen quitado el peso de una montaña que los aplastaba desde hacía años. Camiones de soldados pasaban por las calles siendo vitoreados por los ciudadanos. En automóviles cubiertos por banderas cubanas, iban policías sometidos al Ejército. Los radios aconsejaban: la calma al pueblo. En el Palacio Presidencial—parcialmente saqueado—habían puesto cartones diciendo: "Se aquína". Pronto comenzaron los saqueos de las casas de los miembros prominentes del Gobierno extinto y de sus amantes. Antes del mediodía un camión de soldados que pasó por el Capitolio rumbo al Hotel "Inglaterra", se detuvo de pronto. Hubo un tiroteo. Los transeúntes, sin saber de qué se trataba, huían. Luego se supo que había sido acerbillado a balazos el Jefe de la Porra. Aquello fué como una señal. Entonces comenzó la ca-



EL FIN DE JUANETE

por
Orlando
Ferrer

za de los portistas, alegre y entusiástico bajo el sol de un agosto de los trópicos. En diversas partes de la Capital, multitudes de negros, blancos, mulatos y chinos se empujaban de ir a casa de los portistas junto con soldados del Ejército, éstos armados de rifles. Al que le habían matado el hermano, el hijo, el amigo, al que habían humillado en el Gobierno anterior, tomaba la oportunidad para hacerse justicia por su mano. Automáticamente que le habían en letras grandes las iniciales de los sectores a los cuales pertenecían los que los ocupaban, corrían en todas direcciones. Habían salido ahora como por encanto todos aquellos hombres

jóvenes y estudiantes: los llevaban camisas verdes e iniciales verdes emblemáticas: eran del A. B. C. Otros, iniciados en la escuela de D. E. U. Otros O. C. B. ... Estos también buscaban a otros funcionarios y periodistas de rango, a cambio para arreglar cuentas. Se oía de cuando en cuando un tiro. Por las calles iban hombres del pueblo con botines de las casas saqueadas: libros, espejos, mostranas de escribir, una parte de un piano, platos, tazas... Uno mostraba camisas que juraba eran las de Machado, otro vendía una cartera de cuero y aseguraba ser la de Zubizarreta. En una esquina, un marino mostraba un brazo amputado: según él, era de un portista.

Por la calle Villegas, avanzaba el populacho multicolor y desarrapado: una verdadera jarra. Algunos llevaban ramas de árboles o arbustos desmenuzadas en los jardines públicos. Otros, macetas con plantas floridas producto de algún saqueo. Por las frentes y por los pechos blancos u oscuros corría el sudor.

En las pibas abundaba el churrasco y el olor a sabaquina. Algunos apostaban a hacerse de cocaracha. Pasaron por los portales de las tiendas frente a la iglesia del Cristo en donde los gallegos,

(Pasa a la Pág. 60.)

LA JUSTICIA DE KWAN-SEN

(Viene de la Pág. 51.)

Shaw, y los hombres que sujetaban...

Shaw había recobrado su serenidad. Se mantenía rígido, intrépido, en apariencia.

—¿Qué usted quien mató a mi hijo? Shaw no contestó. Kwan Sen hizo un gesto...

—Ha sido un acto de cobardía. Hoy todas mis excusas por el ataque de que han sido objeto ustedes. He castigado a los culpables. Pero mi hijo ha muerto. E, que lo ha matado es un cobardo.

—Hizo una señal a uno de sus hombres y le dijo unas palabras en un dialecto que Shaw no pudo comprender.

—El que ha matado a mi hijo es un cobardo. repitió Kwan Sen.

—Y permaneceré silencioso durante un momento. Luego continuó: —Yo soy viejo y tengo bastante experiencia y sabiduría. Usted no tiene cosas de

cobardía. Un cobarde no abandona así el santuario para venir hasta aquí a enfrentarse con la muerte.

—¿Qué va a hacer usted ahora? —Voy a vengar a mi hijo,—dijo gravemente Kwan Sen.

Dió una señal a sus hombres y, antes que terminara su frase, el cañón gruñó.

—¿Qué va a hacer usted ahora? —Voy a vengar a mi hijo,—dijo gravemente Kwan Sen.

—Voy a vengar a mi hijo,—dijo gravemente Kwan Sen.

EL ESTUPIDO

(Viene de la Pág. 55.)

Herri no pudo bajar la altura de los pesados ojos.

—Te acercaste a la máquina de escribir, y tu ropa se ensució en el ojo. Eso es todo. Puede ser que primero tenga que mirar, pero no creo que nadie se trete a la máquina de escribir.

—Muy bien, Joe. Jamás podría pensar una idea como esa. Ni siquiera en mil años. Lo más que puedo hacer es estudiar una cosa que haya pensado otro.

—Su voz subió de tono hasta lanzar un grito. Brech intentó saltar. Su cabeza giró para dirigir su mirada final hacia atrás.

CARA A CARA CON LA MUERTE

(Viene de la Pág. 54.)

lito rojo de la trancera de algún vehículo parqueado.

—¿Ya lo visto ya. Pero podemos probar sin dificultad.

El centinela driver no disminuyó la velocidad. Intentó esalar su auto entre el que estaba parqueado y el borde de la senda.

—¿Quien en esos brevísimos instantes, en esas milésimas de segundo, que dura un

facto. Mayor número de veces haya propiciado esos románticos encuentros. Pero ¿quiere usted decirme si alguien que haya estado en íntimo contacto con el fúnebre Rorrope de sus aventuras ha gozado placer, verdadero placer, en su presencia?

—¿Qué extraño es todo eso?... parece absurdo?—sigue diciendo— que una mujer joven, en la plenitud de su juventud, rodeada de halagos, que tiene ante sí un bello camino que hacer, no sienta un horrible temor ante la proximidad de la muerte?

NUESTRO DESEO

Conocimos el relato de Constance Cummings asombrados y a nuestros labios subió la expresión de un deseo. Deseamos que, de ser cierto que ella encarna al gato de las siete vidas, medie entre cada uno de los tres sucesos con la muerte que le faltan para ser venciada, muchos, pero muchos años...

EL FIN DE JUANETE

(Viene de la Pág. 59.)

contentos por la ida del Trano, que tan mala suerte le había traído a los negocios, esperaban tiempos mejores.

—¿Qué dices, Joe? —¿Está escondido?— llegar a los soldados del Ejército y le preguntaron su nombre.

—¿Que dices, Joe? —Jamás podría pensar una idea como esa. Ni siquiera en mil años. Lo más que puedo hacer es estudiar una cosa que haya pensado otro. PERO, exclamó a la vez que empujaba a su socio...

—¿Qué pasa?—nos preguntábamos desconciados, lividos, incoscientos. Los golpes de las pesadas puertas de hierro, al cerrarse, nos dieron la medida de la gravedad de la hora; pero, con excepción del Presidente, ninguno de los que estábamos allí, los oficiales inclusive, sabíamos nada de lo que ocurría fuera del alcance de nuestra vista.

—¿Qué pasa?—nos preguntábamos desconciados, lividos, incoscientos.

—¿Qué pasa?—nos preguntábamos desconciados, lividos, incoscientos.

DIARIO SECRETO DE UN INTIMO AMIGO DE MACHADO

(Viene de la página 7.)

gas de camisa, con el cuello y los puños desabrochados. El pelo le caía, en mechones, en mitad de la frente.

—El capitán Morales—pronunció con voz recia y sin dirigirse a persona determinada de las que estábamos allí.

—¿Dónde está el capitán Florindo Fernández?—preguntó nuevamente Machado, y en seguida: —¿Pongan al Palacio en estado de defensa...

—A las 10.45, se presentó el capitán Florindo Fernández—preguntó nuevamente Machado, y en seguida: —¿Pongan al Palacio en estado de defensa...

—¿Dónde está el capitán Florindo Fernández?—preguntó nuevamente Machado, y en seguida: —¿Pongan al Palacio en estado de defensa...

—¿Dónde está el capitán Florindo Fernández?—preguntó nuevamente Machado, y en seguida: —¿Pongan al Palacio en estado de defensa...

—¿Dónde está el capitán Florindo Fernández?—preguntó nuevamente Machado, y en seguida: —¿Pongan al Palacio en estado de defensa...

—¿Dónde está el capitán Florindo Fernández?—preguntó nuevamente Machado, y en seguida: —¿Pongan al Palacio en estado de defensa...

miento parecido al que había puesto en práctica. Golpes contundentes y zocos retumbaban fuera, en la puerta.

—¿Qué pasa? No sabemos nada.

—¿Qué pasa? No sabemos nada.

—¿Qué pasa? No sabemos nada.

—¿Qué pasa? No sabemos nada.

—¿Qué pasa? No sabemos nada.

—¿Qué pasa? No sabemos nada.

—¿Qué pasa? No sabemos nada.

—¿Qué pasa? No sabemos nada.

Los segundos me parecían una eternidad. Me ganaban impulsos de golpearle la cabeza.

—¿Qué pasa? No sabemos nada.

—¿Qué pasa? No sabemos nada.

—¿Qué pasa? No sabemos nada.

—¿Qué pasa? No sabemos nada.

—¿Qué pasa? No sabemos nada.

—¿Qué pasa? No sabemos nada.

—¿Qué pasa? No sabemos nada.

—¿Qué pasa? No sabemos nada.

—¿Qué pasa? No sabemos nada.

Maltina Tívoli Vitaminada VIGOR NUTRICION BELLEZA PEDIDOS: 1-5261

Humorismo



LA OPINION DEL GORRION

—Usted dirá lo que quiera, pero Cirano me parece más confortable que Verlaine.



EN LA CARBONERÍA

—¿Cuánto quieres?
—Un pedacito me bastará... Es para escribir la palabra m... en la puerta de la escuela.

—¿Quién sería el imbécil que metió una lima dentro de mi pan?



LA DAMA ROMANTICA

ELLA.—¡Ah, si yo fuera un pajarito!...
EL.—No habría muchas ramas en los árboles.



—Camarero, acabo de romper un cuchillo tratando de cortar este bistec.
—¿Qué calamidad! El acero de estos tiempos no sirve para nada.



—Mire como va cargado ese hombre.
—Está acostumbrado. Es el "encargado de negocios" de la Epca. de Andorra.



—Yo quisiera hablar por teléfono con mi hijo que está en la capital.
—¿Cuál es su número?
—No sé. Pero todo el mundo debe conocerlo... Es el boticario.



—Hace ya tres horas que está usted mirándose pescar.
—¿Por qué no pesca usted también?
—Porque no tengo paciencia.

—¡Señor, señor, demé pronto su mano!
—¡Imposible, señorita; soy viudo y no quiero volver a casarme.



NAVIDAD 1933

Para celebrar el advenimiento de los días de Navidad que predisponen los espíritus a la alegría y a los optimismos del porvenir; para abrir un paréntesis en las preocupaciones e inquietudes de estas horas de incertidumbre:

BOHEMIA

la publicación periódica de MAYOR CIRCULACION EN LA ISLA DE CUBA, confeccionará un NUMERO EXTRAORDINARIO dedicado a

LA NAVIDAD DE 1933

Un cuarto de siglo de vida, una reputación intachable, la frente muy alta y una historia muy limpia, aseguran a los lectores de BOHEMIA un exquisito material de lectura. TAMBIEN GARANTIZA NUESTRA CIRCULACION EL EXITO DE LAS PROPAGANDAS QUE SE NOS ENCOMIENDEN.

BOHEMIA, siguiendo su tradición, ofrecerá un excelente obsequio a sus lectores, en el contenido de esta edición, al mismo tiempo que ofrece el mejor vehículo para las propagandas de Navidad.

Bellos cuentos, interesantes crónicas, selectas informaciones y un nutrido material gráfico, completan la edición de Navidad de

BOHEMIA

84 PAGINAS

DIEZ CENTAVOS

"Bohemia-Navidad" Será Nuestra Proxima Edición. Esperela!

Um... m... m... m...
¡Esto si es pollo asado!

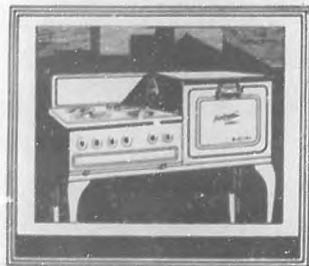


Toda su exquisita fragancia — su apetitoso aspecto dorado — su incomparable sabor — podrá obtenerse asándolo a la perfección en el horno de una

COCINA ELECTRICA

Hotpoint

18
 PAGOS
 MENSUALES
 PARA
 LIQUIDARLA



GRATIS
 TODA LA
 INSTALACION
 QUE SEA
 NECESARIA

ES el método moderno y científico de cocinar, con el mínimo de pérdida por el escamamiento del jugo y grasas en los alimentos; con limpieza absoluta; rapidez inigualable y lo que es muy importante, con economía positiva en el consumo de fluido, de acuerdo con nuestra tarifa especial de calefacción.

Escoja su modelo en nuestra completa línea de cocinas eléctricas HOTPOINT. Sus bajos precios y facilidades de pago las colocan fácilmente a su alcance.

Cia. Cubana de Electricidad
A las Ordenes del Público

Nuestra sugerión de
HOY

POLLO ASADO

- 1 Pollo de 2 Lbs.
- 1 Cebolla grande.
- 2 onz. manteguilla.
- ½ Taza vino seco.
- Sal, pimienta y especias.



Limpio y montado el pollo se pone en adobo—sal, pimienta, especias y naranja agria— haciéndole incisiones para que penetre bien la sazón.

Se coloca en el asador con la manteguilla, rebanadas de cebolla y especias a gusto. Se dora en el horno y se le vierte el vino seco.

Temperatura: 375° F.
 Tiempo: 50 Min.

MUY IMPORTANTE

Una vez instalada su cocina, una de las expertas de nuestro Departamento de Servicio Doméstico. Ud., todo el tiempo que sea necesario, para explicar su debido manejo y enseñar como

OPERARLA

ECONOMICAMENTE

Solicite una demostración en cual, quiera de nuestras Sucursales